

LOS KATSAROS
LIBRO 3

Grupo Editorial
Portal

Indecente

*Embarazada del canalla
que desapareció*

UN AGE GAP DE
JÉSSICA MACEDO

LOS KATSAROS
LIBRO 3

Indecente

UN AGE GAP DE
JÉSSICA MACEDO

Copyright ©2024 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Consulte

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Para la querida lectora, Jessyka ♡

Resumen

[Sinopsis](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

Sinopsis

Nikos Katsaros, un poderoso hombre de negocios griego, estaba acostumbrado a controlarlo todo en su vida, incluidas sus relaciones. Mujeriego empedernido, nunca se había rendido ante ninguna mujer. Sin embargo, una joven virgen puso su mundo patas arriba.

Jessyka, una joven de 19 años, se encuentra perdida y vulnerable tras descubrir que está embarazada de Nikos, un hombre mucho mayor que ella que está completamente alejado de su realidad. La noticia de su embarazo la deja desesperada, sobre todo porque él ha desaparecido sin dejar rastro.

Mientras Jessyka intenta encontrar una solución para criar sola al bebé, Nikos empieza a reflexionar sobre sus decisiones y lo que realmente importa en la vida. La distancia y el tiempo hacen que el CEO se dé cuenta de que ella es mucho más que una simple aventura, ya que no puede dejar de pensar en ella.

Cuando regresa a Jessyka, descubre que la joven está embarazada. Decidido a conquistarla, Nikos tendrá que redimirse y demostrar que está dispuesto a comprometerse y a ser un padre presente.



Nikos

Capítulo 1

La música resonaba en el yate, reverberando en las lujosas paredes y danzando en el cálido aire nocturno, mientras tres chicas se movían en sincronía, ondulando sus cuerpos al ritmo envolvente. Mi risa estalló cuando una de ellas, una rubia de intensos ojos azules que chupaba provocativamente una paleta de caramelo, se acercó con un giro seductor, y le di una palmada en el culo, provocando un chillido divertido.

—Estás buena —susurré, con una sonrisa traviesa en los labios.

Las otras dos no tardaron en unirse a ella. Sus suaves manos recorrieron mis hombros y sus ligeras caricias me pusieron la piel de gallina. Una de ellas, de piel negra y ojos almendrados, se arrodilló frente a mí, clavando sus ojos en los míos con una intensidad que me aceleró el corazón.

Deslizó sus manos dentro de mi traje de baño, sus hábiles dedos encontraron mi pene con una destreza que hizo que se me escapara un "carajo" de los labios. No pude resistir el placer que siguió, mi cuerpo se rindió a la mamada mientras mi mente se perdía en la mezcla de sensaciones y el suave balanceo del yate.

El paisaje que nos rodeaba era pura opulencia. La cubierta estaba iluminada por suaves luces que se reflejaban en las oscuras aguas del mar Egeo. Había lujosos cojines esparcidos por todas partes, que contrastaban con la dureza del suelo de madera. El olor salado del mar se mezclaba con el perfume de las chicas, creando una atmósfera embriagadora.

Cada movimiento, cada caricia, cada sonido se fundían en una sinfonía de placer y poder, reforzando mi posición de mando en aquel pequeño reino flotante. Yo tenía el control, y la noche prometía aún más indulgencias.

La rubia se acercó y juntó mi cara a la suya, apretando sus labios contra los míos en un intenso beso. Sentí el dulce sabor del caramelo mezclado con el deseo, mientras mi lengua exploraba la suya. Al mismo tiempo, mi mano agarró el pelo ondulado de la mujer arrodillada, doblando mi cintura para que pudiera tragarme más profundamente.

Bajé la otra mano y acaricié el culo redondo y firme de la mujer que me besaba. Apreté su suave piel, sintiendo cómo su cuerpo se arqueaba contra el mío. La música palpitaba a nuestro alrededor, cada compás sincronizado con los movimientos de nuestros cuerpos.

El viento nocturno arrastraba la fragancia del mar, mezclada con el olor a sudor y perfume. El yate se mecía suavemente y yo me sentía el rey de mis dominios, con el mundo a mi disposición.

La mamada se intensificó y gemí, apretando con más fuerza el pelo de la mujer arrodillada. La chica que me besaba me pasó las manos por el pecho, arañándome ligeramente la piel, y su tacto añadió una capa más de excitación.

El paisaje que nos rodeaba parecía congelado en el tiempo, cada detalle capturado en un cuadro de hedonismo. Los cojines esparcidos por la cubierta, las copas de cristal medio vacías y las risas apagadas procedentes de algún lugar contribuían a crear una atmósfera cargada de deseo y poder. Me sentía en la cumbre del placer, cada fibra de mi ser vibraba con la intensidad del momento.

Desaté el lazo de la bikini de la rubia, sintiendo cómo la tela se deslizaba por mi mano hasta caer al suelo. Toqué su vulva suave, depilada y húmeda, provocando un gemido en sus labios. Mi excitación crecía en mi interior, en una corriente eléctrica que recorría cada nervio. Jugué con mis dedos, provocándola, sintiendo cómo la humedad aumentaba con cada movimiento.

Me mordió la boca, su cuerpo se arqueó en respuesta al contacto. La otra se acercó, quejándose de haberse quedado fuera del juego. La negra de ojos almendrados se levantó, deslizando las manos por mi pecho, mientras la rubia, con una sonrisa traviesa, me pasaba la mano por el abdomen.

Estaba tocando a la rubia cuando la tercera chica, de piel bronceada y pelo oscuro, se arrodilló a mi lado, sus manos acariciando mis muslos y sus ojos fijos en los míos. La chica negra apretó su cuerpo contra el mío, sus firmes tetas rozándome el pecho. Sus manos recorrieron mi espalda y cada roce me encendía la piel.

Los suaves gemidos, susurros y suaves caricias se entrelazaban con el ritmo de la música, creando una sinfonía de placer que nos envolvía por completo. Me sentí en control absoluto,

gerente de una orquesta de deseo, cada nota tocada a mis órdenes.

La rubia gimió más fuerte cuando intensifiqué los movimientos de mis dedos, y su cuerpo tembló de anticipación. La negra sonreía con una mirada prometedora, mientras la tercera seguía explorando mi cuerpo y sus caricias provocaban oleadas de placer que se extendían por todo mi ser.

La tercera se concentró en chupármela. La negra, que se había ocupado de este trabajo antes, se estiró y me besó, mientras mi mano libre se deslizaba dentro de sus bragas, jugando con su húmeda vagina.

La rubia, que seguía gimiendo bajo mis dedos, me miraba con los ojos entornados, perdida en la sensación. La morena seguía besándome la verga, con su lengua trazando ardientes caminos sobre mi piel. Las suaves luces del yate se reflejaban en las olas, creando un hipnótico espectáculo de luces y sombras que acentuaba el erotismo del momento.

Mientras mis dedos exploraban a la negra, con sus gemidos amortiguados por el beso, sentí que el placer crecía en mi interior, una ola creciente que amenazaba con consumirme.

La rubia deslizó su mano por mi abdomen, sus dedos dibujando líneas de deseo sobre mi piel. La morena, aún arrodillada, intensificó sus movimientos, su ritmo dictado por mis suspiros y gemidos. El yate se mecía suavemente con las olas, cada movimiento acentuaba el placer que todos estábamos sintiendo.

Los gemidos de las mujeres, mezclados con los míos, crearon una melodía única, una canción de lujuria que resonó en la noche. Cada uno de nosotros estaba perdido en el momento, entregado al placer y al poder.

Mientras mi mano jugaba con la vagina de la negra, su cuerpo temblaba bajo mis caricias. La rubia, que no quería quedarse atrás, empezó a besarme el cuello, mordisqueándome suavemente la piel. La morena, al darse cuenta de mi creciente excitación, intensificó sus movimientos, con sus ojos fijos en los míos y con su mirada traviesa.

La negra, sintiendo mi intensidad, se apretó contra mi mano, teniendo su cuerpo temblando como respuesta. La rubia, que seguía trabajando duro, aumentó su ritmo, mientras sus gemidos se mezclaban con los míos. La morena, dándose cuenta de que el clímax era inminente,

me miró a los ojos, con una mirada de complicidad y deseo.

Eyaculé toda mi leche en sus bocas suaves y calientes, pero no dejaron que mi verga se hiciera más pequeña. Pidieron acabarse dentro de mí, y solo tuve tiempo de ponerme el condón antes de que las tres se turnaran en mi regazo, penetrando una a una. Mis dedos seguían trabajando, dando placer a las de fuera.

La rubia fue primero, cabalgándome con vigor, sus manos sujetando mis hombros mientras sus gemidos se mezclaban con el sonido de las olas. La morena, esperando su turno, me besaba el cuello y me susurraba promesas de placer. La negra, aún temblorosa de excitación, me acarició el pecho, sus dedos dibujando patrones de deseo sobre mi piel.

Cuando la rubia alcanzó el clímax, la morena tomó el relevo, moviéndose con gracia y determinación. Sus uñas me arañaron ligeramente la espalda y sus ojos, llenos de deseo, se encontraron con los míos. La negra, que esperaba ansiosa, siguió explorando mi cuerpo, cuando sus hábiles manos intensificando cada sensación.

Finalmente, la mujer negra ocupó su lugar, su cuerpo se movía con una mezcla de urgencia y precisión. Sus gemidos eran una melodía hipnotizadora y su piel brillaba a la luz de las linternas. La rubia y la morena, agotadas pero no satisfechas, seguían recibiendo el contacto de mis dedos. Sus cuerpos respondían a cada movimiento.

Tras muchos gemidos, orgasmos y erecciones, caímos exhaustos sobre la cubierta. Nuestros cuerpos estaban entrelazados, sudorosos y satisfechos, respirando sincronizadamente.

La paz se vio rota por el insistente timbre del teléfono, sacándome de mi momento de tranquilidad. Resoplé, molesto, mientras las chicas intentaban retenerme. Me levanté, apartándolas suavemente, y me acerqué a una mesa donde el móvil vibraba sin cesar.

—Odio esa señal infernal —gruñí, descolgando el auricular sin prisas.

—¿Dónde estás, Nikos? —Reconocí inmediatamente la voz de mi hermano.

—En mi yate —respondí, tratando de mantener la paciencia.

—Te necesito aquí.

—¡Ahora no, maldita sea, Petros!

—¡Ahora mismo! —la insistencia en su voz no dejaba lugar a discusión.

Miré a mi alrededor, la escena de placer y decadencia contrastaba con la urgencia en la voz de mi hermano. Las chicas me miraban, sus cuerpos aún entrelazados en la cubierta, suspiros de satisfacción y cansancio escapando de sus labios. Sentí una opresión en el pecho, la realidad invadiendo mi paraíso privado.

Suspiré y me pasé una mano por el pelo, intentando disipar mi frustración. Petros rara vez llamaba por razones triviales, lo que significaba que algo serio estaba pasando. No tenía elección. Con pasos decididos, me dirigí al armario y empecé a vestirme.

Las chicas me observaron en silencio, dándose cuenta de que el momento de erotismo había llegado a su fin.

—Tengo que irme —murmuré, más para mí que para ellas.

Piloté el yate de vuelta a tierra, luego tomé la llave del coche y conduje hacia la oficina de la empresa. La carretera, que me resultaba familiar, pasó como un borrón, con la mente dividida entre lo que había dejado en el yate y lo que me esperaba.

Cuando llegué, subí directamente a mi despacho, donde me esperaba Petros con expresión seria.

—¡Mierda, Petros, son las nueve de la noche! —Entré furioso en la habitación, tirando las llaves sobre la mesa—. Estaba con tres... ¡tres chicas hermosas y me interrumpiste!

Petros enarcó una ceja, claramente no impresionado.

—Tal vez habría sido mejor una sola —continuó—. No te llamé para arruinar tu noche.

—Entonces, ¿qué pasa? —Me crucé de brazos, intentando ocultar mi frustración.

—Tenemos problemas en nuestra filial de Sicilia —dijo, con un tono grave que me hizo darme cuenta de la seriedad del asunto—. Necesito que vayas allí y lo resuelvas.

Suspiré y me pasé la mano por la cara mientras asimilaba la noticia. Sicilia siempre había sido una fuente de problemas, pero no esperaba que me llamaran tan de repente.

—¿Y qué está pasando ahí exactamente? —pregunté, sintiendo caer sobre mí el peso de

la responsabilidad.

—Desacuerdos con proveedores, retrasos en los envíos, empleados descontentos. Es un lío que solo tú puedes resolver —explica Petros.

Asentí, sabiendo que no tenía elección. Era mi trabajo, mi deber, resolver estos problemas. Incluso si eso significaba dejar atrás mi yate y sumergirme en dificultades empresariales.

—Bien, tomaré el primer vuelo a Sicilia —dije, preparando ya mentalmente lo que tenía que hacer.

Petros se relajó un poco, aliviado de que aceptara sin protestar demasiado

—Gracias, Nikos. Sé que no es fácil, pero confío en ti para que las cosas vuelvan a su cauce.

—Déjame a mí.

Salí de la oficina, sintiendo el cambio de ambiente como una transición brusca de la lujuria a la cruda realidad de los negocios. Mientras conducía a casa para recoger mis cosas, el peso de la responsabilidad se mezcló con el recuerdo del placer reciente, creando un torbellino de emociones que solo yo podía equilibrar.



Jessyka

Capítulo 2

Bajé del autobús que recogía a los empleados en el centro de Palermo y me dirigí a la sala de personal para ponerme el uniforme y empezar a trabajar. Era un día como cualquier otro. La primavera había llegado, y el jardín del resort estaba floreciendo. La playa al fondo creaba un marco maravilloso mientras caminaba por el pasillo.

Me saludaron con un "buongiorno" un par de turistas que desde luego no eran italianos. Les devolví la sonrisa y continué hacia la siguiente habitación que tenía que limpiar. El sol brillaba con fuerza, iluminando el camino y calentando el dormitorio con una luz dorada.

Al entrar en la habitación, me fijé en la lujosa decoración, cada detalle cuidadosamente pensado para ofrecer comodidad y elegancia. Las cortinas blancas se mecían suavemente con la brisa procedente del balcón, trayendo consigo el olor salado del mar. El suelo de mármol reflejaba la luz del sol, creando un efecto resplandeciente que me hizo sentir parte de algo más grande, aunque solo fuera por un momento.

Empecé a hacer la cama, alisando las sábanas con movimientos precisos. Cada pliegue, cada ajuste, se hacía con esmero, reflejo de mi empeño por mantener un nivel de excelencia. Mientras trabajaba, mi mente divagaba, pensando en mi familia, en mi vida en Palermo y en el futuro incierto que me esperaba.

Agarré la aspiradora y empecé a limpiar el suelo, moviéndome por la habitación con la eficacia adquirida por la práctica diaria. El sonido de la aspiradora era casi hipnótico, un ruido constante que me permitía pensar sin distracciones. El olor de los productos de limpieza se mezclaba con el aire fresco que entraba por el balcón, creando una sensación de limpieza y renovación.

Cuando terminé de limpiar el cuarto, eché un último vistazo para asegurarme de que todo estaba perfecto. Recogí mi carro de limpieza y pasé a la siguiente habitación, sintiendo la reconfortante familiaridad de la rutina. Las puertas se abrían y cerraban, revelando diferentes escenas de desorden que yo transformaba en orden, una habitación a la vez.

Cada encuentro con los huéspedes traía consigo una sonrisa, un saludo, una breve interacción que, aunque era fugaz, enriquecía mi día. La alegría de estar en un lugar tan hermoso, rodeado de naturaleza y lujo, contrastaba con la sencillez de mi trabajo. Aun así, encontraba satisfacción en las pequeñas cosas, en la sensación de haber cumplido con mi deber y en la esperanza de días mejores.

Mientras caminaba por el pasillo, junto a las ventanas que ofrecían espectaculares vistas del jardín y el mar, sentí una profunda conexión con mi entorno.

En el armario de los utensilios me encontré a Francesca, una señora que trabajaba en el hotel desde hacía más de una década. Su rostro irradiaba felicidad, sus mejillas se sonrojaron de emoción al verme.

—Jessyka, ¿no me vas a creer la noticia! —Apenas podía contener mi emoción.

Francesca ordenaba las estanterías, reorganizaba los productos de limpieza y los utensilios, con las manos temblorosas de alegría.

—¿Qué ha pasado, Francesca? —pregunté, curiosa, mientras agarraba algunos paños y productos que necesitaba para la habitación contigua.

—¡Mi hijo va a ser padre! ¡Voy a tener un nieto! —exclamó, guardando un frasco de desinfectante con exagerado cuidado.

Me enseñó una foto de su hijo en el móvil, sonriendo como si el mundo entero hubiera cambiado para mejor.

—¡Felicidades! ¡Qué maravillosa noticia! —respondí, tocándole suavemente el brazo—. ¿Cómo se siente con todo esto?

Francesca suspiró.

—Está en las nubes, Jessyka. Y mi nuera también. Ya han empezado a planificar la habitación del bebé. ¡Tendrías que ver lo felices que son!

Recogí un rollo de bolsas de basura mientras Francesca seguía hablando, describiendo con detalle los cambios que se estaban produciendo en la vida de su hijo. Su entusiasmo era contagioso y me encontré sonriendo con ella.

—¿Y cómo te sientes, futura abuelita? —pregunté, bromeando.

Se rió, un sonido cálido que llenó el pequeño espacio del armario.

—¡Oh, soy tan feliz! No veo la hora de tener a mi nieto en mis brazos. ¡Lo voy a mimar muchísimo! —me dijo, guiñándome un ojo mientras tomaba un paquete de esponjas.

Coloco los productos en mi carro de limpieza, organizándolo todo para facilitar el trabajo.

—Estoy segura de que serás una abuela increíble, Francesca. Tu nieto tendrá mucha suerte de tenerte cerca —dije con sinceridad.

Francesca se detuvo, sosteniendo una botella de limpiacristales, y me miró agradecida.

—Gracias, Jessyka. Eso significa mucho para mí. —Sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas.

Ordenamos los últimos utensilios y nos preparamos para irnos. Francesca se alisó el delantal, asegurándose de que estaba impecable, y me dio un rápido pero cálido abrazo.

—Vamos, nos espera un día ajetreado —dijo con una sonrisa.

—Sí, vamos. Y de nuevo, felicidades, Francesca —respondí, siguiéndola fuera del armario.

Fue una brisa fresca, un recordatorio de que incluso en las pequeñas cosas, siempre había motivos para celebrar y encontrar la felicidad.

El día pasaba rápido, entre habitaciones limpias, camas ordenadas y pasillos tranquilos. El movimiento repetitivo de alisar sábanas y aspirar alfombras era casi hipnotizante, una rutina que, aunque agotadora, ofrecía cierta sensación de orden. Al final del día, subí de nuevo al autobús, agotada, y me dirigí a casa. El sol empezaba a ponerse, coloreando el cielo en tonos naranjas y rosas, mientras yo miraba por la ventana, reflexionando sobre el día.

Mi pequeño apartamento estaba a unas manzanas de la estación central de Palermo, en la parte más moderna de la ciudad, pero aún así en un barrio pobre. Cuando bajé del autobús, caminé por las estrechas calles, observando las fachadas desgastadas de los edificios y los grafitis que decoraban las paredes. El sonido lejano de las risas de los niños que jugaban en la

calle se mezclaba con el ruido del tráfico.

Al acercarme a la casa, oí los familiares gritos de mi madre. La puerta estaba entreabierta y su novio salió de la casa refunfuñando, claramente tras otra pelea. Tenía la cara roja de ira y murmuraba insultos mientras pasaba a mi lado sin mirarme siquiera. Suspiré, sintiendo que mi paciencia se agotaba, y entré.

—¿Otra vez, mamá? —pregunté, irritada.

Mi madre, con los ojos todavía llenos de ira, gesticulaba salvajemente. Llevaba en la mano una botella de vino casi vacía y el fuerte olor a alcohol llenaba el ambiente.

—¡Es un idiota, Jessyka! ¡Un completo idiota! —gritó ella, arrojando la botella al fregadero con estruendo. Los fragmentos de cristal se esparcieron por el suelo.

Me acerqué al fregadero y tomé un trapo para limpiar los fragmentos y evitar que alguien se hiciera daño.

—Esto tiene que acabar, mamá. No puedo soportarlo más —dije, intentando mantener la calma mientras recogía los trozos de cristal.

—¡No me digas lo que tengo que hacer, Jessyka! —replicó ella, con la voz temblorosa de los nervios.

Respiré hondo, solté la tela y la miré fijamente.

—Lo digo por tu bien. Y por el bien de Emma. No podemos seguir así.

Mi madre dio un paso atrás y su expresión pasó del enfado a la tristeza. Se pasó la mano por la cara, como si quisiera borrar las marcas de la pelea.

—Lo sé... —murmuró, con los hombros caídos por la derrota.

Fue entonces cuando me di cuenta de que mi hermana pequeña, Emma, estaba acurrucada en un rincón de la habitación con las manos en las orejas. Su cuerpo temblaba ligeramente y tenía los ojos muy abiertos por el miedo. Se me estrujó el corazón al verla así.

—Emma, ven aquí —la llamé, acercándome a ella.

Abracé a mi hermana, sintiendo cómo su cuerpo se relajaba un poco contra el mío. La

llevé al dormitorio, donde la acosté en la cama y la tapé con una manta.

—Ya está todo bien, pequeña —susurré, acariciándole el pelo.

Me miró con ojos grandes y tristes, pero no dijo nada. Se limitó a asentir y cerró los párpados, tratando de encontrar consuelo en el sueño.

Volví al salón, donde mi madre estaba sentada a la mesa, con la cabeza entre las manos. Tomé la escoba y la palita, y empecé a limpiar los restos de cristal antes de que alguien resultara herido.

—Necesitamos cambiar esto, mamá. Por nosotras. Por Emma —dije en un tono suave pero firme.

Levantó la cabeza, las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Lo sé, Jessyka. Lo sé... —dijo, con la voz quebrada por la angustia.

Terminé de limpiarme y me senté a su lado, tomándole la mano. Le acaricié la espalda con ternura, intentando reconfortarla. Mi madre, debilitada, apoyó la cabeza en mi hombro.

—Mamá, no puedes seguir repitiendo este ciclo y relacionándote con hombres que son aún peores que mi padre —murmuré, en una mezcla de indignación y consejo.

—Este último no parecía tan malo...

—¡Pero era obvio, mamá! Es un borracho desempleado.

Suspiró profundamente y cerró los ojos un momento. Pude ver la lucha interna en sus ojos, el conflicto entre el deseo de cambiar y la dificultad de dejar atrás los viejos hábitos.

—Solo... solo quería a alguien que me quisiera de verdad —murmuró.

Le tomé la mano con más fuerza, intentando darle la seguridad que necesitaba.

—Te queremos, mamá. Emma y yo. Y eso debería bastar por ahora —dije, sintiendo la sinceridad en cada palabra.

Levantó la cabeza y me miró, con los ojos enrojecidos e hinchados. En su mirada se mezclaban la tristeza y la culpa, pero también había una chispa de esperanza.

—Lo intentaré, Jessyka. Te prometo que lo intentaré —dijo, con un tono más decidido.

Me levanté y fui a la cocina a traerle un vaso de agua. La habitación estaba en silencio, el sonido lejano del tráfico y los niños jugando fuera eran los únicos ruidos que rompían el silencio. Volví con el vaso de agua y se lo entregué.

—Bébetelo, te hará bien —le sugerí, sentándome de nuevo a su lado.

Ella aceptó el vaso, sorbiendo lentamente, mientras yo observaba cada uno de sus movimientos. Quería creer que esta vez las cosas serían diferentes. Que mi madre se esforzaría de verdad por cambiar.

Mirando a mi alrededor, vi las marcas de la difícil vida que llevábamos. Las paredes descascaradas, los muebles viejos, cada detalle contaba una historia de luchas y desafíos...

—Lo conseguiremos, mamá. Juntas... —dije, tratando de poner confianza en mi voz.

Ella asintió, secándose las lágrimas y enderezando los hombros.



Nikos

Capítulo 3

Llegué al hotel tras un largo vuelo y un agotador viaje en taxi. El hall estaba lleno de turistas y empleados que se movían de un lado a otro, con sus voces creando un zumbido constante. Tomé la llave de mi suite en recepción, y la recepcionista me la entregó con una sonrisa profesional y un saludo.

Subí en el ascensor, viendo pasar lentamente los números de las plantas, mientras mi mente se perdía en pensamientos sobre lo que me esperaba en Sicilia. En cuanto llegué a mi piso, caminé por el lujoso pasillo, entre cuadros de paisajes mediterráneos y frescos arreglos florales.

Al entrar en la suite, cerré la puerta tras de mí y dejé escapar un suspiro de alivio. La habitación era espaciosa y elegante, con muebles modernos y una vista espectacular de la playa. Dejé la maleta junto a la cama y fui directamente al cuarto de baño. Me di una larga ducha, sintiendo cómo el agua caliente relajaba mis tensos músculos. El agua corrió por mi cuerpo, lavando no solo la suciedad del viaje, sino también parte del estrés acumulado.

Salí del cuarto de baño con una toalla alrededor de la cintura y gotas de agua cayendo por mi pecho. Fui al balcón y me detuve a contemplar las vistas. La playa era preciosa, con arena blanca y suaves olas rompiendo en la orilla, pero no podía compararse con Atenas. Los recuerdos de mi ciudad natal me trajeron una mezcla de nostalgia y añoranza.

Estaba completamente distraído, perdido en mis pensamientos, cuando oí un ruido detrás de mí. Me di la vuelta rápidamente y vi a una mucama en la puerta, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Llevaba un carrito de la limpieza y parecía tan asustada como un conejo ante un depredador.

—¡Mil disculpas! No sabía que estaba aquí, señor —dijo, las palabras le salieron rápido mientras sus mejillas se ponían rojas.

Solté una risa, intentando calmarla.

—No te preocupes, todo va bien. No es culpa tuya —le dije, haciéndole un gesto con la mano para que se tranquilizara.

La mucama, una pelirroja de ojos verdes, se puso aún más roja, casi del color de su pelo recogido en un apretado moño. Apartó la mirada, claramente avergonzada.

—Volveré más tarde, señor —murmuró, retrocediendo hacia la puerta.

—No hay por qué preocuparse. Puedes seguir con tu trabajo —insistí, tratando de ser lo más amable posible.

La mucama vaciló, claramente incómoda, sus ojos verdes evitaban los míos. Intenté aliviar la tensión con un comentario.

—Apuesto a que has visto a muchos hombres así antes.

Se avergonzó aún más y sus mejillas se tiñeron de un rojo intenso. Apretó los labios y no contestó, siguió mirando al suelo. Era una mujer joven, de no más de veinte años. Hermosa, aunque su uniforme de empleada no la favorecía. Me llamaron la atención sus rasgos delicados y su pelo rojo recogido en un sencillo moño.

La observé como un león hambriento, saboreando cada detalle. La chica, al darse cuenta de mi intensa mirada, retrocedió aún más nerviosa.

—Puedo volver más tarde. Tal vez sea mejor que se vista primero, señor.

Di un paso adelante, intentando convencerla de que se quedara.

—No hay necesidad de preocuparse, puedes continuar. A mí no me importa.

Sacudió rápidamente la cabeza.

—Prefiero volver más tarde, señor. Le prometo que no tardaré.

Resignado, levanté las manos en señal de rendición.

—Bien, como prefieras.

Abandonó rápidamente la suite y el sonido de sus pasos resonó en el pasillo. Suspiré, sintiendo que la frustración se mezclaba con la curiosidad. Volví a entrar y cerré la puerta tras de

mí. De repente, la suite parecía más vacía sin su presencia.

Me acerqué al armario y elegí un atuendo informal. Me puse una camisa ligera y unos pantalones cómodos, intentando disipar la extraña mezcla de emociones que me había provocado la breve interacción.

La brisa marina seguía soplando en el balcón, trayendo consigo el olor salado de las olas rompiendo en la playa.

Me acerqué a la cama y me senté un momento, intentando relajarme. Miré alrededor de la suite, admirando la decoración elegante y moderna. Los muebles de madera oscura contrastaban con las paredes claras, y los grandes ventanales permitían disfrutar de una impresionante vista del océano.

Mi mirada se posó en el carrito de la limpieza que había dejado atrás. Me levanté y me acerqué, curiosa. Las toallas dobladas con precisión, los productos de limpieza organizados meticulosamente, cada detalle indicaba el cuidado con que hacía su trabajo.

El ruido de pasos en el pasillo llamó mi atención. La mucama regresaba, probablemente para terminar lo que había empezado. Abrí la puerta antes de que llamara y la encontré de pie, con una expresión de incertidumbre en el rostro.

—Pasa —le dije, haciéndole lugar para que pasara.

Entró, todavía un poco indecisa, pero decidida a completar su tarea. Colocó las toallas en el cuarto de baño, cambió las sábanas de la cama y colocó las almohadas con eficacia. Sus movimientos eran precisos y elegantes.

—Ya está todo en orden —dijo por fin, mirándome a los ojos por primera vez.

—Muchas gracias. Y perdón por lo de antes. No quise incomodarte.

Sonrió ligeramente, con un brillo tímido en sus ojos verdes.

—No hay problema, señor. Solo hago mi trabajo.

—Y lo estás haciendo muy bien, debo decir —respondí bromeando.

Asintió, tomó el carrito y se dirigió a la puerta. Antes de que se marchara, la interrumpí.

La breve interacción había despertado mi curiosidad.

—¿Cuándo terminas tu turno? —pregunté, tratando de sonar informal.

La chica se detuvo, confusa, mirándome como si no hubiera entendido la pregunta.

—¿Cuándo tienes tiempo libre? Me gustaría invitarte a cenar —insistí, esperando su respuesta.

Tartamudeó, visiblemente desconcertada, con las manos apretando el asa del carrito de la limpieza.

—Señor, eso no está bien...

—¿Tienes novio? —pregunté, tratando de mantener un tono ligero.

—No, pero...

—No hay problema entonces —respondí, con una sonrisa suave y traviesa.

Se mordió el labio inferior, mostrando su desconcierto. Sus ojos evitaban los míos. Su vergüenza no hizo más que aumentar mi interés. La joven estaba realmente muy buena. Por supuesto, deseaba algo más que cenar con ella. Me pregunté cómo serían aquellos pechos de tamaño medio, sus pezones probablemente rosados...

¡Ah, cómo quiero cogérmela!

—No creo que sea una buena idea, señor —murmuró vacilante.

—Solo una cena. Nada más —insistí, acercándome un poco más.

Levantó los ojos, encontrándose con los míos, y vi cómo un conflicto interno se desplegaba en sus facciones.

—Por favor... —insistí.

Intentó esquivar, pero la agarré del brazo, haciendo que me mirara.

Yo era el tipo de hombre muy decidido a conseguir lo que quería, y ella no tardaría en darse cuenta.

Pasaron unos segundos en un silencio opresivo mientras la miraba fijamente.

Finalmente, suspiró rindiéndose.

—Termino a las ocho.

—Estupendo. Te espero en el hall —celebré, satisfecho.

Asintió tímidamente y salió de la suite, con el sonido de las ruedas del cochecito resonando por el pasillo. Volví al balcón, sonriendo mientras observaba la puesta de sol. La expectación crecía en mi interior, alimentada por la expectativa del encuentro. Sin embargo, mientras esperaba, tenía asuntos más urgentes de los que ocuparme y no podía olvidar por qué estaba allí.

Me cambié rápidamente, optando por algo más formal y apropiado para una reunión de negocios. Salí de la habitación, tomé la llave del coche de alquiler y me dirigí a la sucursal.

La ciudad pasaba en un borrón de movimiento mientras conducía por las concurridas calles de Palermo. Edificios antiguos mezclados con construcciones modernas creaban un paisaje único. El tráfico era intenso, pero mi mente estaba concentrada en lo que tenía que hacer. Finalmente, llegué a la sucursal y aparqué el coche.

Al entrar, me recibe el gerente, un hombre de mediana edad con el pelo canoso y expresión preocupada. Inmediatamente se levantó de la silla y me tendió la mano en señal de saludo.

—Nikos, me alegro de que estés aquí. Tenemos que hablar de los problemas con los proveedores.

—Por supuesto, lo solucionaremos —respondí con firmeza, apretándole la mano.

Entramos en la sala de reuniones, donde una pila de documentos aguardaba mi mirada. Me senté a la mesa, mis dedos tamborilearon sobre la superficie de madera mientras el gerente empezaba a explicarme la situación.

—Nos enfrentamos a atrasos en las entregas y algunos proveedores amenazan con cortar lazos debido a los retrasos en los pagos.

—Esto es inaceptable. Necesitamos una solución inmediata —declaré, hojeando los informes que tenía delante.

Pasamos las horas siguientes discutiendo estrategias, revisando contratos y elaborando planes de acción. El gerente anotó todos los detalles, con el semblante aliviado al darse cuenta de que estábamos progresando. A medida que trabajábamos, sentía que la presión disminuía, que recuperaba la sensación de control.

Tras ultimar las medidas necesarias y asegurarme de que el gerente se ajustaba a las nuevas directrices, me despedí y volví al coche. Conduje de vuelta al hotel, sintiendo que el cansancio empezaba a acumularse, pero la expectación por conocer a la mucama pelirroja me mantenía alerta.

Aparqué el coche y subí a mi suite para prepararme. Me di una ducha rápida, me puse un conjunto informal pero elegante y bajé al vestíbulo unos minutos antes de las ocho. El ambiente en el hotel era animado, con huéspedes entrando y saliendo y música suave sonando de fondo.

Cuando el reloj dio las ocho, apareció. Se había quitado el uniforme de sirvienta y llevaba un vestido sencillo que acentuaba sutilmente sus curvas. Llevaba el pelo rojo suelto, que le caía en suaves ondas sobre los hombros, y sus ojos verdes brillaban con una mezcla de nerviosismo y curiosidad.

—Estás hermosa. —La felicité, sinceramente impresionado.

Se sonrojó, con una tímida sonrisa en los labios.

—Gracias, señor.

Sonreí, tendiéndole la mano.

—Creo que aún no sé tu nombre.

Se rió nerviosamente y me estrechó la mano.

—Jessyka. Mi nombre es Jessyka.

—Jessyka —repetí, sintiendo el nombre rodar suavemente por mi lengua.

Con un gesto delicado, me llevé su mano a los labios y besé el dorso de la misma, manteniendo mi mirada fija en la suya.

—Encantado —murmuré con una sonrisa traviesa—. El mío es Nikos Katsaros. Nik para

los más íntimos.

Se sonrojó aún más, pero su sonrisa se ensanchó, haciendo que parte de su timidez se disipara.

—No quiero que mi jefe nos vea —murmuró, mirando a su alrededor con temor.

—¿Nos vamos entonces? —Le ofrecí mi brazo y ella aceptó vacilante. Salimos del hotel y nos dirigimos a un restaurante cercano, donde ya nos habían reservado una mesa. El ambiente era íntimo, con luces tenues y el sonido del mar de fondo. El aire era fresco, cargado del aroma salado del océano mezclado con el perfume de las flores nocturnas.

Cuando entré en el restaurante, vi el brillo en los ojos de la chica mientras recorría el local, deslumbrada por la elegancia del entorno. Estaba claro que nunca había estado en un sitio así. Las paredes estaban decoradas con cuadros de paisajes mediterráneos, y la suave iluminación creaba una sensación de confort e intimidad.

—Bienvenidos, señor Katsaros y señorita —dijo la recepcionista con una sonrisa cordial, conduciéndonos a la mesa.

Nos guió más allá de las mesas, donde otras parejas charlaban en voz baja, creando un agradable murmullo que llenaba el aire. Llegamos a la nuestra, estratégicamente situada con una impresionante vista del mar iluminado por la luna.

—Aquí tiene su mesa, señor —le dijo la recepcionista, acercando una silla a Jessyka.

—Gracias —murmuró, todavía un poco tímida, mientras se acomodaba.

Me senté frente a ella, observándola con curiosidad. Tomé el menú y se lo entregué, notando la vacilación en sus ojos al ver los sofisticados platos.

—No te preocupes, puedes pedir lo que quieras. Aquí todo está delicioso —le aseguré, tratando de tranquilizarla.

Jessyka sonrió tímidamente, sus dedos se deslizaron por el menú mientras examinaba las opciones.

—Nunca he estado en un sitio así —admitió, mirándome con una mezcla de nerviosismo y placer.

—Me alegro de que tu primera vez sea conmigo —respondí, tratando de aliviar la tensión.

Finalmente eligió un plato e hicimos nuestros pedidos al camarero, que luego se alejó discretamente, dejándonos solos. La brisa marina entraba por las ventanas abiertas, meciendo ligeramente las cortinas de lino.

—Jessyka, háblame más de ti —le pregunté con curiosidad.

Respiró hondo y pareció armarse de valor para abrirse.

—Bueno, no hay mucho que contar. Llevo unos años trabajando de mucama para mantener a mi familia. Mi madre está desempleada y tengo una hermana pequeña que aún está en el colegio.

—Debe de ser una gran responsabilidad para ti —comenté.

—Sí, lo es. Pero hago lo que puedo para cuidarlos. —Sus ojos brillaban con una determinación que me impresionó.

Mientras hablábamos, llegaron nuestros platos y el delicioso aroma de la comida llenó el aire. Jessyka miró asombrada el plato que tenía delante.

—Se ve increíble —dijo recogiendo con cuidado los cubiertos.

—Espero que te guste. —Sonreí y empecé a comer.

Con cada bocado, veía que su cara se iluminaba de placer y su timidez desaparecía poco a poco. Hablamos de nuestros intereses, sueños y retos. Con cada historia compartida, me sentía más conectado a ella.

—Sabes, Nikos, nunca pensé que tendría una noche como ésta —confesó al cabo de un rato.

—Esta es solo la primera de muchas, espero...

El camarero trajo el postre, un plato muy elaborado que hizo que Jessyka abriera los ojos con sorpresa.

—Esto es... demasiado bonito para comérselo —se rió, pero no pudo resistirse a probarlo.

Se llevó la primera cucharada a la boca, cerrando los ojos mientras saboreaba la dulzura. Su expresión de placer era casi irresistible, sus labios rojos moviéndose lentamente eran una auténtica delicia. La visión instigó mis sentidos, y el deseo de saborear aquellos labios creció en mi interior. Quería el verdadero postre, aquella delicia rebotando en mí.

—¿Te gusta? —pregunté, observando cada detalle de su rostro.

—Maravilloso —respondió, con los ojos brillantes.

Sonreí, tomé mi cuchara y probé un poco del postre. A medida que comíamos, la conversación fluía con naturalidad y la conexión entre nosotros se hacía más intensa. Cada sonrisa, cada mirada, era una invitación silenciosa a algo más. Cuando terminamos el postre, caminé con ella por la orilla de la playa. La fresca brisa marina nos envolvió. Cada paso parecía más ligero, y la cercanía entre nosotros se hacía más densa. Cuando nos alejábamos del restaurante, me detuve y la miré fijamente a los ojos.

Se mordió el labio inferior, un gesto que me hizo desear besarla aún más.

—¿Puedo llevarte a tu casa? —sugerí, en un tono suave pero lleno de intención.

Apartó la mirada, claramente desconcertada por la propuesta. Sus dedos tamborileaban nerviosos sobre la correa de su bolso.

—Yo... no lo creo, señor —respondió dubitativa.

—No tienes que llamarme señor. ¿Por qué no? Es tarde y solo quiero asegurarme de que llegues bien —insistí, tratando de tranquilizarla.

Suspiró, sin mirarme directamente.

—Es que... no sería apropiado. No quiero que la gente piense mal de mí —explicó, casi en un susurro.

—Nadie pensará mal de ti. Solo quiero pasar más tiempo contigo —respondí, tratando de mantener un tono ligero.

Por fin levantó los ojos para mirarme, su mirada reflejaba una mezcla de deseo e incertidumbre.

—Te lo agradezco mucho, pero creo que será mejor que me vaya el autobús. —Esbozó una tímida sonrisa.

—De acuerdo. Te llamaré un taxi entonces.

—No hace falta...

—Insisto. —Seguí mirándola.

Hermosa, demasiado... Ese cuerpo delicado provocaba mi imaginación y era difícil no salivar.

Estábamos en un lugar sombreado donde no había nadie. El ambiente era silencioso, solo el sonido lejano de las olas rompiendo en la playa y el suave murmullo del viento entre las hojas. Me incliné hacia ella, incapaz de resistir la tentación, y la besé. Mis manos se deslizaron hasta su cintura, agarrándola con fuerza.

Sentí la suavidad de su cuerpo contra el mío, un calor que despertó algo primitivo en mi interior. Mis manos se deslizaron por su delicado cuerpo, explorando cada curva. Mordí suavemente su labio inferior, introduciendo mi lengua en su boca, hambrienta de más.

Sus manos se posaron en mis hombros al principio, pero luego subieron hasta mi cuello, acercándose. Mis propias manos, inquietas, subieron hasta sus pechos, sintiendo su inmediata reacción cuando gimió contra mis labios. El embriagador sonido fue combustible para mi creciente deseo.

Continué, dejando que mis manos siguieran explorando, subiendo por el interior de su vestido hasta encontrar la curva de su culo, protegida únicamente por sus finas bragas. Parecía dispuesta a rendirse, pero de repente sus manos presionaron mi pecho, apartándose.

—Nikos, no... —murmuró.

Me detuve inmediatamente, respetando sus límites, pero el deseo seguía latiendo en mi interior, en una corriente eléctrica difícil de ignorar.

—Lo siento, me he dejado llevar —admití, intentando recuperar el control—. Es que... me vuelves loco, Jessyka.

Respiró hondo, tratando de calmarse, pero sus ojos seguían fijos en los míos.

—No es que no quiera, Nikos. Es solo que... todo esto es nuevo para mí.

Asentí con la cabeza.

—No pasa nada. Quiero que te sientas cómoda.

Sonrió, una sonrisa tímida pero agradecida.

—Gracias por tu comprensión.

—Buenas noches, Jessyka. —dije, tomando el móvil para llamar a un taxi—. Espero volver a verte.

Sonrió, esa sonrisa que me hacía querer más.

—Buenas noches, Nikos...

Mientras esperábamos, intercambiamos algunas miradas y palabras más, y la tensión entre nosotros parecía crecer por momentos. Por fin llegó el taxi y ella se subió, saludando tímidamente con la mano mientras el coche se alejaba.

Me quedé allí, mirando cómo el taxi desaparecía en la noche...

Volví al dormitorio lleno de erecciones, con la verga palpitando en los pantalones y la boca seca, pidiendo más. La frustración de no conseguir el sexo que deseaba se mezclaba con un aire de desafío que flotaba en el aire. Sentía que el deseo seguía ardiendo en mi interior, pero había algo más. Algo que me decía que tuviera paciencia.

Entré en la suite, el silencio y la penumbra de la habitación contrastaban con el torbellino de pensamientos de mi mente. Salí al balcón y me apoyé en el parapeto, mirando al mar. Las olas rompían suavemente en la playa, el sonido tranquilizador ayudaba a calmar la tormenta interior.

Intenté despejarme, pero la imagen de Jessyka seguía invadiendo mis pensamientos. Sus ojos verdes, su pelo rojo cayendo en ondas, la forma en que se mordía el labio. Cada detalle la hacía aún más irresistible.

Suspiré, intentando concentrarme en otra cosa. Fui al minibar y tomé una botella de agua, dando un largo sorbo para aliviar la sequedad de mi boca. El líquido frío bajó por mi garganta,

pero no pudo borrar la sensación de deseo latente.

—Tengo que mantener el enfoque —murmuré, tratando de razonar.

Me senté en la cama, me quité los zapatos y relajé los hombros. La frustración seguía ahí, pero mezclada con una sensación de anticipación. Había algo excitante en la espera, en el reto de conquistar algo más profundo.

Decidí darme otra ducha, con la esperanza de refrescarme un poco. El agua caliente ayudó a relajar mis músculos, pero mi mente seguía agitada. Cada gota que caía sobre mi piel parecía susurrar su nombre. El calor del agua recorría mi cuerpo, intensificando la sensación de deseo que se negaba a desaparecer.

Cerré los ojos, tratando de encontrar algo de alivio. Mi mano se deslizó por mi pecho, bajando lentamente hasta el abdomen, hasta encontrar mi verga, que palpitaba de excitación. Empecé a tocarme, imaginando a Jessyka, sus ojos verdes brillando de deseo, sus labios suaves y su cuerpo cálido y acogedor. El recuerdo de su perfume y la textura de su piel aumentaron la intensidad de mi placer.

Moví la mano más deprisa, intentando saciar la necesidad que me quemaba por dentro. De mis labios empezaron a escapar gemidos que resonaron en el cuarto de baño. El agua caliente seguía cayendo, creando una atmósfera casi onírica, pero la frustración persistía. Por mucho que lo intentara, mis dedos no podían compararse con la sensación de una vagina húmeda y apretada, y una hermosa pelirroja revolcándose encima de mí.

El ritmo aumentaba, mi cuerpo se arqueaba y el placer crecía hasta llegar a un punto de ruptura. Con un rugido de frustración y éxtasis, acabé, sintiendo cómo el líquido caliente se mezclaba con el agua de la ducha. La respiración agitada y los latidos acelerados del corazón eran los únicos sonidos en el cuarto de baño mientras el agua seguía corriendo.

La sensación de alivio fue momentánea, rápidamente sustituida por una frustración aún mayor. No era solo el deseo físico lo que me molestaba, sino la necesidad de algo más, algo que solo Jessyka podía darme. Ese momento de placer solitario no era suficiente. Quería sentir su cuerpo contra el mío, oírla gemir y ver su cara contorsionarse de placer.

Cerré la ducha y respiré hondo para intentar calmar la mente. Agarré la toalla y me sequé

lentamente, sintiendo aún la tensión residual en mi cuerpo. Me puse unos cómodos pantalones de pijama y me dirigí a la cama, con el pecho aún desnudo para sentir la brisa nocturna.

Me acosté, con las sábanas suaves contra mi piel, y cerré los ojos, intentando borrar las imágenes de Jessyka de mi mente, al menos por un momento. Sabía que el deseo seguiría atormentándome hasta que pudiera tenerla de verdad. Pero en aquel momento, lo único que podía hacer era esperar.

—Mañana será un nuevo día —pensé, forzando una sonrisa.

Con esta perspectiva, me dejé llevar por el sueño, mi mente por fin empezaba a relajarse. El sonido del mar y el recuerdo de su sonrisa fueron lo último que sentí antes de dormirme.



Jessyka

Capítulo 4

Sin aliento, sudando frío y con las piernas temblorosas, aún no entendía muy bien qué había pasado. Sabía que no estaba bien salir con uno de los huéspedes del hotel, pero aquel hombre tenía un poder de persuasión que me dejaba perdida, completamente desorientada. Mi corazón seguía acelerado.

Me toqué los labios, saboreando el gusto del beso mientras caminaba por la calle, acercándome a casa. La noche era fresca y la suave brisa ayudaba a calmar un poco mi agitada mente. Las farolas proyectaban sombras alargadas sobre la calzada, creando un contraste casi hipnótico con la oscuridad circundante.

Llegué a casa y abrí la puerta con cuidado, intentando no hacer ruido. Mi madre y Emma probablemente ya estaban dormidas. La habitación estaba en silencio, solo el suave sonido del reloj de pared llenaba la estancia. Respiré hondo, intentando organizar mis pensamientos.

Me dirigí a la cocina, tomé un vaso de agua y me lo bebí despacio, intentando procesar todo lo que había pasado aquella noche. El recuerdo del tacto de Nikos, su beso y la intensidad del momento seguían vivos en mi mente.

Una mezcla de culpa y deseo llenó mi corazón.

Oí un leve ruido y me di la vuelta para encontrar a Emma de pie en la puerta, rascándose los ojos soñolienta y curiosa.

—¿Qué haces levantada a estas horas? —pregunté, tratando de ocultar mi agitación.

—Tenía sed —respondió, bostezando.

Tomé otro vaso, lo llené de agua y se lo di, que bebió rápidamente.

—¿Va todo bien, Jessyka? —preguntó frunciendo el ceño.

Sonreí, tratando de tranquilizarla.

—Sí, todo está bien. Solo un poco cansada.

Asintió con la cabeza, todavía recelosa, pero demasiado adormilada para insistir. La acompañé a su habitación, la ayudé a acostarse y la envolví con la manta.

—Buenas noches, Emma. —Le di un beso en la frente.

—Buenas noches, Jessyka —murmuró, cerrando los ojos.

Volví al living, me senté en el sofá y dejé caer la cabeza hacia atrás. Me quedé mirando el techo, absorta en mis pensamientos. Cada detalle de la noche se repetía en mi mente, cada vez más vívidamente. La sensación de los labios de Nikos sobre los míos, la forma en que me abrazaba, todo parecía un sueño.

Cerré los ojos, intentando calmar mi corazón. Sabía que era peligroso involucrarse con un huésped, pero la atracción era innegable. Luché contra el impulso, pero una parte de mí quería más, quería averiguar hasta dónde podía llevarnos esa conexión.

Me levanté y fui a mi habitación a ponerme algo más cómodo. Me acosté en la cama, pero el sueño no llegaba. La cara de Nikos, sus ojos intensos y esa sonrisa encantadora, no me dejaban en paz.

Sin duda era un hombre adinerado como para alojarse en el complejo, aparte de su forma de vestir y comportarse. Aunque hablaba bien mi idioma, su acento demostraba que era de otro país europeo. Su pelo castaño, una mezcla de bien peinado y ligeramente despeinado, era un encanto en sí mismo. Sin duda tenía unos treinta años, quizá cuarenta, pero era muy guapo.

Los músculos bien definidos bajo aquella camisa se hicieron evidentes cuando apretó su cuerpo contra el mío. Jadeé, mordiéndome el labio, sintiendo que todo mi cuerpo palpitaba en respuesta al recuerdo. Las responsabilidades y el miedo a involucrarme con hombres como los ejemplos que mi madre traía a casa siempre me habían impedido tener citas. No quería ser irresponsable, pero Nikos tenía un encanto difícil de resistir.

Me revolví en la cama, intentando encontrar una postura cómoda, pero mi mente no dejaba de revivir cada detalle de la noche. La forma en que me miraba, haciéndome sentir como si fuera la única mujer del mundo. La sensación de sus labios sobre los míos, el tacto firme y acariciador al mismo tiempo. Todo era tan nuevo, tan diferente a todo lo que había experimentado.

—¿Qué estoy haciendo? —volví a murmurar para mis adentros, poniéndome de lado y subiéndome la manta hasta la mentón.

Mis pensamientos seguían divagando. Recordé cómo me sujetaba por la cintura, sus dedos fuertes pero suaves. El calor que emanaba de su cuerpo, la seguridad que sentía entre sus brazos. Por un momento, quise olvidar todas mis responsabilidades, mi trabajo, mis preocupaciones por mi familia, y simplemente dejarme llevar por aquella atracción.

Pero el miedo seguía ahí, una sombra persistente. El miedo a salir herida, a tomar la decisión equivocada e involucrarme con alguien que podría hacerme sufrir.

Suspiré, cerré los ojos e intenté calmar mi mente. Por fin empezaba a llegar el sueño. Mientras me dormía, una última imagen de Nikos se formó en mi mente: sus intensos ojos fijos en los míos, una suave sonrisa en sus labios, prometiendo algo más...



Nikos

Capítulo 5

Me desperté animado, sintiendo una energía diferente en el cuerpo. El sol brillaba con fuerza, filtrándose a través de las cortinas de la suite. Me levanté, me estiré y me dirigí al cuarto de baño para lavarme la cara. El reflejo en el espejo mostraba a un hombre decidido, listo para afrontar el día.

Mientras me cambiaba, mi móvil vibró en la mesita de noche. Lo tomé y vi el nombre de Petros en la pantalla. Contesté, sabiendo que mi hermano quería información actualizada sobre la situación en Sicilia.

—¿Cómo van las cosas por ahí? —preguntó Petros, directo al grano.

—Estoy encargándome de todo, no te preocupes —respondí, ajustándome el cuello de la camisa.

Hizo una pausa, evaluando claramente mis palabras.

—Asegúrate de que los problemas con los proveedores se resuelven rápidamente. No podemos permitirnos retrasos.

—Entendido. Ya he empezado las negociaciones y confío en que pronto tendremos resultados positivos.

Petros suspiró, aliviado. Su confianza en mí era una responsabilidad que me tomaba en serio.

—Es bueno saberlo. Mantenme informado.

Colgué la llamada y me guardé el móvil en el bolsillo. Me puse un traje elegante pero cómodo y me miré al espejo por última vez. Estaba preparado para el día, tanto profesional como personalmente.

Salí de la suite y bajé al hall del hotel. El ambiente era ajetreado, los huéspedes iban y venían, el sonido de las conversaciones y las risas llenaba el espacio. Tomé un café rápido del

bar del hotel, cuyo fuerte y vigorizante aroma me ayudó a despejar aún más la mente.

Conduje hasta la sucursal mientras el tráfico de Palermo empezaba a intensificarse. Las calles estaban llenas de vida, vendedores ambulantes ofreciendo sus mercancías, turistas explorando la ciudad. La energía de Sicilia era contagiosa, una mezcla de historia y modernidad que fascinaba igual que en Grecia.

Llegué a la oficina y fui directamente a la sala de reuniones, donde el gerente y algunos de los principales colaboradores ya me esperaban. Nos sentamos a la mesa y empezamos a discutir estrategias y soluciones a los problemas que teníamos.

—Tenemos que asegurarnos de que los proveedores reciban sus pagos pendientes antes de que acabe la semana —empecé, mirando a cada uno de los presentes.

—Ya estamos en contacto con el departamento financiero para agilizarlo —respondió el gerente, tomando notas en su cuaderno.

—Excelente. Además, quiero revisar los contratos para evitar futuros retrasos. Necesitamos cláusulas más estrictas y un sistema de control eficaz.

Pasamos las siguientes horas elaborando un plan detallado, cada paso meticulosamente analizado y discutido. La determinación en el rostro de cada empleado era un reflejo de la mía, y sentí que íbamos por buen camino.

Al final de la reunión, salí de la oficina sintiéndome confiado. La primera parte del día había sido productiva, pero ahora mis pensamientos se centraban en Jessyka. Esperaba encontrármela en los pasillos del hotel, donde probablemente estaría trabajando.

Volví al hotel y decidí almorzar en el restaurante. El ambiente era agradable, con música suave y el tentador aroma de los platos recién servidos. Elegí una mesa cerca de la ventana, desde donde podía contemplar el mar a lo lejos. El almuerzo fue tranquilo, pero mis pensamientos no dejaban de vagar hacia Jessyka, preguntándome cuándo volvería a verla.

Después de comer, empecé a buscarla. Caminé por los pasillos, observando los detalles del hotel y saludando al personal por el camino. Finalmente, la encontré en uno de los pasillos, limpiando una de las habitaciones. Estaba concentrada y no se dio cuenta de que me acercaba.

—¡Hola! —llamé, provocándole un susto.

Jessyka se dio la vuelta rápidamente, llevándose la mano al pecho, claramente sorprendida.

—Lo siento, no quería asustarte —dije sonriendo.

Se rió, todavía un poco nerviosa, pero se relajó cuando se dio cuenta de que solo estaba yo.

—Te gusta hacer apariciones sorpresa, ¿verdad? —bromeó, volviendo a organizar las toallas.

—Tal vez —respondí, encogiéndome de hombros—. Pero solo cuando merezca la pena.

Me acerqué y la observé mientras trabajaba. Su forma de moverse, la concentración de sus ojos, todo en ella me fascinaba.

—Pensé en invitarte a salir otra vez esta noche —sugerí despreocupadamente.

Se detuvo, vacilante, su rostro revelaba una mezcla de incertidumbre y deseo.

—No sé si es buena idea... —empezó, pero la interrumpí.

—Jessyka, anoche fue una velada maravillosa. Quiero repetirla. Te prometo que será divertido.

Se mordió el labio, pensativa, y por un momento pensé que se negaría. Luego suspiró, mirándome.

—Muy bien, Nikos. Vamos a salir de nuevo.

Sonreí, satisfecho con la respuesta.

—¡Genial! Nos vemos a las ocho.

Ella asintió, con una tímida sonrisa en los labios, y volvió al trabajo. Me alejé, sintiendo que la excitación crecía en mi interior. La noche prometía ser tan buena como la anterior y me moría de ganas de volver a verla.

Pasé el resto del día resolviendo los últimos detalles del trabajo. Pero en cada momento

libre, mis pensamientos se volvían hacia Jessyka y lo que podría ocurrir esa noche.



Jessyka

Capítulo 6

Me topé con Francesca en el pasillo y me sobresalté. La señora estaba colocando las toallas en el carro de la limpieza y se dio la vuelta al oír mis pasos apresurados.

—Jessyka, ¿está todo bien? —me preguntó, observándome con ojos atentos.

Intenté esbozar una sonrisa y responder con indiferencia.

—Sí, todo está bien. Solo un poco cansada.

Francesca arqueó una ceja, claramente sin creérselo. Era demasiado lista para dejarse engañar por una mentira tan mal formulada.

—Pareces angustiada, señorita. ¿Qué te ocurre?

Miré a mi alrededor, asegurándome de que no había nadie, y tiré de Francesca hacia un rincón alejado, junto al armario de los utensilios.

—Yo... salí con un huésped anoche.

Los ojos de Francesca se abrieron de par en par por un momento, luego se echó a reír, una risa suave y acogedora que me hizo relajarme un poco.

—Oh, Jessyka, no te preocupes tanto. Puede tirar la primera piedra la mucama soltera que nunca ha hecho eso. —Me dio una palmada en el hombro, todavía sonriente—. Te mereces disfrutar un poco de la vida.

—Pero sé que no debería... Tengo mis responsabilidades, mi madre, mi hermana. —Suspiré, sintiendo el peso de esas palabras.

Francesca me puso una mano reconfortante en el hombro.

—Sé que tienes muchas responsabilidades y que no es fácil. Pero eres joven y guapa. Mereces vivir y tener tus propias experiencias. No dejes que tus obligaciones te retengan.

—Gracias, Francesca. A veces es difícil encontrar un equilibrio.

Ella asintió en señal de comprensión.

—Todo lo que digo es que no te olvides de ti misma mientras cuidas de los demás.

Me sentí un poco más aliviada después de la conversación. Francesca tenía razón; necesitaba encontrar un término medio entre mis responsabilidades y mis propios deseos. Le di las gracias de nuevo y volví al trabajo, pero con una sensación diferente, una ligereza que hacía tiempo que no sentía.

A medida que avanzaba la tarde, mis pensamientos se volvían hacia Nikos y la cita prevista para la noche. Las palabras de Francesca resonaron en mi mente, y decidí que aprovecharía esta oportunidad, permitiéndome vivir un poco más.

El reloj marcaba por fin el final de la jornada laboral. Me dirigí al vestuario del personal, donde me puse el vestido más bonito que encontré en el armario. Era sencillo, pero realzaba mis curvas de forma sutil. Me arreglé el pelo, dejándolo suelto, y me pinté los labios con un poco de perfume que me había prestado Francesca. Ella sonrió, deseándome una buena velada.

—Disfrútalo, cariño. Te lo mereces —dijo Francesca, con mirada cómplice.

—Gracias, Francesca —respondí, sintiendo una mezcla de nerviosismo y emoción.

Salí del hotel con el corazón palpitante, pequeños galopes de expectación. Esperé a Nikos, que no tardó en aparecer con el pelo al viento. Su impactante mirada se cruzó con la mía, y al acercarse olí su maravilloso perfume.

—Buenas noches, Jessyka —dijo, inclinándose para besarme la mejilla.

El gesto me desconcertó, y él aprovechó el momento para robarme un beso, riéndose suavemente después.

—Estás preciosa esta noche —me felicitó, tomándome la mano.

Me sentí más relajada con su desinhibición. Entonces Nikos me pidió que fuéramos más lejos y subimos a un coche. Me llevó a otro restaurante, más lejos, donde podíamos tener más libertad. Por el camino, no escatimó en elogios.

—Este vestido te queda perfecto —comentó.

—Gracias —respondí, sonriendo, aún tratando de creer que esto estuviera sucediendo.

Llegamos al restaurante, un lugar acogedor e íntimo con luces tenues y una decoración elegante. Antes de bajar del coche, Nikos se inclinó y me robó otro beso, esta vez más intenso. Su mano subió por mi pierna, con un tacto firme y suave al mismo tiempo. Mi cuerpo respondió, un escalofrío recorrió mi espina dorsal, hasta que me aparté suavemente.

—Lo siento, pero creo que es mejor tomárselo con calma —le pedí, intentando recuperar el aliento.

Nikos sonrió, comprensivo.

—Por supuesto, lo haremos todo a su tiempo.

Salimos del coche y entramos en el restaurante, donde nos recibió un amable camarero que nos indicó una mesa. El ambiente era perfecto y la conversación fluyó con naturalidad. Hablamos de nuestras vidas, sueños y experiencias. Nikos era encantador, y cada minuto me sentía más a gusto a su lado.

A medida que avanzaba la noche, me di cuenta de que tal vez Francesca tenía razón. A veces había que permitirse vivir y disfrutar de los momentos que ofrecía la vida. Y esa noche estaba decidida a hacerlo.

La cena fue maravillosa. Nikos era empresario y me habló un poco del negocio naviero y de los problemas que había venido a resolver a la sucursal. Parecía que le iba bien, lo que no me sorprendió, dado su estilo seguro y decidido. Habló de su familia, mencionando a dos hermanos mayores y una hermana menor, lo que me sorprendió, ya que la había visto en algunos anuncios de perfumes y cosméticos.

—¿Es tu hermana esa famosa modelo? —pregunté, asombrada.

—Sí, ella misma. A veces es extraño ver su cara en tantos sitios, pero estoy muy orgulloso de ella —respondió sonriendo.

Después de cenar, me miró con una mezcla de curiosidad y afecto.

—¿Hay algún lugar en el que te sientas más cómoda? —preguntó, tocando suavemente mi mano.

Me lo pensé un momento y respondí.

—Conozco un camino que lleva a una playa más apartada, donde me gusta quedarme. Es tranquila y hermosa.

Nikos asintió, levantándose y ofreciéndome su mano para ayudarme a levantarme. Acepté su mano, sintiendo un escalofrío recorrerme el cuerpo. Condujo hasta la playa que le había mencionado, el camino iluminado únicamente por la luz de los faros del coche y la luna en el cielo.

En el coche, la ansiedad se apoderó de mí. El corazón se me aceleraba y me sudaban las manos. No pude evitar que las piernas me temblaran ligeramente y tiré del dobladillo de la falda del vestido, intentando calmarme. Tragué saliva, sintiendo que la tensión aumentaba con cada kilómetro que recorría.

El silencio entre nosotros solo lo llenaba el sonido del motor y el ritmo de mis jadeos. De vez en cuando miraba a Nikos, admirando su seguridad y lo tranquilo que parecía. Cada vez que me dedicaba una sonrisa o una mirada, sentía que se me revolvía el estómago.

Llegamos a la playa, un lugar apartado y sereno. Salimos del coche y caminamos por la arena, que estaba fresca bajo nuestros pies. La luna se reflejaba en las suaves olas del mar, creando un espectáculo de luces plateadas. El sonido de las olas rompiendo en la playa y la brisa fresca ayudaron a aliviar parte de mi ansiedad, pero seguía siendo consciente de la presencia de Nikos a mi lado.

—Es un lugar realmente hermoso —dijo mirando a su alrededor.

—Vengo aquí cuando quiero pensar y relajarme —expliqué, sintiendo la brisa marina acariciarme la cara.

Caminamos un poco más hasta que encontramos un lugar perfecto para sentarnos. Nikos se quitó la chaqueta y la extendió sobre la arena, invitándome a sentarme a su lado. Sonrió y se acercó. Podía sentir la intensidad del momento, la cercanía de nuestros cuerpos, creando una tensión dulce y excitante.

Nikos me besó y esta vez no pude resistirme. Su lengua firme se deslizó en mi boca mientras sus manos recorrían mi cuerpo. Un escalofrío me recorrió la espalda, mezclando

excitación y anticipación, sentimientos contradictorios de nerviosismo y ansiedad que me revolviéron el estómago. Respondí al beso, sintiendo la urgencia de sus movimientos.

Me acostó sobre la chaqueta, sus manos grandes y firmes se deslizaron por mis muslos, se introdujeron en mi vestido, buscando mis bragas. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y un gemido escapó de mis labios. Vi la luna por encima de su hombro, testigo mudo del momento.

—Eres preciosa, Jessyka... —murmuró en medio del beso.

Mi respiración se aceleraba, el corazón me latía con fuerza en el pecho. Las manos de Nikos seguían explorando, subiendo y bajando, y cada roce intensificaba la sensación de placer y anticipación. Sus dedos encontraron el borde de mis bragas y un nuevo escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Nikos, espera... —susurré, tratando de encontrar un equilibrio entre el deseo y la prudencia.

Se detuvo de inmediato, sus ojos seguían ardiendo de deseo, pero ahora también de auténtica preocupación.

—Yo... soy virgen —confesé temblorosa.

Me miró fijamente, su expresión se suavizó.

—No quiero asustarte, Jessyka. Prometo ir despacio si quieres, o podemos irnos. Depende de ti.

Dudé, tensa, mordiéndome el labio mientras reflexionaba. Finalmente, asentí con la cabeza, sintiendo que el corazón se me aceleraba aún más.

—¿Me va a doler? —pregunté, casi en un susurro.

—Haré todo lo posible para que no duela —prometió.

Moví la cabeza en señal de acuerdo y tiré de él, reanudando el beso. Las manos de Nikos volvieron a recorrer mi cuerpo, esta vez con más cuidado. Sus dedos volvieron a encontrar el borde de mis bragas, recorriendo la tela.

Su boca recorrió mi cuello mientras bajaba del tirante de mi vestido, dejando al

descubierto mis pechos. Se detuvo un momento, admirándolos.

—Qué pezones tan bonitos —dijo, antes de chupar cada uno de ellos.

Me estremecí, poniendo los ojos en blanco al sentir su lengua acariciando mis pezones, chupando y lamiendo con intensidad. Lo acaricié el pelo mientras me chupaba los pechos, sintiendo cómo crecía la necesidad entre mis piernas.

—Jessyka, eres maravillosa —murmuró entre besos y chupadas.

Su mano se deslizó lentamente por mi vientre, avanzando hacia mi zona íntima. Sentía cada roce, cada caricia, y mi cuerpo respondía con un deseo creciente. Nikos me bajó suavemente las bragas, sus manos firmes y suaves al mismo tiempo.

—Estoy aquí contigo —susurró, con sus ojos fijos en los míos.

Asentí, intentando relajarme. Siguió besándome, su mano explorando mi intimidad, aumentando mi excitación. Me sentía vulnerable, pero también segura entre sus brazos.

Me quitó las bragas y volvió a jugar con mis partes íntimas. El placer y la necesidad aumentaban a medida que me retorció. Sus dedos eran muy hábiles y las ganas de gemir eran incontrolables. Mis sonidos llenaban la playa mientras la luna era testigo mudo de mi entrega a este casi desconocido.

Nikos se agachó y colocó su cabeza entre mis muslos. Me agarró el culo con fuerza y sopló aire caliente que me hizo retorcerme aún más. Me pasé la mano por su suave vello, antes de sentir cómo su hábil lengua encontraba mi clítoris. Tenía un talento increíble, y me chupaba y lamía con una intensidad que me llevaba al borde de la locura.

—Nikos, por favor... —susurré, casi suplicando.

Entendió lo que quería y no dudó en darme más. Sus dedos se hundieron en mi culo, provocando nuevas e intensas sensaciones. Mi cuerpo respondía a cada movimiento, a cada caricia. Me sentía a la deriva en un mar de placer, donde cada ola me llevaba más alto.

La luna seguía brillando con fuerza, iluminando nuestros cuerpos entrelazados. El sonido de las olas y mis gemidos resonaban en la playa desierta. Nikos no paraba, su lengua y sus dedos me llevaban al límite.

—Jessyka, estás muy buena —murmuró, con la boca aún en mi sexo.

Sus dedos y su lengua trabajaron en perfecta sincronía, llevándome a un clímax inevitable. Mis músculos se contrajeron y un fuerte gemido escapó de mis labios cuando el orgasmo me envolvió. Todo mi cuerpo se estremeció de placer y me aferré con fuerza al pelo de Nikos, intentando encontrar algún punto de anclaje en aquella tormenta sensorial.

Siguió besándome y acariciándome, ayudando a mi cuerpo a calmarse poco a poco. Cuando por fin conseguí recuperar el aliento, lo miré, aún jadeante.

—Ha sido... increíble —logro decir entre suspiros.

Nikos sonrió, sus ojos brillaban de satisfacción y afecto.

—Me alegro de que te haya gustado, Jessyka.

Esperó un rato antes de volver a besarme. Podía saborearme en su boca, lo que era aún más afrodisíaco. Sus manos firmes me apretaron los pechos, el culo, y me sentí completamente envuelta y entregada a él.

Se desabrochó la camisa y los pantalones. Lo siguiente que supe fue que aquel hombre mayor, guapo y fuerte, estaba desnudo, arrodillado entre mis muslos.

—Vamos a empezar despacio y me dices si todo está bien —murmuró mirándome con atención—. Iré despacio...

Asentí, confiando en él. Sus ojos transmitían una seguridad que me tranquilizó. Se colocó con cuidado y sentí la punta de su miembro rozar mi entrada. Mi cuerpo respondió con una mezcla de excitación y nerviosismo.

—Respira hondo, Jessyka —dijo, acariciándome la mejilla.

Obedecí, inhalando profundamente. Comenzó a penetrarme lentamente, cada movimiento cuidadoso y suave. El dolor inicial era inevitable, pero la forma en que Nikos me tocaba y besaba suavemente ayudaba a aliviar la incomodidad. Me tomó la mano y entrelazó los dedos mientras avanzaba pacientemente.

—¿Va todo bien? —preguntó, con los ojos fijos en los míos.

—Sí, adelante —respondí, sintiéndome más segura.

Sonrió y volvió a besarme. Cada movimiento se hizo más natural, y el dolor dio paso a una sensación de plenitud y placer. Nikos mantuvo un ritmo lento y constante, siempre atento a mis reacciones.

A medida que desaparecía la incomodidad, empecé a entregarme por completo al momento. Nuestros cuerpos se movían en armonía, creando una profunda conexión.

—Eres increíble, Jessyka —murmuró, con sus labios rozando mi cuello.

Con cada palabra, con cada caricia, me sentía más segura y deseada. El placer volvió a crecer, esta vez más intenso y completo. Cuando por fin llegamos juntos al clímax, un gemido se escapó de los dos, resonando en la playa desierta.

Jadeante, Nikos se acostó a mi lado, acercándose. Abrazados bajo la luna, sentí una paz y una satisfacción indescriptibles.

—Gracias por ser tan paciente y cariñoso —murmuré, acariciándole el pecho.

—Siempre, Jessyka. Te mereces todos los cuidados.

Nos quedamos allí, abrazados en silencio, disfrutando de la compañía del otro. La brisa marina era refrescante y el sonido de las olas rompiendo en la playa creaba una atmósfera serena. En ese momento me di cuenta de que mi vida había cambiado para siempre.



Nikos

Capítulo 7

El descubrimiento de que Jessyka era virgen fue una sorpresa. En los tiempos modernos, las chicas casi nunca salen intactas de la escuela secundaria. Sin embargo, el sexo fue bueno, mejor de lo que esperaba. Me dejó la boca con sabor a querer más. Estaba tan buena como imaginaba. El sexo en la playa fue una gran recompensa para mi inversión.

Repasé los acontecimientos en la cama, satisfecho al despertarme al día siguiente. La luz de la mañana se filtraba a través de las cortinas, iluminando suavemente la habitación. Me estiré, sintiendo cómo mis músculos se relajaban y mi mente se calmaba. Sabía que aún tenía compromisos que me ataban en Sicilia, pero la perspectiva de disfrutar de la compañía de Jessyka lo hacía todo más agradable.

Me levanto y voy directamente al baño, me lavo la cara y me preparo para el día. El agua fría me ayudó a aclarar mis pensamientos, devolviéndome al presente. Me vestí rápidamente, optando por una camisa ligera y unos pantalones cómodos, adecuados para el clima cálido de Sicilia.

Salí de la habitación y bajé al vestíbulo del hotel. El ambiente era ajetreado, con huéspedes entrando y saliendo y el aroma del café recién hecho llenando el aire. Tomé una taza de café y me senté en una mesa cerca de la ventana, observando el ir y venir de la gente mientras pensaba en la noche anterior.

El café estaba caliente y fuerte, como a mí me gustaba. Repasé mentalmente las citas del día, sabiendo que tenía importantes reuniones que atender en la sucursal. Pero mis pensamientos volvían una y otra vez a Jessyka y a la intensidad de lo que habíamos compartido.

Terminé mi café y me dirigí a la sucursal, donde ya me esperaban el gerente y su equipo. La mañana prometía estar llena de discusiones y estrategias para resolver problemas con los proveedores y garantizar la continuidad de la empresa. Salí del hotel y caminé hasta el coche, disfrutando de la fresca brisa matinal.

Al llegar a la empresa, fui recibido por el gerente, un hombre experimentado que conocía

bien las sutilezas del sector.

—Buenos días, Nikos. Estamos listos para empezar —dijo, estrechando mi mano con firmeza.

—Buenos días. Vayamos directamente al grano.

Nos dirigimos al astillero, donde las embarcaciones estaban ancladas. El olor a mar y aceite era familiar y reconfortante. Mientras caminábamos, observé a los empleados que trabajaban diligentemente, cada uno concentrado en su tarea.

—Tenemos que asegurarnos de que todos los procesos funcionan a la perfección —comenté mientras observaba cómo reparaban uno de los barcos.

El gerente asintió con la cabeza.

—Hemos hecho ajustes en los cronogramas y la logística para minimizar los retrasos. Los empleados están comprometidos y las perspectivas son buenas.

Pasamos por un grupo de obreros que nos saludaron con sonrisas y asentimientos de cabeza. Uno de ellos, mayor y claramente experimentado, se acercó.

—Señor Nikos, las reparaciones del barco principal están casi terminadas. Solo estamos esperando algunas piezas finales —dijo.

—Excelente. Sigán trabajando así. Nos aseguraremos de que las piezas lleguen lo antes posible —respondí, satisfecho con los progresos.

Caminamos hasta una zona donde se almacenaban las piezas navales. El proveedor estaba allí, comprobando los inventarios. Cuando nos vio, se acercó con expresión resuelta.

—Señor Nikos, puedo garantizarle que todas las piezas necesarias se entregarán en cuanto se confirme el pago. Ya hemos empezado a preparar el envío —me aseguró.

—Perfecto. Terminemos cuanto antes —respondí, convencido de que las cosas iban bien.

Volvimos a la oficina, donde el equipo directivo ya estaba reunido en torno a documentos y gráficos. Me senté a la mesa y el gerente empezó a explicarme los detalles de las negociaciones en curso.

—Estamos renegociando los plazos de entrega con los proveedores y ajustando los contratos para evitar futuros problemas. La nueva cláusula de penalización se incluirá para garantizar un mayor compromiso —explicó, entregándome los documentos para que los revisara.

Hojeé los documentos, analizando detenidamente cada punto. Las medidas propuestas eran sólidas y mostraban una cuidadosa planificación.

—Me parece bien. Tenemos que ser estrictos con los plazos y asegurarnos de que cada etapa se supervisa de cerca —comenté, firmando los documentos.

Pasamos toda la mañana discutiendo estrategias y elaborando planes detallados. Cada miembro del equipo aportó ideas valiosas y la colaboración fue evidente. Me sentí seguro de que estábamos haciendo progresos significativos.

Cuando por fin terminó la reunión, me levanté y le tendí la mano al gerente.

—Buen trabajo el de hoy. Sigue así y nos aseguraremos de que todo vaya según lo previsto.

—Gracias, señor Nikos. Todos estamos comprometidos con el éxito de esta operación —respondió estrechándome la mano.

Salí de la oficina sintiéndome satisfecho con la marcha del negocio. Sabía que aún quedaba mucho por hacer, pero la dedicación del equipo y las soluciones que habíamos aplicado me daban confianza.

El resto del día estuvo repleto de más reuniones y visitas a los distintos sectores de la empresa. Cada interacción reforzaba mi certeza de que íbamos por buen camino. Cuando por fin el día llegó a su fin, regresé al hotel con la mente tranquila y la creciente expectativa de volver a ver a Jessyka.



Jessyka

Capítulo 8

Estaba guardando la ropa, distraída, pensando en la noche anterior. Mi primera vez había sido mágica, superando todas mis expectativas. El recuerdo de cada caricia, de cada susurro, me hacía sonreír mientras organizaba el armario. Me sobresalté cuando Nikos entró de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Lista para otra noche? —preguntó con una sonrisa pícaro en los labios.

Se me aceleró el corazón, pero intenté mantener la compostura.

—Esta noche no puedo, mi madre y mi hermana... —empecé a explicar, pero me interrumpió con un beso.

Me acercó la boca a la oreja y su cálido aliento me produjo escalofríos.

—¿Hay cámaras aquí? —preguntó en voz baja y ronca.

Negué con la cabeza, indicando que no había. Sin perder tiempo, Nikos cerró la puerta, encerrándonos. Lo miré, confusa.

—¿Estás loco? —susurré, pero mi pregunta fue rápidamente callada por otro beso.

Sus labios eran exigentes, y sentí que mi cuerpo respondía de inmediato. Las manos de Nikos bajaron alrededor de mi cintura, acercándose más. Intenté resistirme, recordando las responsabilidades que me esperaban en casa, pero el deseo era demasiado fuerte.

—Nikos, no podemos... —murmuré, pero mis palabras perdieron fuerza cuando me besó con más intensidad.

Su mano subió por mi muslo, levantando la falda de mi uniforme. Cerré los ojos, abandonándome a la sensación. El entorno que nos rodeaba pareció desaparecer, quedando solo nosotros dos, el calor de nuestros cuerpos y la urgencia de nuestros besos.

Me levantó y me colocó sobre una mesita, sus manos explorando cada centímetro de mi cuerpo. Mis dedos se enredaron en su pelo, tirando de él más cerca. Mi corazón latía sin control,

mi excitación aumentaba por momentos.

—Jessyka, me vuelves loco —murmuró contra mis labios, antes de dejar caer besos por mi cuello.

Cada palabra, cada caricia, hacían arder mi piel. Me perdí en la intensidad del momento, olvidando cualquier preocupación o responsabilidad. Solo importaba el deseo, la necesidad de volver a estar con él.

Nuestros movimientos se volvieron más frenéticos, la urgencia se apoderó de nosotros. Nikos me abrió la blusa, dejando mis pechos al descubierto, y sentí su cálida boca cubriéndome los pezones. Un gemido escapó de mis labios, resonando en la silenciosa habitación.

—Necesitamos ser rápidos —susurré, con una mezcla de ansiedad y deseo.

Asintió con la cabeza, con los ojos ardiendo de excitación. Rápidamente se quitó los pantalones y me acercó. Nuestros cuerpos se unieron con una necesidad casi desesperada, y cada movimiento estaba cargado de placer y excitación.

Sentí su miembro entrar en mí y apreté los labios, intentando contener un fuerte gemido mientras hundía las uñas en la tela de la chaqueta que cubría sus hombros. El dolor fue momentáneo, pero pronto se disipó, arrastrado por la intensidad con que se movía dentro de mí. Eché la cabeza hacia atrás, poniendo los ojos en blanco.

—Jessyka, eres increíble —murmuró, con la voz ronca y llena de deseo.

Sus manos sujetaban firmemente mi cintura, guiando nuestros movimientos. La sensación de plenitud era intensa y, con cada embestida, mi cuerpo respondía con una oleada de placer. Sentí vibrar todo mi cuerpo, una electricidad que recorría cada nervio, cada músculo.

Mis manos se deslizaron encima de sus hombros, sintiendo la tensión de sus músculos mientras se movía con fuerza y precisión. Nuestras miradas se encontraron y la conexión entre nosotros se hizo aún más profunda, lo que no hizo sino aumentar mi excitación.

—Nikos... —gemí, incapaz de contener los sonidos que escapaban de mis labios.

Aceleró el ritmo y cada movimiento nos acercaba más al clímax. Me sentía completamente entregada a él, cada parte de mí anhelaba más. Nuestros cuerpos se movían en

perfecta sincronía, creando una sinfonía de placer que resonaba en toda la habitación.

Finalmente, sentí que se acercaba la ola del orgasmo. Mi cuerpo se tensó y un grito de placer escapó de mis labios al alcanzar mi punto máximo. Nikos continuó, llevándome aún más alto, hasta que por fin sentí que su cuerpo se rendía también, temblando contra el mío.

Jadeantes, nos quedamos allí, abrazados, recuperando el aliento. Nikos me besó suavemente en la frente, sus ojos seguían brillando de satisfacción.

—Estás muy buena, Jessyka —dijo con una sonrisa de satisfacción.

Sentí que me ruborizaba, pero le devolví la sonrisa, sintiendo una profunda e intensa felicidad. Guardamos la ropa rápidamente, aún intentando procesar la intensidad del momento que habíamos compartido.

—¿Lo haremos de nuevo? —pregunté, con un brillo de expectación en los ojos.

—Estoy a tu disposición —respondió con una sonrisa cómplice.

Salimos de la habitación, intentando actuar con normalidad, pero el brillo en los ojos de Nikos me decía que estaba tan satisfecho como yo.

Mientras volvía del trabajo, no podía quitarme la sonrisa de la cara. Lamentaba tener que volver a casa en lugar de pasar la noche con él, pero después de dos noches llegando tarde, mi madre empezaba a sospechar. No quise decir nada, al menos de momento. Ella no era el mejor ejemplo y no quería que me regañara o se quejara de que me estaba involucrando con un huésped del hotel.

No pude evitar pensar en él. Me mordí los labios, recordando el sexo en el armario. Fue una locura, pero tan buena... No me había dado cuenta de que entregarme a un hombre podía ser tan excitante.

Mientras doblaba las sábanas limpias y las guardaba en el armario, los pensamientos sobre Nikos dominaban mi mente. Cada vez que cerraba los ojos, revivía la intensidad de nuestros momentos juntos. Mi cuerpo seguía sintiendo sus caricias y una oleada de deseo recorría mi espina dorsal.

Al final del día, bajé al vestuario para cambiarme. Francesca, que estaba recogiendo sus

cosas, me miró con una sonrisa curiosa.

—Te ves diferente hoy, Jessyka. ¿Te pasa algo especial? —preguntó levantando una ceja.

Me reí, intentando disimular mi nerviosismo.

—No sé de qué me hablas, Francesca —respondí, pero sabía que mi sonrisa me delataba.

Sacudió la cabeza, riendo suavemente.

—Ah, muchacha, yo fui joven como tú una vez. Sé cuando hay un hombre involucrado. Solo espero que sea bueno para ti.

—Lo es —admití, sintiendo que me subía el calor a la cara.

Salí del hotel con el corazón acelerado. El sol empezaba a ponerse, coloreando el cielo de naranja y rosa. Cuando por fin llegué a casa, mi madre estaba en el salón viendo la televisión. Me miró con expresión suspicaz.

—¿Dónde has estado? Has llegado tarde estos días —dijo con tono inquisitivo.

—Trabajo, mamá. El hotel está lleno y hay mucho por limpiar —mentí, intentando mantener la calma.

Siguió mirándome un momento, pero luego volvió a centrar su atención en la televisión.

—Bueno, espero que no tengas problemas —murmuró, más para sí misma que para mí.

Subí a mi habitación, sintiendo el peso de la mentira. Pero sabía que tenía que mantener a Nikos en secreto por el momento. Me acosté en la cama, mirando al techo mientras caía la noche. Pensar en él seguía atormentándome, una mezcla de deseo y felicidad.

Cerré los ojos, reviviendo cada momento que pasamos juntos. La emoción de nuestro primer encuentro, la intensidad de nuestros besos, la conexión que sentía crecer entre nosotros. Sabía que era algo especial, algo que merecía la pena explorar, incluso con todas las complicaciones.



Nikos

Capítulo 9

Acostado en la cama del hotel, miré al techo con una sonrisa. Me sentía bien, reviviendo cada momento con Jessyka. Era hermosa, ardiente, y sus delicados gemidos al descubrir el placer que yo podía darle eran una delicia. El recuerdo de su cuerpo, la forma en que se entregaba a mí, todo ello me excitaba aún más.

Sonó mi móvil, interrumpiendo mis pensamientos. Lo tomé y contesté.

—Nikos, ¿cómo van las cosas? —era Petros, queriendo información—. Y siento haber puesto esta responsabilidad sobre tus hombros. No podía dejar a Chirly sola con los gemelos. Son mucho trabajo, y sabes cómo se sobrecarga ella. Necesitaba ayuda aquí.

Respiré hondo, tratando de tranquilizarlo.

—No pasa nada, Petros. Estoy más que bien aquí —respondí, sonriendo.

Petros, siempre perspicaz, se dio cuenta del tono de mi voz.

—No estarás metiéndote con alguna mujer de la empresa, ¿verdad? —preguntó, medio en broma, pero con un fondo de seriedad.

Me reí, aprovechando la oportunidad para burlarme de él.

—No de la empresa.

—Entonces, ¿quién es? —insistió Petros, curioso.

Me quedé un momento en silencio, pensando si debía contarle lo de Jessyka. No quería que se preocupara o me juzgara, pero también sabía que Petros era de fiar.

—Es una mucama de hotel —revelé finalmente.

Se produce una pausa al otro lado de la línea antes de que Petros responda.

—¿Una mucama? Eso es inesperado, incluso para ti, Nikos. —Se rió, pero luego volvió a ponerse serio—. ¿Sabe quién eres? ¿Sabe algo del negocio y de la familia?

—Sabe que soy un hombre de negocios, pero no entramos en muchos detalles. Y francamente, Petros, no importa ahora.

Petros volvió a reír, pero su tono era comprensivo.

—Bueno, si ella te hace feliz, ¿quién soy yo para juzgar? Solo ten cuidado, Nikos. Ya sabes lo complicadas que pueden llegar a ser estas cosas.

—Lo sé, Petros. Estoy siendo cuidadoso.

—Solo quiero que sepas que estoy aquí si necesitas algo. Chirly te manda saludos y los bebés también.

Colgué el teléfono y volví a la cama, todavía sonriendo. Petros tenía razón: debía ser prudente. Pero la atracción que sentía por Jessyka era irresistible, y estaba decidido a disfrutar de cada momento con ella.



Jessyka

Capítulo 10

Llegué al trabajo y saludé a Francesca, que me recibió con una cálida sonrisa. Estaba de buen humor, como siempre, y había una energía contagiosa en el ambiente. Mientras organizaba sus materiales, me di cuenta de que se le había caído al suelo un trozo de tejido. Me agaché rápidamente y lo recogí.

—¿Lo estás haciendo para tu nieto, Francesca? —pregunté, entregándole el tejido.

—¡Sí, cariño! —respondió emocionada—. Estoy tan contenta por la llegada del bebé. Cada puntada está hecha con tanto amor.

Charlamos un poco sobre el bebé y me contó sus expectativas y preparativos para la llegada de su nieto. Era evidente lo feliz y ansiosa que estaba.

—¿Y tú, Jessyka? ¿Cómo está tu corazón? —preguntó de repente, con un brillo curioso en los ojos.

Mis mejillas se sonrojaron al instante. Aparté la mirada, tratando de encontrar algo que hacer que me sacara de aquella situación.

—Ah, todo está bien. Nada nuevo —me apresuré a decir, mientras organizaba algunos productos de limpieza.

Francesca no se dejó engañar tan fácilmente y abrió la boca para insistir, pero antes de que pudiera hacerlo, se acercó el gerente.

—Tenemos que concentrarnos en el trabajo, chicas. Hay mucho que hacer hoy.

Con eso, nos dispersamos rápidamente, cada una volviendo a sus tareas. Sentí un alivio momentáneo al haber escapado a las preguntas de Francesca, pero mi mente seguía atascada en Nikos. Mientras recogía las toallas y ordenaba las habitaciones, no podía evitar pensar en él.

La mañana pasó rápidamente, con los pasillos del hotel llenos de huéspedes y actividad.

Cada habitación que limpiaba parecía reflejar el estado de mi mente: un poco desordenada, pero llena de recuerdos agradables. Cada detalle de nuestro encuentro en el armario volvía a mí, haciéndome sonreír involuntariamente.

Durante un descanso, me senté en un banco cerca del jardín del hotel. El sol brillaba y la brisa fresca traía el aroma de las flores del jardín. Miré al horizonte, pensando en cómo había cambiado mi vida desde que conocí a Nikos. Era como si él hubiera traído una nueva luz a mis días.

—¡Jessyka! —Oí una voz familiar.

Levanté la vista y vi a Francesca acercándose con una sonrisa en la cara.

—¿Estás bien, cariño? Hoy pareces distante.

Suspiré, sabiendo que no podría escapar para siempre.

—Francesca, yo... —Tragué saliva y aparté la mirada. Jugueteé con el dobladillo de la falda del uniforme antes de volver a mirarla—. Sigo saliendo con el huésped...

Tragué saliva, vacilante.

Francesca enarcó las cejas sorprendida, pero una sonrisa apareció en sus labios.

—¿De verdad? —preguntó ansiosa.

—Sí. Se llama Nikos. Es maravilloso, atento, amable... y muy guapo —admití, sintiendo que se me calentaba la cara.

—Se te ve feliz —observa Francesca con cara de cariño.

—Lo soy. Es tan... increíble. —Las palabras salieron con una facilidad que me sorprendió.

—Eso está bien, cariño. Te mereces ser feliz —dijo tomándose la mano.

—Sí...

—Pero ten cuidado —añadió Francesca con tono serio.

Fruncí el ceño, confusa.

—¿Por qué?

—Estos hombres a menudo no quieren nada serio. Para ellos es solo diversión. Tú también puedes divertirte, disfrutarlo, pero no te involucres demasiado para que no te hagan daño —aconsejó, con cara de preocupación.

Tragué saliva de nuevo, sintiendo una pesadez en el pecho.

—Lo sé, Francesca. Intentaré tener cuidado —prometí, aunque una parte de mí ya estaba muy implicada.

Me apretó la mano con una sonrisa tranquilizadora antes de levantarse.

—Estoy aquí para ti, Jessyka.

Asentí con la cabeza, agradecida por su apoyo. Francesca se marchó, volviendo a su trabajo, y yo me quedé allí unos minutos más, reflexionando sobre sus palabras. Sabía que tenía razón, pero también que mis sentimientos por Nikos eran fuertes.

Me levanté y volví al trabajo, intentando mantener la mente concentrada en las tareas del día. A medida que avanzaba la mañana, el hotel seguía colapsado de huéspedes que entraban y salían. Cada sonrisa y saludo que recibía de los clientes ayudaba a aliviar parte de la ansiedad que sentía.

Más tarde, mientras ordenaba una de las habitaciones, oí que llamaban a la puerta. La abrí y vi a Nikos con una sonrisa encantadora.

—Hoy estás preciosa.

—Gracias, Nikos —respondí, sintiendo que se me aceleraba el corazón.

Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Nos besamos. Un beso suave, pero lleno de promesas. Sus manos me tomaron la cara con suavidad y me sentí segura entre sus brazos.

—No puedo dejar de pensar en ti —confesó, con sus labios rozando los míos.

—Yo tampoco. Me haces sentir... tan viva —respondí, y mis ojos se encontraron con los suyos.

—Quiero más de ti —dijo con una voz ronca que me produjo escalofríos.

—Nikos... —Intenté darme la vuelta.

Su cuerpo se apretó contra el mío y me acercó más. Mi corazón se paró un momento y luego empezó a latir frenéticamente. Tenía la boca seca, deseaba más besos, más caricias, pero sabía que no podía. Estábamos en la habitación de otro huésped, y si el gerente se enteraba, perdería mi trabajo.

—Tienes que irte —empujé a Nikos, tratando de ser firme.

—Pero... —protestó, con expresión de frustración.

—Si nos descubren aquí, me despedirán.

Nikos suspiró, pero asintió.

—De acuerdo, pero solo si prometes salir conmigo más tarde.

Reflexioné un momento, dudando. Luego asentí.

—Está bien.

—Estupendo. —Sonrió ampliamente y me dio un beso antes de salir de la habitación.

Me quedé allí de pie, intentando calmar mi corazón y ordenar mis pensamientos. La presencia de Nikos era embriagadora, y la forma en que me hacía sentir era algo que nunca antes había experimentado. Respiré hondo y volví al trabajo, intentando concentrarme en mis tareas.

A media tarde, sonó mi móvil. Era mi madre.

—Hola, mamá —contesté en voz baja, porque no podía hablar con el móvil durante el trabajo.

—Jessyka, ¿puedes pasar por el mercado y comprar salsa de tomate y albahaca?

—Hoy no puedo, mamá. Llegaré tarde.

—¿Por qué? —preguntó con suspicacia.

Tragué saliva, intentando pensar con rapidez.

—Tengo que hacer unas horas extra. El hotel está lleno y tenemos que arreglárnoslas.

Suspiró, pero aceptó mis disculpas.

—De acuerdo, pero no llegues demasiado tarde.

—No lo haré, lo prometo. Hasta luego.

Colgué, sintiendo un nudo en el estómago. No me gustaba mentir a mi madre, pero teniendo en cuenta todos los problemas que ella tenía con sus hombres, no necesitaba añadir el mío. Además, yo era feliz y, como había dicho Francesca, merecía disfrutarlo.

Seguí con mi trabajo, intentando dejar de lado los pensamientos sobre Nikos hasta el final del día. Hacía las camas, cambiaba las toallas y limpiaba los baños, pero mi mente siempre volvía a él. Cada vez que pensaba en nuestro próximo encuentro, una sonrisa aparecía en mis labios.

Cuando el reloj finalmente marcó el fin del turno, volví al vestuario y me cambié. Me puse un vestido sencillo pero bonito y me peiné lo mejor que pude con los pocos productos que tenía.

Estaba nerviosa, pero también emocionada.

Salí del hotel y fui a encontrarme con Nikos en el lugar acordado. Él estaba allí, esperándome con una sonrisa que me hizo subir el corazón.

—Estás preciosa —me dijo tomándome la mano.

—Gracias, gracias. —Sonreí, sintiendo que me ruborizaba—. ¿Cómo te ha ido el día? —pregunté, curiosa. Esquivé la proximidad, pues aún estábamos cerca del hotel y no quería que mis superiores supieran de nosotros.

—Intenso, pero productivo. No dejaba de pensar en ti —respondió, con una sonrisa maliciosa que me provocó un escalofrío.

Me ofreció su mano y la acepté, siendo conducida hasta el auto.

—Hoy voy a dejar que elijas tú —dijo, mientras caminábamos.

—¿Elegir? —Me sorprendió.

—Sí, adónde vamos a cenar.

—Pero no soy buena para eso.

—¿Por qué no?

—No tengo el mismo nivel de vida que tú.

Él rió, divirtiéndose.

—De acuerdo, podemos ir donde quieras.

—¿Estás seguro? —Fruncí el ceño, temerosa.

—¡Absolutamente! —Hinchó el pecho, extrañamente confiado.

—Bueno... —murmuré, aún recelosa.

Miré a mi alrededor, intentando pensar en un lugar que me gustara y fuera especial para mí. Al cabo de unos segundos, me vino a la mente un lugar.

—Hay un pequeño restaurante cerca de la playa que me encanta. Es sencillo, pero la comida es deliciosa.

—Perfecto. Vamos entonces.

El viaje transcurrió sin contratiempos, con Nikos haciendo bromas y contándome anécdotas divertidas de su infancia. El ambiente ligero y relajado me hizo sentir más a gusto.

Llegamos al restaurante, pequeño y acogedor, con mesas de madera rústica y luces tenues. El olor a comida casera flotaba en el aire, aportando una sensación de confort.

—Qué lugar más bonito —comentó Nikos, mirando a su alrededor.

—Me alegra de que te haya gustado —respondí, sonriendo.

Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana, desde donde podíamos ver el mar. El sonido de las olas rompiendo en la playa creó la banda sonora perfecta para nuestra cena.

—¿Qué me recomiendas? —preguntó, tomando el menú.

—Los espaguetis a la carbonara son increíbles. Y la bruschetta de entrada es maravillosa.

—Entonces pedimos espaguetis a la carbonara y bruschetta —dijo, cerrando el menú con una sonrisa.

Pedimos y, mientras esperábamos, hablamos de nuestras vidas, sueños y planes de futuro. Nikos me habló de su familia, de sus responsabilidades y de lo mucho que le gustaba lo que hacía. Yo le conté un poco más sobre mi vida en Palermo, mi madre y mi hermana.

Cuando llegó la comida, a Nikos se le iluminó la expresión.

—¡Se ve delicioso!

—Espero que te guste.

El primer bocado confirmó mis expectativas. Nikos cerró los ojos y sonrió.

—Tenías razón. Esto es increíble.

Cenamos despacio, disfrutando de cada momento, de cada sabor. El ambiente acogedor del restaurante, combinado con la compañía de Nikos, hizo que la velada fuera perfecta.

Después de cenar, paseamos por la playa, sintiendo el frescor de la arena y las piedras bajo nuestros pies. La luna llena iluminaba el mar, creando un entorno casi mágico. Nos alejamos del restaurante, caminando por la playa hasta una zona más apartada de formaciones rocosas.

Nikos me acercó a él y me besó. Sus labios eran firmes y exigentes, y me entregué por completo a aquel momento.

—Hora del postre —me murmuró al oído, y yo solté un pequeño gemido, estremeciéndome y deritiéndome en el calor de sus manos.

Me apoyó suavemente contra las rocas, sus manos se deslizaron por mi espalda, explorando cada curva. El sonido de las olas rompiendo contra las rocas se mezclaba con nuestros suspiros. Sentí sus dedos deslizarse por mi cuello, provocándome escalofríos.

—Nikos... —murmuré, incapaz de contener la excitación que se apoderaba de mí.

Volvió a besarme, esta vez con más intensidad. Sus manos bajaron hasta mi cintura, acercándome más. La sensación de sus dedos explorando mi piel era casi insoportable.

Nikos me bajó el tirante del vestido, dejando al descubierto mis hombros y besando cada trocito de piel que descubría. Arquee la espalda, entregándome por completo al momento. Sentí sus firmes manos deslizarse por mi cuerpo y mi corazón se aceleró.

—Eres increíble, Jessyka —susurró, con los ojos brillando a la luz de la luna.

Sonreí y tiré de él para acercarlo. Nuestros cuerpos encajaban a la perfección y la intensidad del deseo era casi palpable. Sentía cada movimiento, cada roce, como si estuviera en una danza hipnotizante.

—No puedo creer que esto esté pasando —confesé, con la voz temblorosa por la emoción.

—Créelo, porque está pasando. Y no quiero que termine —respondió él, encontrando mis labios nuevamente.

Nuestros besos se hicieron más urgentes, más desesperados. Nikos me levantó y yo le rodeé la cintura con las piernas, sintiendo la firmeza de sus músculos contra mí. La sensación era electrizante, y cada célula de mi cuerpo clamaba por más.

Mientras seguíamos besándonos, me apoyó contra una de las rocas y sus manos exploraron cada centímetro de mi cuerpo. La fría textura de la piedra contrastaba con la calidez de su tacto, creando una mezcla de sensaciones que me excitaba aún más.

—Te deseo, Jessyka —dijo, con una intensidad que hizo que mi corazón se disparara aún más.

—Yo también, Nikos. Mucho —respondí, sintiéndome completamente rendida a él.

El momento era perfecto, como si todo el universo conspirara para que estuviéramos allí, juntos, bajo la luz de la luna, entregándonos el uno al otro. Me sentí viva como nunca, y supe que aquello no era más que el principio de algo muy especial entre nosotros.

Sentí sus manos dentro de mi vestido, cálidas, grandes, apretando y tocando mis muslos, haciendo palpar mi intimidad.

¡Dios, ese hombre me estaba volviendo loca!

Sus dientes rozaron mis labios mientras me besaba, dándome aún más. Me bajó aún más

los tirantes del vestido, dejando al descubierto mis pechos, mordisqueándome los pezones de una forma que me volvía loca, deseando más.

Yo jadeaba, mis gemidos se mezclaban con el sonido de las olas rompiendo en las rocas. Sentía sus manos explorando cada parte de mí, subiendo y bajando, mientras yo me aferraba a él, incapaz de resistirme.

Bajó la mano, subiéndome la falda del vestido hasta la cintura, y sentí que sus dedos encontraban mis bragas. El calor de su contacto fue intenso, y arqueé la espalda, buscando más contacto. Nikos apartó mis bragas y sus dedos se deslizaron suavemente, explorando mi intimidad. Gemí, todo mi cuerpo respondía al hábil contacto.

—Estás muy buena, Jessyka —murmuró, con sus labios rozándome las orejas.

Sus palabras me hicieron estremecer. Sabía exactamente qué decir para excitarme aún más. Sentía cada movimiento de sus dedos, cada caricia, y mi cuerpo reaccionaba instintivamente. Siguió metiendo y sacando los dedos mientras yo me aferraba a él, sumida en el placer.

Nikos se arrodilló frente a mí y su boca sustituyó a sus dedos. Cuando su lengua tocó mi clítoris, un fuerte gemido escapó de mis labios. Chupó y lamió con una precisión que me llevó al borde de la locura. Mis manos se agarraron a su pelo, sujetándolo contra mí mientras me llevaba cada vez más alto.

—No pares... —supliqué, con voz casi inaudible.

Continuó, intensificando sus movimientos. Sentía que todo mi cuerpo se contraía, que mi orgasmo se acercaba rápidamente. Cuando por fin llegué al clímax, una oleada de placer recorrió mi cuerpo y grité su nombre, incapaz de contener la intensidad del momento.

Nikos se levantó, con los ojos fijos en los míos, y tiró de mí para darme un beso profundo y apasionado. Podía saborear mi propio placer en sus labios, lo que no hizo sino aumentar mi excitación.

—Te necesito ahora —dijo, con la voz llena de deseo.

—Entonces, tóname —respondí, con voz de susurro.

Se quitó rápidamente la ropa y pronto sentí su cuerpo apretándose contra el mío. Nikos me levantó y yo le rodeé la cintura con las piernas. Sentía la punta de su miembro rozando mi entrada, y cada célula de mi cuerpo clamaba por más.

Me penetró lenta pero firmemente, y dejé escapar un gemido de placer. Nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía, cada embestida enviaba oleadas de placer a todo mi ser. Me sentía completamente conectada a él, como si nada importara más que ese momento.

Nuestros movimientos se hicieron más intensos, más urgentes, y pronto nos perdimos en la intensidad de nuestro deseo. Cuando por fin llegamos al clímax, una última oleada de placer recorrió mi cuerpo, dejándome jadeante y satisfecha.

Nikos me abrazó fuerte mientras nos recuperábamos.

—Eres increíble, Jessyka —murmuró, besándome suavemente en la frente.

Sonreí, sintiéndome completamente feliz y realizada. Sabía que aquel momento era especial, algo que llevaría conmigo para siempre. Mientras volvíamos al hotel, la sensación de plenitud y felicidad permanecía, y yo estaba ansiosa por más.

No quería que esa relación con él terminara nunca.



Nikos

Capítulo 11

Desayuné en el restaurante del hotel, saboreando la comida mientras pensaba en los compromisos del día.

Llegué a la empresa y fui directamente al despacho del gerente. Teníamos que concretar algunos detalles importantes sobre los contratos y los plazos de entrega de los buques.

El gerente me recibió con una sonrisa profesional.

—Buenos días, Nikos. Tenemos novedades sobre los proveedores —dijo señalando un montón de documentos sobre la mesa.

Pasamos la mañana revisando contratos, discutiendo plazos y asegurándonos de que todo estaba en orden para la siguiente entrega. Los empleados estaban comprometidos y la eficacia con la que trabajaban era impresionante. Visité el astillero, inspeccioné los buques en construcción y charlé con los trabajadores. El olor a metal y soldadura llenaba el aire, y el ruido de las herramientas era casi ensordecedor, pero había allí una energía que me estimulaba y motivaba. Había crecido rodeado de barcos y, en cierto modo, formaban parte de mi esencia.

A la hora de comer, decidí unirme a los empleados en el comedor del astillero. Tomé una bandeja y me serví del buffet sencillo pero sabroso. Me senté en una mesa con algunos de los trabajadores, escuchando sus historias y preocupaciones.

A pesar de las conversaciones a mi alrededor, mi mente estaba en otra parte...

Pensé en Jessyka. No solía implicarme tanto con una mujer durante tanto tiempo, pero había algo en ella que me fascinaba profundamente. Su sonrisa, su sencillez, la forma en que sus ojos brillaban cuando hablaba de algo que le gustaba. Todo eso me encantaba.

Cuando terminé de comer, mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo. Lo tomé y vi que era mi secretaria llamando desde Atenas. Pedí a los hombres de la mesa que me disculparan y me alejé un poco, buscando un lugar más tranquilo.

—¿Hola?

—Nikos, tu hermano Petros te ha pedido que vuelvas inmediatamente. Te necesita en casa.

Resoplé, sintiendo cómo crecía mi irritación. Justo cuando disfrutaba de mi estancia en Palermo, Petros me necesitaba en Atenas.

—Entendido. Lo resolveré —respondí, tratando de mantener la calma.

—Ya he comprado tu billete de vuelta. El vuelo sale dentro de seis horas —dijo con su eficacia habitual.

—¿Seis horas? ¡Eso es ridículo! ¡Todavía tengo cosas que arreglar aquí! —refunfuñé, sintiendo cómo aumentaba mi frustración.

—Nikos, es importante. Petros tenía clara la urgencia. No tenemos otra opción —respondió con firmeza.

—Está bien, está bien. —Colgué el teléfono, sintiendo que la bronca crecía en mi interior.

Respiré hondo, tratando de calmarme. Me había encariñado con Palermo, especialmente con Jessyka, y no quería irme tan pronto. Pero sabía que no podía ignorar la situación en casa. Volví a la mesa, pero mi mente ya estaba acelerada, tratando de pensar en cómo resolver todo antes de irme.

Les pedí disculpas de nuevo y les expliqué que tenía que volver a la oficina. Lo entendieron y me desearon suerte. Volví al despacho del gerente y le expliqué la situación.

—Por desgracia, tendré que volver a Atenas. Petros me necesita allí inmediatamente. Confío en que tú y el equipo seguirán haciendo un excelente trabajo.

—Está bien, Nikos. Lo mantendremos todo en orden —respondió el gerente con un gesto de cabeza.

Pasé el resto de la tarde organizando mis asuntos, asegurándome de que todo estaba en orden antes de partir. Al final del día, volví al hotel y preparé las maletas. Me senté en la cama, mirando la habitación vacía, y pensé en cómo decírselo a Jessyka.

No tenía mucho tiempo, tenía que llegar al aeropuerto o perdería mi vuelo. Decidí buscarla en el hotel, quería al menos un beso o una despedida rápida. Recorrí los pasillos, revisé

la cafetería e incluso el área de servicio, pero no encontraba a Jessyka por ningún lado. Mi frustración no hizo más que crecer.

Suspiré, molesto. Tendría que quedarme con las ganas. Volví a mi habitación, recogí mis maletas y bajé al hall. La recepcionista me saludó con una sonrisa, pero apenas pude devolvérsela.

Recogí el coche de alquiler y me dirigí al aeropuerto, sintiendo una mezcla de ansiedad y tristeza. El viaje fue rápido, pero me pareció una eternidad. El tráfico era tranquilo, lo que aumentaba mi sensación de estar dejando atrás algo importante.

Llegué al aeropuerto y aparqué el coche en la zona de entrega. Entregué las llaves en el mostrador de servicio y recogí mis maletas. Mientras caminaba hacia la terminal, seguía pensando en Jessyka. ¿Qué pensaría cuando supiera que me había ido sin despedirme?

¿En serio, Nikos? Nunca te ha importado decepcionar a ninguna mujer.

Me sentí desafiado por mis propios pensamientos y me reí amargamente. Siempre había sido un coleccionista de corazones rotos y Jessyka desde luego no sería el último.

Pasé el control de seguridad y llegué a la puerta de embarque con tiempo de sobra. Me senté en una silla, mirando a la gente que me rodeaba, pero todo parecía borroso.

El anuncio de embarque resonó en la terminal y me levanté tomando mis cosas. Subí al avión y me acomodé en mi asiento, poniéndome los auriculares para intentar distraerme.

Mientras el avión despegaba, miré por la ventanilla, viendo cómo Palermo se hacía cada vez más pequeña. Una parte de mí quería estar en cualquier sitio menos allí. Sentía un vacío dentro de mí, pero sabía que tenía que volver a Atenas. Petros y mi familia me necesitaban.



Jessyka

Capítulo 12

El día había sido muy ajetreado. Algunos huéspedes entregaron una habitación que parecía una versión del infierno, con suciedad por todas partes y un baño tan asqueroso que no era apto para nadie. Había vómito en las paredes y se me revolvía el estómago mientras lo limpiaba. Perdí mucho tiempo en esa habitación y tuve que concentrarme rápidamente en las demás para no retrasar mi trabajo.

Con cada roce, mis pensamientos volvían a Nikos. Me hacía ilusión encontrarme con él después del trabajo. No había tenido tiempo de verlo durante el día e imaginaba que también estaría ocupado con los problemas de la empresa que había mencionado vagamente.

Mientras limpiaba, recordé nuestra última noche juntos. El recuerdo de sus caricias, sus besos y la intensidad del momento me hicieron sonreír, incluso en medio de la suciedad. Mi corazón latía más rápido solo de pensar en él.

Terminé la habitación infernal y pasé a las demás, intentando recuperar el tiempo perdido. Cada movimiento era automático, como si mi cuerpo supiera lo que tenía que hacer, mientras mi mente estaba lejos, imaginando cómo sería nuestro encuentro más tarde. La rutina de hacer las camas, cambiar las toallas y limpiar los baños me parecía menos pesada cuando sabía que pronto vería a Nikos.

Al final del día, estaba agotada, pero la perspectiva de encontrarme con Nikos me dio fuerzas. Corrí al vestuario, me di una ducha rápida y me cambié. Elegí un vestido sencillo que sabía que a él le gustaba. Me eché perfume, me arreglé el pelo y salí del hotel, ansiosa.

Llegué al punto de encuentro acordado, el mismo restaurante al que fuimos la noche anterior. Me senté en una mesa y esperé, observando a la gente a mi alrededor y el movimiento de las olas a lo lejos. El tiempo parecía alargarse y empecé a inquietarme.

—¡Jessyka! —Oí una voz familiar.

Levanté la vista y vi a Francesca acercándose con una sonrisa en la cara.

—¡Hola, Francesca! ¿Qué haces por aquí?

—Vine a ver a unos amigos, pero te encontré a ti primero. ¿Esperas a alguien especial?
—me preguntó con cara de complicidad.

—Sí, a Nikos. Dijo que me encontraría aquí después del trabajo.

—¡Qué maravilla! Espero que disfrutes de la velada. —Francesca me dio un rápido abrazo y se despidió.

Seguí esperando, pero pasaba el tiempo y Nikos no aparecía. Empecé a preocuparme. Debía de haber pasado algo. Me sentí como una idiota por no tener ni siquiera un número para llamarlo. Una opresión se apoderó de mi pecho.

Decidí volver al hotel y ver si estaba allí. Llegué al hall de entrada y pregunté a la recepcionista.

—Por favor, ¿has visto a Nikos Katsaros aquí?

—Ah, sí. Se fue con sus maletas hoy temprano. Parecía tener prisa.

Sentí hielo en el estómago. ¿Con las maletas? ¿Se fue sin despedirse? Intenté controlar las lágrimas que empezaban a formarse. Di las gracias a la recepcionista y salí del hotel, caminando sin rumbo por las calles de Palermo.

Cada paso parecía más pesado que el anterior. ¿Cómo podía marcharse sin siquiera despedirse? El dolor de la decepción era abrumador. Me senté en un banco del paseo marítimo, mirando al mar y dejando que las lágrimas fluyeran libremente.

Al cabo de un rato, sentí una mano suave en el hombro. Levanté la vista y volví a ver a Francesca.

—Jessyka, ¿qué pasó?

—Se ha ido, Francesca. Nikos se fue y ni siquiera se despidió.

Se sentó a mi lado y me abrazó.

—Lo siento, cariño. Tal vez tenga una buena razón. Intenta hablar con él cuando puedas.

Asentí, tratando de encontrar consuelo en sus palabras. Pasamos un rato allí, en silencio, mientras yo intentaba asimilar lo ocurrido.

Sabía que tenía que ser fuerte, pero el dolor era casi insoportable.

Más tarde, volví a casa y mi madre me estaba esperando, preocupada.

—Jessyka, ¿qué pasó?

—Nada, mamá. Solo un día duro en el trabajo.

Me abrazó y dejé que las lágrimas fluyeran de nuevo. Sabía que necesitaría tiempo para superarlo, pero me prometí a mí misma que no dejaría que este dolor me definiera. Debería haber aprendido de mi madre que tratar con hombres era complicado. Probablemente había heredado su mal dedo eligiendo. Francesca me había advertido que no me involucrara demasiado, que un hombre como Nikos solo quería un pasatiempo, pero aun así, todo había sido demasiado intenso.

—¿Quieres hablar? —preguntó mi madre, preocupada.

Negué con la cabeza.

—Solo quiero ir a mi cuarto.

Me miró con desconfianza.

—No te han despedido, ¿verdad? Necesitamos el dinero.

—¡No, mamá! —resoplé, molesta—. Déjame.

Me dirigí a mi habitación, sintiendo el peso del mundo sobre mis hombros. Cerré la puerta tras de mí y me tiré en la cama, abrazando la almohada mientras las lágrimas seguían cayendo. Mi mente era un torbellino de pensamientos y emociones, y lo único que quería era borrar aquel día de mi memoria.

La habitación estaba a oscuras, la única luz provenía de la pequeña lámpara de la mesita de noche. El ambiente parecía reflejar mi estado interno, un caos de sentimientos e incertidumbres. Oía los sonidos familiares de la casa, a mi madre viendo la tele en el salón, el ruido del tráfico fuera. Todo parecía lejano, como si estuviera en una burbuja de tristeza.

Me levanté, me acerqué a la ventana y miré hacia la calle. Las farolas iluminaban las

aceras vacías y la ciudad parecía extrañamente tranquila. Respiré hondo, intentando encontrar algo de consuelo en la rutina familiar, pero el dolor de mi pecho seguía palpitando.

Volví a acostarme, intentando cerrar los ojos y dormir, pero el sueño no llegaba. Cada vez que cerraba los ojos, veía la cara de Nikos y recordaba nuestros tiempos juntos. La rabia y la tristeza se mezclaban, creándome un nudo en el estómago.

—Jessyka, cariño, si necesitas algo, estoy aquí —oí la voz de mi madre al otro lado de la puerta.

—Está bien, mamá. Gracias.

Cerré los ojos, tratando de encontrar consuelo en sus palabras.

Me dormí con lágrimas en los ojos, pero con la determinación de que al día siguiente daría un paso para superarlo. La vida seguía, y yo tenía que encontrar mi propio camino, con o sin Nikos.



Nikos

Capítulo 13

Llegué al aeropuerto de Atenas y fui directamente a la oficina. La jornada laboral había terminado, pero Petros seguía en su despacho, hablando por teléfono. Cuando me vio, giró su silla y me miró.

—Nikos, ¿has vuelto?

—Me mandaste llamar.

—¿Ah, sí? —Frunció el ceño, confuso.

—Sí, dijiste que era urgente.

Petros negó con la cabeza, dejando el teléfono a un lado.

—Yo no te pedí que vinieras, Nikos. ¿Qué está pasando?

Se me revolió el estómago. Alguien había mentido o cometido un grave error.

—La secretaria dijo que me necesitabas aquí inmediatamente. Incluso compró el billete, y me apresuré a volver.

Petros suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Yo no pedí eso, Nikos. Creo que hubo un malentendido. No quería que dejaras todo en Palermo de esta manera.

Sentí que la frustración crecía en mi interior. Había dejado atrás a Jessyka para nada. Resoplé, tratando de controlar mi ira.

—Entonces, ¿por qué estoy aquí, Petros? ¿Qué está pasando realmente?

Me miró, preocupado.

—Había algunos asuntos financieros que necesitaban tu firma, pero nada que no pudiera esperar. Lo siento, hermano. Debe haber habido un error de comunicación.

Exhausto, me senté en la silla frente a su escritorio. Todo el cansancio del viaje y la decepción de haber dejado a Jessyka me golpearon a la vez.

—Necesito resolver esto. Voy a volver a Palermo tan pronto como pueda.

Petros asintió, dándose cuenta de la gravedad de la situación.

—Por supuesto, Nikos. Lo siento. Resolveremos lo necesario lo antes posible.

Pasé la siguiente hora con Petros, revisando los documentos y firmando todo lo que había que firmar.

Después de resolver los asuntos pendientes, salí de la oficina y me dirigí a casa. El viaje me pareció más largo que nunca. Cuando por fin llegué, dejé la maleta en un rincón de la habitación y me tiré en la cama, agotado. Tomé el móvil, pero me di cuenta de que no tenía su número. La frustración creció. ¿Cómo había podido ser tan olvidadizo?

¡Ah! Es que nunca llamaba al día siguiente, no me importaba, no me involucraba...

¡Pero maldita sea!

¿Por qué no podía dejar de pensar en ella? Ella era solo una chica de 20 años y yo, a los 37, ya era un hombre adulto que había experimentado mucho. ¿Era porque le había quitado la virginidad?

¡No!

¡Ridículo!

Yo no era emocional ni influenciable de esa manera.

Me levanté y fui a la cocina a por una botella de agua de la nevera. Tomé unos sorbos, tratando de calmar mi mente. El silencio de la casa parecía amplificar mis pensamientos. Volví a dejar la botella y me apoyé en el fregadero, mirando al suelo. Jessyka estaba en mi mente, y me molestaba.

Miré a mi alrededor, viendo los muebles familiares, los cuadros en la pared, la rutina que siempre me había reconfortado. Pero ahora todo parecía vacío. Me pasé la mano por el pelo, intentando disipar la sensación de soledad.

—Maldita sea, Nikos, ¿qué estás haciendo? —murmuré para mis adentros.

Volví a tomar el teléfono, como si por algún milagro fuera a aparecer su número. Pero nada. Tenía que encontrar la manera de hablar con ella, pero ¿cómo? No sabía dónde vivía, no tenía sus datos de contacto. Lo único que sabía era que trabajaba en aquel hotel de Palermo.

Me senté en el sofá, la mente me daba vueltas. Tenía que volver a Palermo. Era la única solución. Pero, ¿cómo podía hacerlo sin parecer un loco obsesionado? Respiré hondo, intentando organizar mis pensamientos.

Decidí llamar a mi secretaria.

—Alice, necesito que reserves un vuelo a Palermo para dentro de dos días. Sí, urgentemente. Y fijate si puedes conseguir una estadía en el mismo hotel de antes. Gracias.

Colgué, sintiendo una punzada de alivio. Al menos tenía un plan. Volví a sentarme en el sofá y tomé un libro para intentar distraer mi mente. Las palabras bailaban por la página, pero mi mente estaba muy lejos, en Palermo, con Jessyka.



Jessyka

Capítulo 14

Al día siguiente, me asignaron la limpieza de la habitación en la que se había alojado Nikos. Entré en la habitación y, al cerrar la puerta, sentí que me invadía una oleada de tristeza. La habitación estaba vacía, sin ningún objeto personal, nada más que mechones de pelo castaño sobre la almohada y un poco de su olor en la sábana.

Empecé a ordenar la cama, intentando concentrarme en mi trabajo. Pero cada movimiento me recordaba a él. Su perfume seguía impregnando la habitación y me traía todos los recuerdos que intentaba reprimir. Mi corazón estaba encogido y sentí que las lágrimas empezaban a correr por mis mejillas.

—Qué estúpida soy... —murmuré, secándome las lágrimas con la manga del uniforme.

Cerré los ojos y respiré hondo. Tenía que ser firme y seguir con mi vida, incluso con el dolor de su ausencia.

Terminé de hacer la cama y empecé a limpiar el cuarto de baño. El agua caliente de la ducha aún dejaba un rastro de vapor, y el olor del jabón que había usado era inconfundible. Cerré los ojos un momento, dejando que los recuerdos inundaran mi mente. Sus caricias, el sonido de su voz, el calor de sus brazos a mi alrededor. Pero entonces volví a la realidad.

Tomé los productos de limpieza y empecé a fregar el baño con más fuerza de la necesaria, intentando canalizar mi frustración y tristeza en algo productivo. Las lágrimas seguían brotando, pero tenía que ser fuerte y superarlo.

Cuando terminé, me acerqué a la ventana y miré hacia fuera. La vista de la playa era hermosa, pero aquel día parecía un poco más gris. La brisa que entraba por la ventana traía un frescor que contrastaba con el calor de mis emociones. Me pasé la mano por la cara, secándome las últimas lágrimas, y decidí que no podía seguir así.

—Sé firme, Jessyka —dije, tratando de encontrar algo de consuelo en mis propias palabras.

Salí de la habitación y continué con mi trabajo, intentando distraer mi mente de las tareas cotidianas. Pero con cada habitación que limpiaba, con cada pasillo que recorría, echaba de menos a Nikos con más intensidad. Los días que pasamos juntos, las conversaciones, las caricias, todo parecía un sueño lejano.

Me encontré con Francesca en el pasillo y me miró preocupada.

—¿Está todo bien, Jessyka?

Asentí, forzando una sonrisa.

—Sí, un día difícil.

Me apretó la mano cariñosamente.

—Si necesitas algo, estoy aquí, cariño.

Le di las gracias y seguí mi camino. Su presencia siempre me reconfortaba, pero el dolor de mi pecho seguía palpitando.

Al final del día, volví a casa emocionalmente agotada. Mi madre me esperaba en el living y pude ver la preocupación en su rostro.

—Jessyka, te ves tan deprimida. ¿Qué te pasa?

Suspiré, sintiendo el peso del mundo sobre mis hombros.

—Nada, mamá.

Se acercó y me abrazó, y dejé que las lágrimas fluyeran de nuevo. Necesitaba tiempo para superarlo, pero me prometí a mí misma que no dejaría que este dolor me definiera. Nikos había sido una parte importante de mi vida, pero había llegado el momento de seguir adelante.

Fui a mi habitación y me tiré en la cama, sintiendo que el cansancio se apoderaba de mi cuerpo. Cerré los ojos y, por un momento, dejé que las lágrimas siguieran cayendo. Pero entonces recordé las palabras que me había repetido: sé firme, Jessyka.

Y así, con ese pensamiento, me dormí, esperando que el día siguiente trajera un poco más de claridad y menos dolor.



Nikos

Capítulo 15

Llegué a la oficina y fui directamente a hablar con mi secretaria, Alice. Estaba sentada en su mesa, tecleando algo en el ordenador. Me paré delante de ella y le pregunté:

—Alice, ¿organizaste mi viaje? —Me puse las manos en la cintura, inclinándome hacia ella.

Ella me miró con una expresión seria.

—Nikos, tienes que quedarte. Los inversores quieren una reunión a finales de esta semana. Es importante que hables con ellos.

Resoplé, enfadado, y entré en mi despacho, tirándome en mi silla y deslizándome por el respaldo. La frustración me abrumaba.

¿Debería olvidarla?

¿En qué estaba pensando?

Nunca me he comprometido con ninguna mujer, y volver a Italia por una muchacha me parecía una tontería.

Mirando al techo, empecé a cuestionarme mis propias decisiones. Siempre había sido práctico y racional, centrado en los negocios y en mis responsabilidades. Pero Jessyka me había tocado de una manera que no podía explicar.

Me levanté de la silla y me acerqué a la ventana, observando el movimiento del exterior. La ciudad estaba agitada como de costumbre, pero yo me sentía desconectado de todo. Tomé el móvil y miré la pantalla, como si esperara un mensaje suyo, aunque sabía que no habíamos intercambiado los números.

—¿Qué estoy haciendo? —murmuré, pasándome la mano por el pelo.

Recordé su sonrisa, el brillo de sus ojos cuando estábamos juntos. Era una sensación que no había sentido en mucho tiempo, una conexión genuina e intensa.

Alice llama a la puerta y entra con un montón de documentos.

—Nikos, aquí están los contratos que necesitas revisar para la reunión con los inversores.

Asentí, tomé los papeles y me senté a la mesa. Mientras leía los documentos, mi mente volvía a Jessyka. ¿Estará bien? ¿Pensará en mí tanto como yo pienso en ella?

Terminé de revisar los contratos y los dejé a un lado, sintiendo un peso en el pecho. Tenía que decidirme. Seguir con mi vida de siempre, centrada en el trabajo y las responsabilidades.

Pasé el resto del día entre reuniones y llamadas telefónicas, intentando mantener la concentración. Pero su imagen no salía de mi cabeza. Cuando por fin terminó la jornada laboral volví a casa, agotado. Me senté en el sofá y me quedé mirando al techo, pensando en todo lo que había pasado.

Tomé un vaso de whisky y salí al balcón, observando las luces de la ciudad.

La noche era fresca y la brisa me aliviaba un poco. Siempre me burlé de mis hermanos por estar interesados en una mujer, y de alguna manera, era ridículo.

Me reí de mí mismo. Solo era una muchacha. Ya me había acostado con muchas otras. Los asuntos estaban resueltos en Sicilia y no había razón para volver. Era mejor dejarlo allí.

Bajé al garaje de mi casa, que siempre había sido demasiado grande para un hombre solo. No veía ninguna razón para seguir viviendo con mis padres después de que mis hermanos se marcharan de casa, y necesitaba un garaje para mi colección de coches. Me acerqué al Lamborghini negro y me subí, respirando hondo. Salí y conduje hasta el puerto, en dirección a mi yate.

El puerto estaba tranquilo, iluminado solo por las luces de las farolas y los barcos de alrededor. Aparqué el coche y me dirigí a mi yate, oliendo el aroma salado del mar. Subí a bordo y, al entrar en el camarote, sentí una ligera sensación de paz. Había algo en el suave balanceo del yate que siempre me reconectaba conmigo mismo.

Abrí una botella de vino que guardaba en la cocina del yate. Me serví un vaso y subí a cubierta. Me senté en una reposera, contemplando el oscuro horizonte. El mar estaba en calma, reflejando las estrellas. El sonido de las olas golpeando suavemente el casco del yate era casi

hipnótico.

Tomé un sorbo de vino, sintiendo cómo el suave líquido bajaba por mi garganta. Seguía pensando en ella, en su forma de sonreír, en el brillo de sus ojos. Cada recuerdo me traía una mezcla de alegría y frustración.

¿Por qué no puede salir de mi cabeza?

Tomé el móvil, pasé los dedos por la pantalla, sin prestar realmente atención a lo que estaba haciendo. La verdad era que estaba intentando evitar la respuesta obvia: la chica me había tocado de una forma que ninguna otra mujer lo había hecho. Pero admitirlo significaba enfrentarme a una parte de mí que había negado toda mi vida.

Respiré hondo, dejando que el aire fresco de la noche llenara mis pulmones. O me olvidaba de ella y seguía con mi vida, o volvía a Palermo e intentaba arreglar las cosas. Cada opción tenía sus consecuencias, y yo no estaba acostumbrado a lidiar con la incertidumbre.

Me acosté en la reposera, mirando las estrellas. El balanceo del yate y el sonido del mar empezaron a calmarme. Tal vez fuera el vino, o tal vez el ambiente tranquilo, pero empecé a sentir una claridad que no había tenido antes. Necesitaba ser sincero conmigo mismo. No era el tipo de hombre que se involucra, aunque sentía algo diferente por ella, ya había pasado demasiado tiempo.

Terminé mi copa de vino y bajé al camarote. Me acosté en la cama, dejando que el cansancio del viaje y las intensas emociones acabaran por vencerme. Mientras el sueño me envolvía, tomé una decisión: era hora de seguir adelante.

A la mañana siguiente, llegué pronto a la oficina y fui directamente al despacho de Alice.

—Alice, confirma la reunión con los inversores para hoy.

Me miró sorprendida, pero asintió.

—Sí, señor. Lo arreglaré todo.

Volví a mi despacho y empecé a preparar los documentos para la reunión. Era hora de centrarme en el trabajo, en mi vida y en mis responsabilidades.



Jessyka

Capítulo 16

Nikos desapareció, sin una llamada ni una explicación, se esfumó en el mundo como si nunca hubiera existido. Yo estaba triste, disgustada, pero no podía sentirme engañada, porque nunca me había prometido nada y Francesca me había advertido de sus intenciones.

Para él solo había sido un momento, pero para mí Nikos se había convertido en alguien muy especial.

Pasaron los días e intenté trabajar con normalidad. Me centré en cuidar de mi hermana y de mi madre. La rutina en el hotel continuó y me sumergí en mis tareas diarias para evitar pensar en él.

Me levanté temprano, como de costumbre, y me preparé para ir a trabajar. El sol aún no había salido y la ciudad estaba envuelta en un apacible silencio. Caminé hasta la parada del autobús, sintiendo la brisa fresca de la mañana. El trayecto hasta el hotel era siempre el mismo, pero ahora me parecía más largo y solitario.

Al llegar al hotel, saludé a Francesca, que estaba doblando unas sábanas en el armario.

—Buenos días, Jessyka. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Lista para otro día de trabajo —respondí, intentando mantener un tono alegre.

Me miró con compasión, dándose cuenta de la tristeza de mis ojos, pero no insistió. Tomé el carrito de la limpieza y empecé mi rutina. Intenté distraerme con pensamientos que no tuvieran que ver con Nikos.

Mientras limpiaba una de las habitaciones, oí risas en el pasillo. Era un grupo de turistas excitados, hablando en varios idiomas. Recordé las conversaciones con Nikos, los momentos que pasamos juntos, y sentí una opresión en el pecho.

Respiré hondo y seguí trabajando.

Al final del día, llegué a casa agotada. Mi madre estaba en la cocina preparando la cena y mi hermana, Emma, sentada a la mesa haciendo los deberes.

—Hola, Jessyka. ¿Qué tal el trabajo? —preguntó mi madre, sin apartar los ojos de la sartén.

—Ha sido agotador, pero todo bien —respondí, dejando el bolso en el sofá.

Me senté junto a Emma y empecé a ayudarla con los deberes. Fue un alivio poder centrarme en algo tan sencillo e importante. Emma sonreía y reía, ajena a mis problemas, y su alegría era contagiosa.

Después de cenar, ayudé a mi madre a fregar los platos. La cocina era cálida y perfumada, y la rutina familiar me reconfortaba, cosa que necesitaba desesperadamente. Mi madre me miró y, tras un momento de silencio, dijo:

—Te ves pensativa, Jessyka. ¿Te encuentras bien?

Asentí, tratando de ocultar mis sentimientos.

—Solo estoy cansada, mamá. El trabajo ha sido duro hoy.

Me miró un momento, como si quisiera preguntarme algo más, pero decidió dejarlo estar. Terminamos de lavarnos en silencio y subí a mi habitación.

Me acosté en la cama, sintiendo cómo el cansancio se apoderaba de mi cuerpo. Me quedé mirando el techo, pensando en lo impredecible que puede ser la vida. Nikos había sido una sorpresa, una tormenta de emociones que llegó sin avisar y se fue sin dejar rastro.

La noche pasó lentamente. Me desperté varias veces, pero mis pensamientos siempre volvían a Nikos. Recordaba cada detalle, cada momento que pasamos juntos. Pero al mismo tiempo, sabía que tenía que seguir adelante.

Los días se convirtieron en semanas, y el dolor por la partida de Nikos empezó a desvanecerse. Lo que quedaba era un dulce recuerdo y la certeza de que la vida continúa.



Nikos

Capítulo 17

Esa mañana, entré en el despacho de mi hermano.

—¿Me mandaste llamar?

Se levantó y me sonrió.

—Quería felicitarte.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño.

—Por tu éxito en Sicilia. La situación allí se ha normalizado.

—Ah, me alegro.

—¿Está todo bien, hermano? —Había algo en los ojos de Petros que sugería una preocupación velada. Decidí cambiar de tema.

—¡Sí, todo perfecto! ¿Y los gemelos?

Asintió con una sonrisa.

—Están muy bien.

—¡Qué bueno!

Petros me indicó la silla de enfrente para que me sentara. En cuanto nos acomodamos, empezó a hablar de los detalles de la empresa y sus próximos objetivos.

—Vamos a revisar los contratos para la próxima reunión con los inversores —dijo Petros, entregándome una pila de documentos.

Recogí los papeles y empecé a hojearlos, analizando detenidamente cada cláusula. El despacho estaba en silencio, solo se oía el ruido de los ventiladores de techo y el susurro de los papeles. Petros estaba concentrado, y por un momento admiré su dedicación a la empresa.

Mientras revisábamos los contratos, la atención se centró por completo en el negocio de

transporte marítimo de la empresa. Hablamos de los nuevos acuerdos, de los retos a los que nos enfrentábamos y de las oportunidades que surgían. Las cuestiones personales no tenían cabida en aquel momento. Estaba completamente inmerso en el trabajo, sin pensar en nada más que en los números y en las estrategias que debíamos adoptar.

—Tenemos que asegurarnos de que todos los términos queden claros para evitar futuros malentendidos —dijo Petros, señalando una cláusula concreta.

—Estoy de acuerdo. Repasaré esta parte con más detenimiento —respondí, mirando el documento.

La mañana transcurrió rápidamente, entre intensas discusiones y análisis detallados. La sinergia entre Petros y yo era evidente. Sabíamos que el éxito de la empresa dependía de nuestro esfuerzo y compromiso.

Cuando terminamos el repaso, Petros se reclinó en su silla, con cara de satisfacción.

—Creo que estamos listos para la reunión con los inversores.

—Sí, hemos hecho un buen trabajo —convine, sintiéndome igualmente satisfecho.

Había algo reconfortante en la rutina de los negocios, la certeza de que estábamos construyendo algo sólido y duradero. Las preocupaciones y distracciones personales estaban fuera de mi alcance, y eso me daba una sensación de control y estabilidad.

—¿Salimos a cenar? —sugirió Petros—. Necesitamos relajarnos un poco después de un día tan ajetreado.

—Por supuesto, sería estupendo.

—Voy a pasar por casa a recoger a Chirly y a los bebés. Será bueno para ella salir un poco —dijo mi hermano.

—¡Estupendo! ¿Nos vemos en el restaurante de siempre? —pregunté levantándome de la silla.

—Sí. —Petros asintió brevemente.

—¡Perfecto!

Ambos abandonamos la empresa con la promesa de encontrarnos más tarde. Me fui a casa y, al entrar, sentí el silencio acogedor de mi espacio. Decidí darme un baño para relajarme. El agua caliente fluyó sobre mi cuerpo, aliviando la tensión acumulada del día.

Mientras me vestía, recibí mensajes de algunas de las mujeres con las que había salido antes, pero las ignoré. No me reconocía, pero ese día no me interesaba ninguna de ellas. Quizá estaba cansado o simplemente centrado en otras cosas.

Elegí una camisa azul oscuro y unos pantalones negros, mirándome en el espejo para ajustar los detalles. El reflejo me mostró un hombre distinto, más tranquilo y sereno. Bajé al garaje, recogí las llaves de mi Porsche plateado y conduje hasta el restaurante.

El tráfico era ligero y la ciudad parecía más tranquila por la noche. El restaurante de siempre era un lugar acogedor, con una iluminación suave y una decoración elegante. Aparqué el coche y entré, oliendo el aroma familiar de la comida griega que tanto nos gustaba.

Petros ya estaba allí, sentado en una mesa del rincón, con Chirly y los bebés a su lado. Me saludó al verme y me acerqué a ellos.

—¡Nikos! —Chirly sonrió, levantándose para saludarme.

—Buenas noches, Chirly. ¿Cómo están los pequeños?

—Están estupendos. —Sonrió orgullosa—. Un poco inquietos, pero eso es normal.

Me senté junto a Petros, observando a los bebés que balbuceaban y jugaban en sus asientos. En ese momento se abrió la puerta del restaurante y entró mi hermano mayor, Maximus. Petros se levantó con una sonrisa.

—Invité a Maximus y a su familia a unirse a nosotros.

Me alegré de ver a Maximus, a su mujer Eglia y a sus dos hijos. Un niño de tres años y otro bebé, un poco mayor que los gemelos de Petros, estaban con ellos. Maximus se acercó y me saludó con un cálido abrazo.

—Nikos, ¡me alegro de verte! —dijo sonriendo.

—¡Maximus! Qué agradable sorpresa —respondí, devolviéndole el abrazo.

Eglaia sonríe y nos saluda, mientras los niños corren a jugar con sus primos.

—Hola, Eglaia. ¿Qué tal estás? —le pregunté.

—Estamos bien, Nikos. Es genial ver a todos juntos. —respondió ella, tomando asiento junto a Maximus.

La mesa se animó con su llegada. Los niños jugaban alegremente y la conversación entre nosotros fluía de forma ligera y distendida. El camarero se acercó y tomó los pedidos para Maximus y su familia, mientras nosotros seguíamos charlando.

—Nikos, Petros me habló de tu éxito en Sicilia. ¡Felicitaciones! —dijo Maximus, levantando su copa en un brindis.

—Gracias, Maximus. Fue un trabajo duro, pero valió la pena. —Sonreí, levantando también mi copa.

Eglaia se agachó para tomar al bebé que lloraba y lo calmó con habilidad. El curioso niño de tres años se subió al regazo de Maximus y empezó a jugar con la servilleta.

—¿Y cómo van las cosas contigo, Maximus? —le pregunté.

—Todo va bien. Mi carrera como juez va perfecta, y estamos planeando abrir una agencia de viajes para Eglaia cuando los niños crezcan un poco. Pero lo importante es que somos felices como familia —responde sonriendo a Eglaia y a los niños.

La cena estaba servida y todos empezaron a comer. La comida estaba deliciosa, y el acogedor ambiente del restaurante no hizo sino amenizar la velada.

—Sabes, Nikos —dijo Petros mirándome—, a veces creo que necesitamos estos momentos para recordar lo que de verdad importa.

—Tienes razón. Estos momentos son importantes —acepté.

Aunque no tenía el sueño de ser padre y formar una familia como mis hermanos, disfrutaba de los momentos que pasaba con ellos.

La cena continuó con muchas risas y conversaciones. Cuando terminamos, ayudé a Petros y Maximus a meter a los niños en los coches. Nos despedimos en el aparcamiento y Petros se me

acercó.

—Fue una velada estupenda. Tenemos que hacerlo más a menudo.

—Por supuesto. Me ha gustado relajarme y pasar un rato contigo —respondí.

Volví a casa sintiéndome más ligero y tranquilo. Estaba decidido a seguir centrado en el trabajo y a disfrutar de mi vida como siempre lo había hecho.



Jessyka

Capítulo 18

El malestar aumentaba a medida que pasaban los días. El estómago revuelto y el dolor de cabeza constante. Los síntomas se intensificaron y empecé a pensar que había tomado una infección viral de un huésped. Esa mañana me levanté con la misma sensación de malestar, pero tenía que ir a trabajar. Me puse el uniforme y me dirigí al hotel, intentando ignorar la incomodidad.

Mientras limpiaba una de las habitaciones, sentí que una oleada de náuseas me golpeaba con fuerza. Dejé caer la escobilla de goma que estaba utilizando para limpiar el suelo y corrí al cuarto de baño, inclinándome sobre el inodoro.

El olor a desinfectante y la vista del cuarto de baño impecablemente limpio hicieron poco para calmar mi estómago.

Suspiré, sintiendo el sabor amargo en la boca.

—Maldita sea, acabo de limpiar esto —murmuré para mis adentros, tratando de recomponerme.

Permanecí un momento de rodillas, respirando hondo y esperando a que se me pasaran las náuseas. Miré alrededor del cuarto de baño, fijándome en los azulejos blancos impolutos y en el espejo brillante que reflejaba mi expresión pálida y cansada. Tomé un paño de limpieza del carrito y me sequé la frente sudorosa, intentando aliviar un poco el malestar.

Me levanté despacio y me lavé la cara en el lavabo, sintiendo que el agua fría me aliviaba temporalmente. Miré mi reflejo en el espejo, viendo mi cara pálida y mis ojos apagados.

Respiré hondo, intentando mantener la calma.

—Puedes hacerlo, Jessyka. Solo un poco más —me dije, tratando de encontrar fuerzas.

Salí del cuarto de baño y volví al dormitorio, recogiendo la escobilla de goma que había dejado en el suelo. Continué limpiando, moviéndome lentamente. Cada movimiento parecía requerir más esfuerzo del habitual. Con cada habitación que limpiaba, la sensación de

agotamiento aumentaba. Francesca se reunió conmigo en el pasillo, con un carrito de sábanas limpias.

—Jessyka, tienes muy mal aspecto —dijo preocupada.

Aparté la mirada, intentando sonreír.

—Creo que me he resfriado. Pero me pondré bien.

Frunció el ceño, preocupada.

—Tal vez deberías ver a un médico. No parece solo un virus.

Asentí, sin creer realmente que fuera necesario. Terminé mi turno con dificultad y volví a casa. Mi madre estaba en la cocina preparando la cena y mi hermana Emma jugaba en el salón.

—Ya llegué —dije, intentando sonar normal.

Mi madre me miró preocupada.

—¿Está todo bien?

Asentí y me senté a la mesa.

—Estoy cansada.

No parecía convencida, pero no insistió. Terminé de cenar con dificultad, con el estómago todavía revuelto. Subí a mi habitación y me acosté en la cama, esperando que se me pasara el malestar. Pero en lugar de eso, la sensación de que algo iba mal no hizo más que aumentar.

A la mañana siguiente, me desperté sintiéndome aún peor. Cada movimiento era un esfuerzo, y las náuseas estaban siempre presentes. Decidí hacer caso a Francesca y acudir al médico. Fui a la clínica local y esperé pacientemente en la sala de espera, cada vez más ansiosa.

El médico me llamó y le expliqué mis síntomas. Me hizo algunas preguntas y, tras un rápido examen, me pidió que me hiciera algunas pruebas.

—Podría ser algo más serio que un resfriado, Jessyka. Averigüemos qué está pasando.

Mientras esperaba los resultados, el médico me hizo algunas preguntas más.

—Jessyka, ¿tu menstruación es regular?

Me paré a pensar. Mis periodos nunca han sido muy regulares, pero...

—Creo que está un poco atrasada —respondí, sintiendo una punzada de preocupación.

El médico asintió y continuó con el examen.

Cuando por fin llegaron los resultados, me llamó a su consultorio.

—Jessyka, los resultados muestran que estás embarazada. —Fue directo al grano.

Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. ¿Embarazada? Las palabras resonaron en mi mente y todo empezó a cobrar sentido. El malestar, las náuseas constantes, el agotamiento. Pero al mismo tiempo, una oleada de conmoción y miedo me envolvió. Nikos. Había desaparecido sin dejar rastro, y ahora yo estaba aquí, enfrentándome sola a esta nueva realidad.

Salí de la oficina conmocionada.

Caminé por las calles sin ver realmente adónde iba, perdida en mis pensamientos. Llegué a casa y me encerré en mi habitación, intentando procesar la noticia.

—Embarazada... —susurré para mis adentros, poniéndome la mano en el vientre.

¿Qué haría ahora? ¿Cómo se lo diría a mi madre? ¿Y qué diría sobre Nikos? Las preguntas se amontonaban y yo no tenía respuestas. Sentí que se me caían las lágrimas cuando la realidad me golpeó con fuerza.

No sabía si estaba preparada para ser madre, pero al mismo tiempo me había entregado a un hombre de todo corazón sin pensar en las consecuencias. Ni siquiera sabía dónde estaba Nikos, solo le había oído hablar de la empresa, y ni siquiera habíamos intercambiado los números de teléfono.

Respiré hondo, intentando calmar mi mente. Miré alrededor de mi habitación, las paredes cubiertas de pósters y fotos que había coleccionado a lo largo de los años parecían ahora testigos mudos de mi confusión. El espejo reflejaba mi expresión desolada, los ojos rojos e hinchados de llorar.

Me levanté de la cama y me acerqué a la ventana, que daba a una calle muy transitada. La

gente pasaba a toda prisa, ajena al torbellino de emociones que yo estaba experimentando. Mi madre estaba en la cocina y el olor del almuerzo empezaba a extenderse por toda la casa. Emma estaba en el salón, riéndose de algo que estaba viendo en la televisión.

Tenía que decírselo a mi madre, pero ¿cómo empezar?

Llegué a la cocina y me quedé en la puerta, observando a mi madre mientras removía la olla con expresión serena.

—Jessyka, ¿por qué no has ido a trabajar hoy?

Respiré hondo, sintiendo que el corazón se me aceleraba.

—No puedes perder este trabajo. Dependemos de él.

—Mamá, ¿podemos hablar? —logré decir por fin, con la voz temblorosa.

Se dio la vuelta sorprendida.

—¿Qué ha pasado?

Me senté a la mesa, intentando encontrar las palabras. Me sudaban las manos. ¿Cómo podía explicar algo tan grande e inesperado?

—Yo... no sé cómo decirlo, pero... estoy embarazada —tartamudeé, temblorosa, sintiendo que el corazón se me iba a salir por la boca.

Mi madre dejó caer la cuchara en la sartén y el sonido resonó por toda la cocina. Me miró con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—¿Embarazada? Jessyka, ¿cómo sucedió esto?

—Conocí a alguien... Nikos. Pero se ha ido, y no tengo manera de encontrarlo. Ni siquiera él lo sabe.

Respiró hondo y se sentó frente a mí. Vi cómo se le ponía la cara roja de rabia.

—¿Cómo puedes ser tan irresponsable, Jessyka? —dijo, levantando la voz.

Yo también sentí que la furia crecía en mi interior.

—¡Un excelente ejemplo que tuve en casa, ¿no, mamá?! —dije, sintiendo que lágrimas

de frustración y dolor corrían por mi rostro.

Dio un paso atrás, sorprendida y dolida por mis palabras. Guardó silencio un momento antes de soltar un fuerte suspiro.

—Tienes razón, yo... no fui el mejor ejemplo —admitió, con la voz baja—. Pero eso no cambia el hecho de que ahora tenemos que afrontarlo.

Asentí con la cabeza.

Sonrió ligeramente y tomó mis manos entre las suyas, apretándolas con fuerza.

—Superaremos esto juntas, Jessyka. Estaré aquí para ti, siempre.

Las lágrimas volvieron a brotar, pero esta vez había consuelo en sus palabras.

Tenía que ser fuerte, por mí y por el bebé que crecía dentro de mí.

Emma entró en la cocina, su risa se apagó al ver nuestras expresiones. Mi madre se levantó y la abrazó, explicándole la situación con sencillez y cuidado. Emma, con su inocencia infantil, me miró y sonrió.

—¿Voy a ser tía? ¡Qué bueno!

Le devolví la sonrisa, sintiendo una punzada de esperanza.

La tarde pasó lentamente. Acostada en la cama, acariciándome la barriga, pensaba en Nikos. ¿Dónde estaría? ¿Cómo reaccionaría si lo supiera? Pero eran preguntas sin respuesta, por el momento.



Nikos

Capítulo 19

Llegué al trabajo y encontré a mi secretaria Alice distraída al teléfono. Hablaba en un tono bajo e insistente, diciendo que yo no estaba disponible.

—Lo siento, pero el señor Nikos no está disponible en este momento. —le oí decir, claramente irritada.

Cuando me acerqué, me vio y se quedó visiblemente desconcertada, intentando terminar la llamada rápidamente.

—Bien. Entendido. Se lo haré saber —dijo Alice, colgando el teléfono y tratando de sonar despreocupada.

—¿Quién era? —pregunté, curioso.

Dudó, jugueteando con los papeles de la mesa, antes de responder.

—Era una desconocida que te pedía tus datos de contacto. Dijo que necesitaba hablar contigo urgentemente, pero no dejó su nombre. Pensé que era mejor no decírselo, estarías en problemas si le diera tus datos a todo el que me los pidiera.

Me encogí de hombros, sin darle demasiada importancia. De hecho, me había liado con muchas mujeres y nunca volví a hablar con ellas.

—Bien, gracias por filtrar esas llamadas.

Alice sonrió, todavía un poco nerviosa.

—Por supuesto, Nikos. Para eso estoy aquí.

Pasé junto a ella y entré en mi despacho, cerrando la puerta tras de mí. El despacho estaba como siempre: la mesa de caoba bien organizada, el portátil abierto con correos electrónicos esperando mi atención y las ventanas que ofrecían una vista panorámica del puerto de Atenas. Me quité la chaqueta y la colgué en la percha, sintiéndome más a gusto.

Me senté en la silla, acomodándome antes de comenzar a revisar los documentos del día.

Abrí mis correos electrónicos y empecé a leerlos, respondiendo a los más urgentes. La reunión con los inversores estaba prevista para la tarde y tenía que estar preparado.

El tiempo pasó rápidamente mientras me sumergía en el trabajo. Estaba concentrado cuando Alice entró con una taza de café y un montón de informes.

—Aquí están los informes que pediste, Nikos. Y te he traído un poco de café.

—Gracias, Alice. —Levanté la taza, oliendo el fuerte aroma del café—. ¿Alguna novedad?

Dudó un momento antes de hablar.

—En realidad, sí. Hemos recibido una propuesta de asociación de una empresa en expansión en Sicilia. Pensé que te gustaría verlo.

Tomé el documento que me entregó y leí rápidamente la propuesta. La idea de ampliar el negocio en Sicilia sonaba prometedora. Asentí con la cabeza, analizando los detalles.

—Parece interesante. Organiza una reunión con ellos para hablarlo más a fondo.

Alice tomó el pedido y salió de la habitación, dejándome con mis pensamientos. La idea de volver a Sicilia me trajo recuerdos de mi último viaje allí, e inevitablemente pensé en Jessyka. Sacudiendo la cabeza, volví a centrarme en los documentos que tenía delante.



Jessyka

Capítulo 20

Escondida en la escalera de emergencias, lloraba y sollozaba sin control. Las lágrimas corrían por mi cara mientras intentaba encontrar la manera de afrontar la situación. De repente, oí pasos y, al levantar la vista, vi que Francesca se acercaba. Sobresaltada, dejé caer mi celular.

—Te he encontrado —dijo con cara de preocupación.

—Ya voy a regresar al trabajo. —Intenté ocultar mis lágrimas, secándome rápidamente la cara con las manos.

—¿Todavía te encuentras mal? —preguntó acercándose.

—Un poco —respondí, con la voz temblorosa.

—¿Qué ha dicho el médico? —insistió, poniéndome la mano en el hombro.

Tragué saliva, sintiendo que el temblor se apoderaba de mí.

—Sabes que puedes confiar en mí —dijo, con un tono suave y tranquilizador.

Respiré hondo, tratando de encontrar el valor para hablar.

—Yo... estoy embarazada —tartamudeé, sintiendo que un nuevo torrente de lágrimas corría por mis mejillas.

Francesca se quedó estupefacta, asimilando el golpe durante unos instantes.

—¿Quién es el padre? —preguntó tras unos segundos de silencio.

—El huésped con quien me involucré. Nikos —confesé en un susurro.

—¿Se lo has dicho? —preguntó frunciendo el ceño.

—No, no sé cómo. No tengo su número personal, intenté llamar a la empresa, pero la secretaria me dijo que no estaba y no me dio sus datos de contacto.

Francesca suspiró y se sentó a mi lado en la escalera de emergencias.

—Jessyka, esto es complicado. Pero tienes que intentar hablar con él de nuevo. Tiene derecho a saber.

Asentí, secándome las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lo sé, pero... ¿y si no quiere saber de mí? ¿Y si no le importo?

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo, con una sonrisa ligeramente alentadora—. Encontraremos la forma de ponernos en contacto con él.

Las palabras de Francesca me quitaron un peso de encima. Saber que tenía a alguien en quien apoyarme marcó la diferencia. Siempre había sido una figura materna para mí en el hotel, y ahora, más que nunca, necesitaba su apoyo.

—Gracias, Francesca.

Me apretó la mano, transmitiéndome fuerza y seguridad.

—Estarás bien, Jessyka.

Respiré hondo, sintiéndome un poco más tranquila.

Nos levantamos y volvimos al trabajo.

Tenía que encontrar la manera de ponerme en contacto con Nikos y contarle lo del embarazo. Él tenía que saberlo y yo tenía que afrontar la situación.



Nikos

Capítulo 21

Estaba en mi coche, con el motor aún caliente tras el corto trayecto desde la oficina a casa. Aparqué en el garaje, sintiendo el peso del día sobre mis hombros. Tomé el móvil del asiento del copiloto y lo desbloqueé, viendo varios mensajes sin leer.

Entre ellos había mensajes de una mujer con la que había salido varias veces.

Penélope:

¡Hola, hermoso!

¿Qué tal?

Nikos:

Hola.

Penélope:

Te he extrañado. ¿Cuándo vamos a vernos?

Nikos:

Estoy muy ocupado, Penélope.

Penélope:

¡Oh, no seas así! ¿Podemos cenar juntos mañana? Seguro que encuentras tiempo para mí. Te prometo que te compensaré.

Nikos:

Mañana no puedo. Estoy desbordado de trabajo.

Penélope:

¿Qué tal el fin de semana entonces? Cocinaré para ti.

Nikos:

Tal vez. Veré cómo van las cosas y te lo haré saber.

Penélope:

Esperaré tu respuesta. No tardes mucho, ¿eh?

Nikos:

Ok, te lo haré saber.

Volví a guardarme el móvil en el bolsillo, sintiéndome ligeramente incómodo con el intercambio de mensajes. Penélope era una mujer interesante, pero no podía sacarme a Jessyka de la cabeza. Algo en mí seguía buscando un cierre a lo que había pasado entre nosotros.

La noche era cada vez más fría y volví a entrar en casa, cerrando la puerta del balcón detrás de mí. Necesitaba encontrar la manera de seguir adelante, pero los pensamientos sobre Jessyka insistían en atormentarme.

Ni siquiera me reconocía.

No había estado con otra mujer desde que me relacioné con Jessyka. Habían sido casi tres meses de completa sequía, recurriendo a algunas masturbaciones para aliviar la tensión. Me estaba volviendo loco. Quería dejar atrás esta perturbación, pero no era tan sencillo.

Miré alrededor de la habitación, sintiendo el opresivo silencio. La casa estaba impecablemente ordenada, pero parecía vacía. Tomé el vaso de whisky que había dejado sobre la mesa y bebí un sorbo, sintiendo el calor de la bebida bajar por mi garganta. La soledad parecía más intensa cada noche.

Decidí que necesitaba hacer algo para ocupar mi mente. Fui al garaje y me subí a mi Lamborghini negro, sintiendo el suave cuero del volante bajo mis manos. Puse en marcha el motor y dejé que el potente rugido resonara por todo el garaje. Salí a la carretera, conduciendo sin rumbo, solo para sentir la libertad de la velocidad.

Conduje por la ciudad de Atenas, observando las luces y la gente que pasaba a toda prisa.

El rugido del motor del Lamborghini era una especie de banda sonora para mis pensamientos. El vacío en mi interior parecía crecer con cada kilómetro, y en lo único que podía pensar era en Penélope.

Tomé el móvil, aún al volante, y le envié un mensaje.

Nikos:

Hola, Penélope.

Penélope:

¡Hola, hermoso! ¿Cambiaste de opinión?

Nikos:

Sí. Lo he pensado y creo que salir un rato me hará bien.

Penélope:

¡Qué bien!

Nikos:

¿Pero puede ser hoy?

Penélope:

Sí.

Ven a mi casa, prepararé algo especial para nosotros.

Nikos:

Voy para allá.

Volví a guardarme el móvil en el bolsillo y seguí conduciendo. Las calles de Atenas estaban relativamente tranquilas aquella noche, y el trayecto hasta la casa de Penélope fue rápido. Me detuve frente a su casa, un edificio elegante en un barrio de lujo de la ciudad.

Subí a su piso y llamé al timbre. Penélope abrió la puerta con una amplia sonrisa, llevaba un vestido ajustado que resaltaba sus curvas.

—¡Nikos! Me alegro mucho de que hayas venido —dijo, tirando de mí y dándome un fuerte abrazo.

—Necesitaba salir un rato —respondí, devolviéndole el abrazo.

Penélope me condujo al living, donde había una mesa con una botella de vino y algunos aperitivos.

—Siéntate, voy a por las copas —dijo, yendo a la cocina.

Me fijé en la sofisticada decoración del piso, con obras de arte en las paredes y muebles modernos. Era un ambiente agradable, pero aun así me sentía fuera de lugar.

Entonces Penélope volvió con dos copas y sirvió el vino.

—Salud. —Brindó, mirándome a los ojos.

—Salud —respondí, tratando de entrar en ambiente.

Se insinuaba ante mí, humedeciendo sus labios rojos y curvando su escote, pero, a diferencia de lo habitual, ignoré todas sus indicaciones de que quería un buen polvo. Generalmente, ese era el único motivo para aceptar tal invitación.

La noche avanzaba y Penélope ya había bebido más de un vaso de vino. Se sentó en mi regazo, frotándose contra mí de forma provocativa. Normalmente, habría estado dispuesto a aprovecharme de la situación, pero algo dentro de mí era diferente. Cuando se inclinó para besarme, la esquivé.

¿Qué estoy haciendo?, pensé, sintiendo que la confusión se apoderaba de mí.

—¿Qué pasa, Nikos? —preguntó ella, visiblemente sorprendida y un poco dolida.

Respiré hondo, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—Penélope, eres increíble, pero hoy... no estoy de ánimo.

Frunció el ceño, claramente decepcionada.

—Pensé que nos estábamos divirtiendo.

—Lo estamos, pero no puedo seguir así. Tengo muchas cosas en la cabeza y sería injusto fingir que todo va bien.

Suspiró, se levantó de mi regazo y se ajustó el vestido.

—De acuerdo, lo entiendo. —Su expresión decía lo contrario, pero prefirió no expresar su frustración—. Pero si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarme.

Asentí, agradecido. Me levanté del sofá y tomé mi chaqueta.

—Gracias por la velada, Penélope. Necesitaba salir un rato y fuiste una gran compañía.

Sonrió, aunque era una sonrisa triste.

—Espero que resuelvas lo que te preocupa, Nikos.

—Lo intentaré.

Salí del piso de Penélope, sintiendo una mezcla de alivio y frustración. Conduje por la ciudad, las calles desiertas reflejaban mi estado de ánimo. Terminé en un parque, salí del coche y caminé hasta un banco, sentándome y mirando al cielo estrellado.

Pensé en Jessyka, en la intensidad de lo que teníamos. Había algo en ella que me afectaba profundamente, algo que no podía ignorar. Tal vez era hora de dejar de luchar contra estos sentimientos y enfrentar la realidad.

Tomé el móvil y, casi por impulso, volví a buscar información sobre el hotel donde trabajaba. Quizá necesitaba una segunda oportunidad para arreglar las cosas, para averiguar si había algo real entre nosotros.



Jessyka

Capítulo 22

Llegué al hotel, sintiendo el malestar del embarazo que no parecía querer dejarme en paz. Pero necesitaba ese trabajo más que nunca. Mi rutina comenzó como de costumbre, recogiendo el material de limpieza y organizando el carrito. Francesca me dedicó una sonrisa alentadora cuando nos cruzamos en el pasillo.

—Hola, cariño, ¿cómo te sientes hoy?

—Sobreviviendo —respondí, intentando disimular mi cansancio.

Pasé la mañana limpiando habitaciones, cambiando la ropa de cama y asegurándome de que todo estuviera impecable para los huéspedes. El olor a marisco del restaurante casi me hizo vomitar, pero conseguí contener las náuseas hasta la hora de comer. Fui al comedor de los empleados, tomé un bocadillo y agua, y me senté en un rincón tranquilo, intentando serenarme.

Después de comer, volví al trabajo, concentrándome en la tarea que tenía ante mí. Estaba en una de las habitaciones, terminando de arreglar los cojines, cuando el gerente apareció en la puerta con expresión seria.

—Jessyka, necesito que vengas conmigo inmediatamente.

Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Había pasado algo malo? No podía perder aquel trabajo. Seguí al gerente hasta su despacho, con el corazón acelerado. Cuando entré, vi a un hombre de espaldas.

—Pasa, Jessyka —dijo el gerente, saliendo de la habitación y dejándome allí.

El hombre se dio la vuelta y mi corazón dejó de latir.

Era Nikos.

Me invadió una mezcla de felicidad y rabia.

—Hola, Jessyka —dijo con voz suave y su típica sonrisa.

Sin pensarlo, corrí hacia él y empecé a darle puñetazos en el pecho, con lágrimas cayendo

por mi cara con cada golpe.

—¿Cómo pudiste? —grité, con dolor y rabia mezclados en cada palabra.

Me agarró por las muñecas, me apartó y me obligó a mirarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, claramente confuso y preocupado.

Las palabras salieron en un torbellino de emociones.

—¡Has desaparecido, Nikos! Ni siquiera te despediste.

Nikos tiró de mí para abrazarme y, aunque me resistí, cedí y dejé correr las lágrimas.

—Lo siento, Jessyka. Al menos debería haber dejado una nota. Tenía que volver a mis asuntos en Atenas.

Estaba tan disgustada, tan dolida que ni siquiera podía pensar con claridad. Me aparté de Nikos con un movimiento brusco y salí corriendo de la habitación, ignorando sus llamadas.

—¡Jessyka! —gritó Nikos, pero no quise oírlo. Quería alejarme.

Corrí por los pasillos del hotel sin mirar atrás. Las miradas curiosas de los huéspedes y compañeros de trabajo no hacían más que aumentar la sensación de asfixia. Pasé la recepción, atravesé las puertas automáticas y me dirigí a la playa del hotel.

El sol empezaba a ponerse, coloreando el cielo de naranja y rosa. Solo dejé de correr cuando mis pies tocaron la arena. Jadeante, me senté junto al agua, dejando que las olas empaparan mis pies. Mi respiración era agitada y las lágrimas seguían cayendo. Sentí un nudo en la garganta, causado por una mezcla de rabia y tristeza.

Observé el mar, intentando encontrar algo de paz en la inmensidad del horizonte. El sonido de las olas rompiendo me reconfortaba, pero mi mente era un caos.

—Jessyka... —Oí la voz de Nikos acercándose. Se detuvo a mi lado, pero no lo miré.

—¿Por qué has vuelto? —pregunté, sin dejar de mirar al mar.

—Porque necesitaba verte, explicarte... —respondió, sentándose a mi lado.

—¿Explicar qué? ¿Que solo me usaste y luego desapareciste? —Mi voz estaba llena de

amargura.

—No, no era eso. —Nikos suspiró—. De repente tuve que volver a Atenas. No tenía tus datos de contacto, debería haberte pedido tu número de teléfono.

—Pero no me lo has preguntado —repliqué, sin dejar de mirar al mar.

—No —admitió con pesar.

—Está bien. No me prometiste nada. —Intenté mantener la voz firme.

—No, pero... —Vaciló, buscando las palabras.

—¿Por qué has vuelto? —pregunté, dándome por fin la vuelta para mirarlo.

Él me miró, la seriedad en su rostro era clara.

—Porque no puedo dejar de pensar en ti, Jessyka. Intenté seguir adelante, pero algo seguía tirando de mí hacia ti.

Sentí que el corazón se me aceleraba. La sinceridad de sus ojos me desarmó un poco, pero el dolor seguía ahí, latente.

—No es tan sencillo, Nikos —dije con un suspiro—. Tú te fuiste, y yo...

Me tomó de la mano, con ojos suplicantes.

—Siento haberme ido así. Debería haberte dado una explicación.

Me sequé las lágrimas y respiré hondo.

—Jessyka...

—No sé si deberíamos involucrarnos, Nikos. Lo que teníamos era bueno. Pero, ¿qué quieres de mí?

Tragó en seco, claramente sin una respuesta preparada. El silencio entre nosotros era pesado, y entonces me alejé, comenzando a correr para irme. Pero Nikos corrió tras de mí, tiró de mi brazo y me obligó a mirarlo.

—Lo siento —dijo, con la voz cargada de emoción.

Las lágrimas volvieron a correr por mi cara.

—Lo siento, Jessyka —repitió.

Tenía que decir la verdad. Tragué saliva, tratando de encontrar el valor.

—Yo... tengo que decirte algo —tartamudeé.

—¿Qué pasa? —Me miró seriamente, esperando.

Respiré hondo, armándome de valor.

—Yo... estoy embarazada.

La conmoción se apoderó de su rostro. Palideció y sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? —La palabra salió casi como un susurro.

—Estoy embarazada, Nikos —repetí, intentando mantener la voz firme—. Y has desaparecido sin dejar rastro.

Parecía esforzarse por procesar la información. Su rostro estaba lleno de una mezcla de confusión y miedo.

—Jessyka, yo... —empezó, pero parecía quedarse sin palabras—. ¿Es mío?

Me enfadé aún más. Quise ir hacia él, pelear, insultarlo, pero las lágrimas volvieron con fuerza total, dejándome triste, devastada, herida...

—Tú... tú... —se me quebró la voz, ahogada por las lágrimas.

Volví a correr, intentando escapar del dolor. Nikos me alcanzó rápidamente y me abrazó con fuerza. Mis lágrimas empaparon su camisa mientras me acercaba y hacía que hundiera la cabeza en su pecho.

—Lo siento —susurró.

Lloré aún más, dejando salir toda la desesperación. Me abrazó con fuerza, como si temiera que desapareciera.

—No sabía cómo encontrarte, no sabía qué hacer —continué, dejando traslucir toda la frustración y el miedo que había sentido en las últimas semanas—. Te fuiste y ahora estoy aquí,

sola y asustada.

Nikos me estrechó aún más contra él, su aliento caliente contra mi pelo.

—Lo siento, Jessyka. Cometí un error, lo sé —dijo, sonando realmente arrepentido—. Pero ahora estoy aquí. Y estaré para ti y para nuestro bebé. Te lo prometo.

Quería creer, pero el dolor seguía siendo fuerte.

—¿Qué me garantiza que no desaparecerás de nuevo? Que no te irás...

—Yo...

Tragué saliva, sus palabras no me hacían sentir muy segura en ese momento.

Intenté zafarme de su abrazo, pero Nikos me estrechó aún más contra su pecho.

Lloré...

Lloré, desolada, sintiendo el dolor como un veneno que se extendía por mi cuerpo. El calor de su cuerpo a mi alrededor me reconfortaba, pero al mismo tiempo hacía que el dolor fuera aún más profundo.

—Jessyka, mírame —me pidió, levantándose suavemente la cara. Sus ojos estaban fijos en los míos, llenos de una franqueza en la que no sabía si podía confiar—. Haré lo que haga falta para demostrarte que puedes confiar en mí. No volveré a desaparecer.

Sus palabras parecían sinceras, pero las heridas seguían abiertas.

—Quiero creer, Nikos —admití en un susurro—. Pero es difícil, después de todo...

—Lo sé, lo sé. —Me acarició la mejilla con el pulgar—. No espero que sea fácil. Solo pido una oportunidad para demostrar que soy digno de tu confianza.

Inspiré, intentando calmar las emociones que se agitaban en mi interior. Ira, tristeza, miedo; todo mezclado en un torbellino que parecía incontrolable. Pero al mirar a Nikos, me di cuenta de que existía la posibilidad de un nuevo comienzo, si estaba dispuesta a intentarlo.

—Siento haber desaparecido. —Me acarició el pelo, sin dejar de abrazarme.

Permanecí en silencio, dejándome envolver por su afecto y la forma en que me abrazaba.

La brisa marina acariciaba nuestra piel, y el sonido de las olas rompiendo al fondo parecía crear una atmósfera de calma, aunque fuera temporal.

—Tenía tanto miedo... —murmuré, dejando que mi cabeza se apoyara en su pecho—. Miedo de estar sola, miedo del futuro...

—No estás sola —susurró, abrazándome con más fuerza—. Afrontaremos esto juntos, Jessyka. Estoy a tu lado.

El tiempo parecía haberse detenido mientras permanecíamos allí, acurrucados en la playa. El sol empezaba a ponerse, coloreando el cielo de naranja y rosa, creando una escena casi mágica. Finalmente, me aparté un poco y miré a Nikos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —pregunté, tratando de encontrar algo de claridad.

—Primero, cuidaremos de ti y del bebé —dijo, con tranquila determinación—. Me quedaré aquí en Palermo el tiempo que haga falta.

La sinceridad de sus ojos me dio una pequeña chispa de esperanza. Tal vez, solo tal vez, podríamos encontrar una manera de hacer que funcione.

—De acuerdo —respondí, sintiéndome un poco aliviada—. Paso a paso...

Nikos sonrió y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que no estaba sola.



Nikos

Capítulo 23

Embarazada...

Aquella noticia me golpeó como una patada, dejándome sin aliento. Al principio apenas podía asimilarlo, pero luego empecé a pensar en mi propia irresponsabilidad. Había sido un estúpido al no usar preservativo, pero la chica era virgen y yo no era el tipo de hombre que elude sus responsabilidades.

Sin embargo, el embarazo lo complicaba todo.

No sabía cómo manejar la situación con Jessyka y un bebé nos estaba acercando de una manera que nunca había previsto. La llevé de vuelta al hotel, pues le había pedido al gerente que le dejara libre el día, así que tuvimos tiempo para hablar, pero yo seguía sin saber por dónde empezar.

Ser padre nunca estuvo en mis planes.

—¿Vamos a mi suite? —sugerí, tratando de mantener la calma.

Jessyka asintió, parecía tan perdida como yo. Subimos juntos, el silencio entre nosotros era denso, lleno de pensamientos no expresados y de profunda angustia. Cuando llegamos a mi suite, abrí la puerta y la dejé entrar primero. Miró a su alrededor, tal vez tratando de encontrarle sentido a todo aquello.

—Siéntate, por favor —le pedí, indicándole el sofá.

Se sentó, cruzó las manos sobre el regazo y mantuvo la mirada fija en el suelo. Me senté a su lado, sin saber exactamente qué decir.

—Sé que es un shock —empecé, eligiendo mis palabras con cuidado—. Y sé que he sido irresponsable. Pero quiero asumir mi responsabilidad.

Levantó la vista, por fin frente a mí.

—¿Y eso qué significa, Nikos? —preguntó con la voz ligeramente temblorosa.

—Significa que estaré aquí para ti y para nuestro bebé. Te proporcionaré todo lo que necesites —respondí, tratando de tranquilizarte.

—No se trata solo de dinero, Nikos. —Sacudió la cabeza—. Se trata de estar aquí, de ser una familia.

Sentí un nudo en la garganta. Familia. Era una palabra pesada, llena de implicaciones y responsabilidades que nunca había considerado para mí.

—Lo sé —murmuré—. Y estoy dispuesto a intentarlo. Sé que no será fácil, pero quiero estar a tu lado.

Suspiró, parecía un poco aliviada, pero aún había dudas en sus ojos. Inquieta, jugueteando con los dedos en su regazo, inspiró profundamente antes de levantar la cabeza para mirarme.

Vi correr una lágrima por su mejilla y la limpié con el pulgar.

—Mi padre... mi padre... —empezó temblando.

—¿Qué pasa con él? —pregunté, animándola a hablar.

—Nunca fue un buen ejemplo, se portó fatal con nosotras, hasta que lo detuvieron por pegarle a mi madre. —Se acarició el vientre, mirando hacia él.

Sentí una opresión en el pecho. Aquella confesión me dolió, me dejó sin habla por un momento.

—Lo siento. —Traté de transmitir algo de consuelo.

—No quería que mi bebé tuviera un padre así —continuó, llena de dolor.

Le toqué la cara, haciendo que me mirara.

—Desde luego, no seré un padre así —prometí con firmeza.

Parpadeó, dejando caer más lágrimas, pero había algo nuevo en su mirada: una chispa de esperanza.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó, casi en un susurro.

—Porque no soy esa clase de hombre. Puedo tener muchos defectos, pero ese no es uno de ellos.

—Pero... —vaciló, buscando las palabras adecuadas.

—No me fui porque quería ser cruel contigo, simplemente tenía otros compromisos urgentes.

—Ya veo... —respondió ella, aún insegura.

Le sujeté la cara, haciendo que volviera a mirarme.

—¿De verdad lo entiendes? —le pregunté, mirándole profundamente a los ojos.

Respiró hondo, como si tratara de encontrar el valor.

—Sí...

—Así que quítate de la cabeza que voy a ser como tu padre. Me aseguraré de que este bebé tenga todo lo que necesita.

Ella asintió. La tensión de su rostro pareció aliviarse un poco.

—Gracias... —dijo, aún temblorosa, pero un poco más segura de sí misma.

El silencio volvió a instalarse entre nosotros, pero esta vez había una sensación de comprensión mutua.

—Hagamos que funcione —dije, más a mí mismo que a ella.

Jessyka me miró, dejando escapar un suave suspiro.

—Paso a paso. —Esbozó una pequeña sonrisa.

—Paso a paso —acepté, devolviéndole la sonrisa.

Nos sentamos en el sofá en silencio.

—¿Quieres salir a cenar? —pregunté, queriendo aliviar un poco la tensión.

—Creo que sería bueno, pero aún estoy con el uniforme... — Se quedó sin saber qué hacer—. Y el gerente...

—No te preocupes por el gerente, ya he hablado con él.

—Gracias. —Dejó escapar un suspiro.

—¿Por qué no te cambias y nos vemos en recepción? —sugerí con una sonrisa, tratando de animarla.

—De acuerdo.

Me senté en el sofá a verla marcharse.

Cuando lo perdí de vista, saqué el móvil y marqué el número de mi hermano Petros.

—Tenemos que hablar. —Fui directo al grano, sintiendo como si tuviera un ladrillo en la garganta.

—¿Qué ocurre? —preguntó, la tensión evidente en su voz—. ¿Algo con la filial?

—No, vine por Jessyka.

—¿Te ha dejado? —Se rió, burlándose de mí.

—Está embarazada. —Fui directo al grano.

Petros se atragantó y permaneció un rato en silencio.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó finalmente.

—Hacerme cargo —respondí, sin vacilar.

—Nikos, esto es serio. —Parecía preocupado—. ¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

—Sí. —La firmeza de mi voz era inconfundible.

—¿Sabes si es tuyo?

—Fui el único hombre en su vida.

—Hmm... —Petros reflexionó.

—Sé que es complicado, pero estoy decidido a hacer lo correcto.

—Estoy de acuerdo contigo, hermano. Estoy orgulloso de tu actitud. Si necesitas algo,

sabes que puedes contar conmigo —dijo, con un afecto fraternal que me hizo sentir más tranquilo.

—Gracias, Petros. —Colgué el teléfono, sintiendo que me quitaba un peso de encima.

Me levanté y salí al balcón, contemplando la vista de la ciudad mientras esperaba a Jessyka. La puesta de sol teñía el cielo de tonos anaranjados y rosados, creando un entorno casi mágico. Respiré hondo, tratando de calmar mis pensamientos. Había mucho en juego, pero estaba decidido a afrontarlo todo de frente.



Jessyka

Capítulo 24

Salí del vestuario y encontré a Nikos en recepción. Se levantó de un sillón y se acercó a mí. Mi corazón se aceleró y aún tenía un sabor amargo en la boca. Aunque me alegraba reencontrarme con él, tenía miedo de que se marchara y me disgustara aún más. No sabía si podría soportarlo.

—¿Vamos? —dijo con una sonrisa, poniéndome la mano en la espalda y conduciéndome hacia la puerta.

Mi corazón seguía apretado y al mismo tiempo acelerado, de una forma que me hacía sentir intranquila. No sabía si era por el embarazo o por el torbellino de emociones que me consumía.

Caminamos en silencio por las calles, con las luces de la ciudad brillando a nuestro alrededor. La gente pasaba deprisa, pero a mí el tiempo me parecía interminable.

Llegamos a un acogedor restaurante con luces tenues y música tranquila de fondo. Nikos me acercó una silla, un gesto que, aunque sencillo, parecía significativo. Me senté, intentando relajarme.

—¿Qué quieres comer? —Me pasó el menú.

Miré los objetos, pero las palabras parecían borrosas. Todavía tenía el estómago revuelto.

—Creo que pediré algo ligero... quizá una ensalada —murmuré, intentando sonreír.

Asintió y pidió para los dos. Mientras esperábamos, el silencio entre nosotros parecía hacerse cada vez más pesado.

—Jessyka, quiero que sepas que estoy aquí para ti y para nuestro bebé —dijo Nikos, rompiendo el silencio—. Sé que me equivoqué al marcharme sin darte explicaciones, pero no volveré a cometer ese error.

Asentí con la cabeza, aún intentando procesarlo todo.

—Me cuesta confiar, Nikos —admití, mi voz salió más débil de lo que me hubiera gustado.

—Lo comprendo —respondió, con expresión seria—. Y estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para recuperar tu confianza.

Llegó nuestra cena y comimos en silencio durante un rato, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Las palabras de Nikos resonaban en mi mente, y yo quería creerle, quería dar una oportunidad al futuro que me prometía. Pero el dolor y el miedo seguían ahí, como una sombra persistente que no podía ignorar.

Después de cenar, volvimos caminando al hotel. La noche era fría, y Nikos me rodeó con el brazo, tratando de darme calor. Sentí una punzada de esperanza, una pequeña llama que podía crecer si la dejaba.

—Podemos hacer que esto funcione —dijo, deteniéndose frente al hotel y mirándome fijamente a los ojos.

Respiré hondo y asentí.

Sentía una opresión en el pecho y parecía que se me cortaba la respiración.

Nikos me miró fijamente, enderezando la postura. Pareció reflexionar profundamente antes de responder.

—He venido a verte. No estaba pensando en el bebé, pero tal vez esa es la razón por la que volví. Creo que necesitamos...

—¿Qué necesitamos? —pregunté, tratando de entender lo que realmente quería.

—Estar juntos —respondió con firmeza, sonando decidido.

—¿De verdad estás dispuesto a hacerlo? —Mi duda era evidente.

—Mentiría si dijera que soy el tipo de hombre que se compromete con una relación. Será la primera vez —confesó, con una sinceridad que me sorprendió.

—¿En serio? —Abrí los ojos, sin ocultar mi sorpresa.

—Sí. Nunca me involucré profundamente con nadie.

—Así que... —comencé, intentando procesar lo que había dicho.

—Deberíamos intentarlo —añadió, sin dejarme decir nada más.

Nos quedamos en silencio un momento mientras las palabras flotaban en el aire entre nosotros. El viento frío de la noche nos envolvía, pero la cercanía de Nikos me daba un calor extraño y reconfortante.

—Yo... —empecé, pero la frase parecía difícil de formar.

—¿Por qué no pasas la noche conmigo? —me preguntó, acariciándome suavemente la mano.

—¿Contigo? —Me quedé estupefacta.

—Sí —dijo, con una sonrisa tranquilizadora—. Creo que puede ser una buena manera de empezar.

—No... no lo sé —respondí, aún dudando.

—Por favor —insistió, con mirada intensa.

Me quedé mirando sus ojos azules bajo la luz de la luna, mientras se me revolvía el estómago sin saber exactamente qué decir. En mi interior había una mezcla de miedo y deseo, un conflicto de emociones que parecía incontrolable.

—Nikos... —Vacilé, sintiendo que la indecisión me consumía.

—Por favor —repitió, apretándome ligeramente la mano.

Respiré hondo, intentando calmar mis pensamientos. La idea de pasar la noche con él me asustaba, pero al mismo tiempo había algo en sus ojos que me decía que realmente quería que las cosas funcionaran. Quizá había llegado el momento de arriesgarse, de confiar.

—Mi madre... me está esperando en casa —balbuceé.

—¿Por qué no la llamas y le dices que no volverás hoy?

Permanecí en silencio, pensativa, aún preocupada, temerosa de aceptar su propuesta.

—Prometo compensarte —me dedicó una sonrisa traviesa que me puso la piel de gallina,

me asustó y me hizo desearlo, todo al mismo tiempo—. Llámala.

Asentí con la cabeza.

Me llevó al hotel, a su suite. Aún sentía que el corazón se me iba a salir por la boca.

—Llama a tu madre —me recordó.

Asentí y busqué el móvil en el bolso. Llamé a mi madre y respiré hondo antes de hablar.

—Mamá, hoy no vuelvo. Me voy a pasar la noche fuera —dije, intentando mantener la voz firme.

—¿Fuera? ¿Con quién? —preguntó sorprendida.

—Con un... un amigo... Te lo explicaré más tarde. Por favor, no te preocupes —le pedí, sintiendo la tensión en cada palabra.

—De acuerdo, pero ten cuidado, cariño —respondió ella, un poco a regañadientes.

—Por supuesto. Gracias, mamá.

Colgué el teléfono y miré a Nikos. Estaba a mi lado, observándome atentamente.

—Listo —murmuré.

—Estupendo —dijo sonriendo—. Ahora vamos a disfrutar de la velada.

Se acercó a mí, tomándome de la mano con firmeza, pero de un modo que me hizo sentir segura. Entramos en la suite y cerró la puerta tras nosotros. La habitación era lujosa, con una cama king-size en el centro y una impresionante vista de la playa a través de los grandes ventanales.

—Siéntete como en casa —dijo señalando la cama—. ¿Quieres beber algo?

—Solo agua, por favor —respondí, con la boca seca por el nerviosismo.

Nikos fue al minibar, sacó una botella de agua y me la dio. Me senté en el borde de la cama, dando pequeños sorbos para intentar calmar mi ansiedad. Él se sentó a mi lado, observándome con mirada cariñosa.

—No tienes por qué ponerte nerviosa, Jessyka —dijo acariciándome la mano—. Estamos

aquí para disfrutar del momento, sin prisas.

Asentí con la cabeza, intentando relajarme. Se inclinó hacia mí y me besó suavemente, y sentí que mi cuerpo respondía a sus caricias. La ansiedad empezó a desaparecer, sustituida por una sensación de comodidad y deseo.

—Hagamos que esto funcione —susurró contra mis labios.

—Sí, lo haremos—respondí, cediendo al deseo que empezaba a superarlo todo.

Después de beber unos sorbos, Nikos me quitó la botella de la mano y la colocó en la mesita de noche. Volvió a besarme, esta vez con más fervor. Me rendí. No pude resistirme, a pesar de todo mi miedo.

Sus manos recorrían mi cuerpo, y él respondía, queriendo más.

Nikos dejó mi bolso a un lado y se deslizó por la manga de mi vestido, besándome los hombros. Me estremecí y el calor en mi piel aumentó. Sentí sus manos firmes bajando por mi cintura, explorando cada curva. Mi corazón latía con fuerza, una mezcla de excitación y ansiedad.

Me acostó con cuidado en la cama, sin apartar los labios de los míos. Sus besos eran intensos, llenos de promesas. Cuando se separó un momento, me miró a los ojos y sonrió.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con voz ronca.

—Sí —respondí, sin apenas poder respirar.

Nikos siguió explorando mi cuerpo, sus manos desabrochaban lentamente mi vestido. Cada movimiento era una mezcla de ternura y deseo. Cuando por fin estuve desnuda bajo su mirada, sentí una mezcla de timidez y lujuria. Me miraba como si yo fuera lo más preciado del mundo.

—Eres maravillosa, Jessyka —susurró, besándome el cuello y bajando hasta mis pechos.

Cerré los ojos, rendida a las sensaciones. Sus manos y su boca me hicieron olvidar todas mis preocupaciones, todos mis miedos. Estábamos allí, los dos solos, y nada más importaba. Sentí el calor de su cuerpo contra el mío, la firmeza de sus músculos, la suavidad de sus besos.

Nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía, cada roce, cada beso, intensificaba el deseo. Nikos bajó más, sus manos me sujetaban firmemente los muslos, y sentí un escalofrío recorrerme la espina dorsal cuando me besó entre las piernas.

—Nikos... —gemí, incapaz de contener el placer que se extendía por todo mi cuerpo.

Sonrió contra mi piel, su lengua me volvía loca. Me agarré a su pelo, tirando de él más cerca, queriendo más. Cuando por fin sentí que no podía más, volvió a subir, besándome el vientre, los pechos, hasta que encontró mis labios.

Sus besos eran lentos y profundos, mordisqueando y lamiendo mis pechos, haciendo que mi cuerpo se retorciera. Siguió bajando, besándome el vientre, hasta que volvió a detenerse entre mis piernas.

Sentí su lengua en mi clítoris y me retorcí en la cama, tirándole del pelo. Suspiré, esto era mejor de lo que recordaba. No escatimó esfuerzos para llevarme al placer, sus dedos se hundieron en mis nalgas mientras su lengua me recorría.

—He echado de menos lamerte —suelta con la boca sobre mí, haciendo que me avergüence y me excite más al mismo tiempo—. Tu vagina es deliciosa.

—¡Nikos!

—¿No te gusta que te hable así? —Vaciló, con una sonrisa maliciosa en los labios.

—Eres un atrevido...

—Soy atrevido, puedes acostumbrarte.

Me sentí avergonzada mientras el deseo me envolvía mientras él volvía a centrarse en su lengua, llevándome al borde de la locura. Cada movimiento, cada roce, me acercaba más al clímax. Todo mi cuerpo vibraba de placer, y sentí que la tensión crecía hasta que finalmente exploté en un intenso orgasmo.

—¡Nikos! —grité, sintiendo cómo mi cuerpo se retorcía de placer.

Se acercó de nuevo, besándome con fervor, dejándome saborear en sus labios. Sus ojos brillaban de satisfacción al mirarme.

—Me encanta verte así —murmuró, sin dejar de acariciar mi cuerpo.

—Eso fue... increíble —logré decir, aún jadeando.

—Y hay más por venir —prometió con una sonrisa pícaro.

—¿Más aún? —Me estremecí.

—Sí.

Parecía un león hambriento y yo era su presa.

Nikos volvió a besar mi cuerpo, a chuparme los pechos, a rodear mis curvas, a tocarme lentamente como si fuera un vino que hay que saborear. Mi piel y todo mi ser respondieron, a pesar de haber llegado al orgasmo minutos antes. Cada roce suyo era una chispa que encendía de nuevo mi deseo.

Se apartó y empezó a quitarse la ropa, cada pieza revelaba más de su definida musculatura, poniéndome aún más ansiosa. Cuando volvió a inclinarse sobre mí, me mordisqueó la oreja y sus hábiles manos me hicieron girar, colocándome encima de él.

—Móntame —pidió, con la voz ronca y llena de deseo.

—Nikos... —volví a avergonzarme, sin saber cómo actuar.

—Vamos, Jess —me guió, sujetándome por la cintura y guiándome. No pude evitar mirar fijamente su miembro rígido, palpitante y esperándome.

Con un profundo suspiro, me dejé llevar por la situación. Me agarré a sus hombros y bajé lentamente, sintiendo cada centímetro de él dentro de mí. Era una sensación intensa, casi insoportable de tanto placer. Me sujetaba la cintura con fuerza, guiando mis movimientos.

—Eso es —murmuró, cerrando los ojos y dejando escapar un gemido de placer—. Sigue, Jessyka, no pares.

Cada movimiento mío iba acompañado de sus manos apretando mi cintura, sus gemidos mezclándose con los míos. Me sentía poderosa, en control, mientras lo cabalgaba. Tenía los ojos cerrados, pero su expresión de placer era evidente.

Mis movimientos se volvieron más rápidos, impulsados por la necesidad de sentir más.

La habitación parecía girar a nuestro alrededor, todo se mezclaba en una sinfonía de sensaciones. Se levantó un poco, sujetándome los pechos, chupándome los pezones, aumentando aún más mi placer.

—Nikos, yo... —Intenté decir algo, pero las palabras desaparecieron entre los gemidos.

Sonrió, esa sonrisa traviesa que tanto me excitaba.

—Vamos juntos, Jess... —murmuró, y sentí que sus manos apretaban aún más mi cintura, que sus movimientos se sincronizaban con los míos.

La intensidad aumentaba, cada vez más rápido, cada vez más fuerte. Sentí que el orgasmo crecía en mi interior, una oleada de placer abrumador que me envolvía por completo.

—Ahora... —susurró, y sentí su cuerpo estremecerse bajo el mío, su profundo gemido resonando en la habitación.

Llegamos juntos al clímax, una explosión de placer que me hizo gritar su nombre. Sentí que me deshacía en sus brazos, completamente rendida y satisfecha. Dejé que mi cuerpo cayera sobre el suyo, con nuestros corazones latiendo sin ritmo.

—Eres increíble —murmuró, acariciándome el pelo.

—Tú también —respondí, aún jadeante, sintiendo una profunda e intensa felicidad.

Nos quedamos en silencio, disfrutando de la cercanía, sintiendo la conexión que habíamos establecido. Por primera vez, creí que realmente podíamos hacer que esto funcionara.



Nikos

Capítulo 25

Me desperté con Jessyka en mis brazos, desnuda y hermosa. Sus pequeñas pecas esparcidas por su piel clara me daban ganas de contarlas, preferiblemente con la lengua. Había estado abstinente desde nuestro último encuentro y solo podía pensar en más. Tenía sed. Ella era mi oasis.

Empecé a besar su pezón turgente y ella se retorció, despertándose.

—Nikos... Tengo que levantarme. —Intentó moverse en la cama.

—No, no... quiero más. —La empujé hacia atrás.

—Nikos, tengo que ir a trabajar.

—Quédate conmigo.

—Lo digo en serio.

—Jess... —La tomé de los brazos y la hice mirarme a la cara—. Múdate a Grecia conmigo.

—¿Cómo? —Me miró sorprendida.

—Tengo una casa grande, será perfecta para ti y el bebé.

—Tengo a mi familia aquí, mi madre y mi hermana...

—Sé que es duro, pero puedes visitar a tu familia cuando quieras. Solo quiero estar a tu lado, cuidar de ti y de nuestro hijo —dije sinceramente.

Permaneció en silencio, con los ojos llenos de dudas. Le acaricié la mejilla, intentando transmitirle toda la seguridad y la certeza que sentía.

—Piénsalo, Jessyka —murmuré, besándole la frente.

Suspiró, mordiéndose el labio inferior, un gesto que yo sabía que indicaba que estaba considerando seriamente la propuesta.

—Me lo pensaré —respondió por fin, y sus ojos se encontraron con los míos.

Sentí un alivio mezclado con ansiedad. Sabía que era un gran paso, pero estaba dispuesto a hacer todo lo posible para que funcionara. Quería que supiera que podía confiar en mí, que estaba ahí para ella y para el bebé.

—Gracias por considerarlo —dije, sonriendo—. Ahora, ven aquí —la acerqué, besándole suavemente los labios.

Se rió, un sonido que me trajo alegría y esperanza. Las tareas de la mañana podían esperar un poco más.

Volví a besar su suave cuerpo, retorciendo sus pezones con la punta de los dedos y disfrutando de sus gemidos. Besé cada parte de su cuerpo, pero antes de hundir la boca en su deliciosa vulva, la miré fijamente.

Jessyka me miró, avergonzada.

—¿Te gustaría probar algo nuevo? —pregunté con una sonrisa pícaro.

—Nikos... —murmuró, insegura.

—Te prometo que será muy placentero... —le aseguré.

Aún recelosa, asintió. La coloqué encima de mí, con el culo en mi cara mientras la inclinaba hacia delante.

—Hagamos un 69.

—Nikos... —Vaciló.

—Vamos a intentarlo.

Rodeó mi miembro con sus delicados dedos, todavía un poco insegura.

—¿Quieres que te la chupe? —preguntó temerosa.

—Sí —gemí, excitado.

Mientras la besaba y lamía, sentí cómo su boca envolvía mi miembro. El calor y la humedad de su boca me hicieron gemir de placer. Mi lengua exploró cada detalle de su

intimidad, sintiendo el sabor y la textura que me excitaban aún más.

Jessyka se movía lentamente, sus manos y su boca trabajaban en perfecta sincronía, mientras mi lengua y mis dedos la llevaban al éxtasis. Sus gemidos vibraban alrededor de mi miembro, intensificando aún más el placer.

La habitación parecía cada vez más caliente y el sonido de nuestros gemidos llenaba el ambiente. Cada movimiento de ella era una invitación a más, y yo me entregaba por completo, perdido en el placer mutuo.

Finalmente, nuestros cuerpos se arqueaban en un orgasmo sincronizado, el placer se extendía por cada fibra de nuestros cuerpos. Jessyka se desplomó a mi lado, jadeante, con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—Eso fue... —empezó, aún recuperando el aliento.

—Increíble —añadí, tirando de ella para abrazarla.

Se rió, un sonido que me trajo alegría y esperanza.

—Ahora sí que tengo que irme —dijo Jessyka, con un toque de vacilación en su voz.

Molesto, dejé que se levantara. Mis ojos siguieron cada uno de sus movimientos, fijándose en su hermoso cuerpo que desfilaba desnudo delante de mí. Tal vez podría acostumbrarme.

Se cambió y se vistió, pero antes de salir de la habitación, la tomé de la mano y la obligué a mirarme a la cara.

—Piensa en mi propuesta.

—De acuerdo. —respondió, aún temerosa.

Al verla marchar, sentí una mezcla de frustración y esperanza. Su decisión sería crucial para los dos, y yo estaba dispuesto a hacer lo que hiciera falta para demostrarle que estaba comprometido.

Suspirando, me levanté de la cama y tomé el móvil para enviar un mensaje a Petros, poniéndole al día de la situación. Necesitaba que supiera que mi vida estaba a punto de cambiar

drásticamente.

Nikos:

Estoy con Jessyka.

Petros:

¿Juntos?

Nikos:

Aún es complicado, pero le he pedido que se mude a Atenas conmigo.

Suspiré, dejando el móvil a un lado por un momento. Necesitaba concentrarme en el trabajo antes que en cualquier otra cosa. Me cambié rápidamente y bajé al restaurante del hotel. El aroma a café recién hecho me envolvió nada más entrar, ayudándome a despejar la mente. Mientras esperaba a que me sirvieran, volví a pensar en mi conversación con Jessyka. Necesitaba ser paciente, demostrar que estaba realmente comprometido con esta nueva etapa de mi vida.

El móvil vibró, indicando un nuevo mensaje de Petros. Lo tomé y leí la respuesta.

Petros:

¿Crees que aceptará?

Nikos:

Eso espero. Haré todo lo que pueda para que se sienta segura.

Petros:

Bueno, es un gran cambio, pero puedes contar conmigo si me necesitas.

Nikos:

Gracias, hermano.

Tomé mi café, intentando planear los siguientes pasos.

Aproveché mi estancia en Palermo para ir a la sucursal de mi empresa y comprobar cómo iba todo por allí. Subí el coche y conduje por las concurridas calles de la ciudad, tratando de contener mi propia ansiedad por la posición de Jessyka, si se mudaría conmigo o no.

Llegué a la oficina y me recibió el gerente, Marco, que parecía aliviado de verme.

—Nikos, me alegro de verte aquí —me dijo, estrechándome la mano con una sonrisa.

—Marco, ¿cómo van las cosas? —pregunté, mientras caminábamos hacia la sala de reuniones.

—Bueno, tenemos algunos problemas logísticos, pero nada que no podamos resolver. Te pondré al día de todo.

Nos sentamos y pasamos las siguientes horas discutiendo los detalles de las operaciones, analizando informes y trazando estrategias para mejorar la eficiencia. La conversación fluyó bien y me alegró ver que el equipo estaba comprometido y dedicado.

Sin embargo, mientras escuchaba hablar a Marco, mi mente se volvía una y otra vez hacia Jessyka. ¿Aceptaría mi propuesta? La idea de tener una familia empezaba a arraigar en mí como nunca había imaginado.

—Nikos, ¿pasa algo? —preguntó Marco, interrumpiendo mis pensamientos.

—No, lo siento. Solo pensaba en algunas cosas. Por favor, continúa.

Terminamos la reunión y realicé una rápida visita al astillero para comprobar el avance de las obras. Charlé con algunos empleados y me aseguré de que todos estaban al tanto de las próximas etapas y los plazos.

Cuando por fin salí del astillero, era tarde. Conduje de vuelta al hotel, con la puesta de sol coloreando el cielo en tonos naranjas y rosas. Aparqué el coche y subí a mi suite, sintiendo que el peso del día se disipaba por fin.

Tomé el móvil y vi un mensaje de Jessyka.

Jessyka:

Hola, Nikos. ¿Podemos vernos más tarde? Necesito hablar contigo sobre nuestra conversación de antes.

Me dio un vuelco el corazón. Respondí rápidamente.

Nikos:

Por supuesto, estaré en el hotel. Te espero allí.

Me di una ducha rápida, tratando de calmar mis nervios. Me puse ropa cómoda y bajé a recepción, donde esperé a Jessyka. El vestíbulo estaba tranquilo, con pocos huéspedes de paso. Me senté en uno de los sillones, observando la entrada, esperando ansioso.

Cuando por fin la vi entrar, sentí una mezcla de alivio y nerviosismo. Me levanté y me acerqué a ella, sonriendo.

—Hola, Jessyka.

—Hola, Nikos. —Ella me devolvió la sonrisa, aunque su mirada seguía siendo cautelosa.

—¿Vamos arriba? Podemos hablar más tranquilamente en mi habitación.

—Mejor quedémonos aquí.

Su respuesta me hizo tensar y tragar saliva, temeroso de lo que pudiera decir.

Señaló un sillón y nos sentamos uno al lado del otro.

—¿Qué querías decirme? —pregunté, tratando de mantener la calma.

Jessyka respiró hondo y me miró con seriedad.

—He pensado mucho en lo que dijiste, sobre mudarme a Atenas. Y... necesito tiempo, Nikos. Es una gran mudanza, están mi madre y mi hermana. No puedo irme y dejarlas solas.

Asentí, dándome cuenta de la situación.

—Lo entiendo, Jessyka. Sé que no es fácil. Podemos hacer esto en tu propio tiempo. No quiero presionarte.

Sonrió, aliviada, y me tomó la mano.

—Gracias por su comprensión. Necesito hablar con mi madre. Puede que tarde un poco... —Tragó saliva.

Le acaricié la mano y sentí que me quitaba un peso de encima.

—Por supuesto, tómate todo el tiempo que necesites.

Jessyka asintió y por un momento nos quedamos en silencio, disfrutando de la presencia del otro. Sentí que estábamos dando el primer paso para construir algo juntos, algo que podría ser realmente significativo.

Le robé un beso y ella se apartó, avergonzada.

—¡Nikos!

Sonreí y su expresión se suavizó.

—¿Y tu familia cómo es? —cambió de tema.

—Te recibirán con los brazos abiertos. Sé que a Petros y Maximus les encantará conocerte —respondí con una sonrisa.

Parecía más tranquila, aunque aún había un poco de miedo en su mirada.

—Haré todo lo que pueda por nosotros —prometí, apretando su mano con más fuerza.

—Gracias —respondió, por fin, más segura de sí misma.



Jessyka

Capítulo 26

Después de la conversación con Nikos, volví a casa con la cabeza llena de pensamientos. Tenía que hablar con mi madre sobre su propuesta, pero no sabía cómo empezar. La idea de mudarme a Atenas seguía haciéndome masajear las sienes, como si hubiera un tambor resonando dentro de mi cráneo.

Cuando llegué a casa, mi madre estaba fregando los platos. El olor familiar a jabón y suavizante llenaba el ambiente. Al oír abrirse la puerta, se dio la vuelta con expresión curiosa.

—¿Dónde has pasado la noche? —preguntó con un tono ligeramente preocupado.

Tragué saliva, sintiendo cómo aumentaba la tensión. Necesitaba hablar de una vez, pero las palabras parecían atascadas en mi garganta.

—Mamá, tengo que decirte algo —dije finalmente, tratando de mantener la calma.

Dejó de hacer lo que estaba haciendo y me miró, esperando claramente una explicación.

—Pasé la noche con Nikos —empecé, observando su reacción.

Frunció el ceño, pero permaneció en silencio, esperando a que yo continuara.

—Me ha pedido que me mude a Atenas con él —solté.

El silencio que siguió fue pesado. Mi madre respiró hondo, dejó la cuchara de madera sobre la mesada y se acercó a mí.

—Jessyka, esto es muy serio —dijo, con tono preocupado—. ¿Estás segura?

—Lo sé, mamá. Sé que es complicado —respondí, sintiendo que se me llenaban los ojos de lágrimas—. Pero estoy embarazada y Nikos quiere estar ahí. Quiere que construyamos una vida juntos.

Se quedó callada un momento, asimilando la información. Su mirada se suavizó y me abrazó con fuerza.

—Es muy difícil mudarse a otro lugar donde no sabes el idioma y no conoces a nadie. Pero si está dispuesto a hacerse cargo del bebé, entonces es estupendo —dijo, tratando de darme algo de consuelo.

—Sí, pero tengo miedo —confesé temblando.

Me tomó de las manos, mirándome directamente a los ojos.

—Lo entiendo, cariño —le dije suavemente—. ¿Pero crees que te miente? ¿Que te va a dejar desamparada?

Tragué saliva, reflexionando. Luego moví la cabeza negativamente.

—No, parece un buen hombre —admití con un suspiro—. Es que todo es muy incierto.

Mi madre me acarició la mejilla en un gesto reconfortante.

—Es una zambullida en la oscuridad, niña —advirtió en tono serio—. Pero a veces tenemos que ser valientes por nuestro propio bien.

Asentí, sintiendo la presión de la decisión sobre mis hombros. Sabía que tenía razón. Tenía que ser valiente, aunque eso significara dejarlo todo atrás.

—Lo pensaré más, mamá. Quiero tomar la decisión correcta.

—Y lo harás. —Me dedicó una sonrisa alentadora.

Me abracé a mi madre con fuerza, sintiendo el calor y el consuelo de su abrazo.

—Pero, si me voy, ¿qué pasará contigo? ¿Y Emma? —Me estremecí y volví a llorar.

A mi madre le tocó respirar hondo y reflexionar.

—Llevo demasiado tiempo descargando mis problemas sobre ti... —dijo, en tono de aceptación.

—Pero...

—Es hora de que salga a buscar trabajo. —Me interrumpió suavemente.

—Ah, mamá...

—Emma es mi hija, mi responsabilidad, al igual que este bebé es tu responsabilidad a partir de ahora.

Me puse la mano en el estómago, asintiendo. Sentí el peso de sus palabras. Necesitaba confiar en que ella sería capaz de recuperarse, igual que yo necesitaba prepararme para el futuro.

—Todo va a salir bien —continuó, con una sonrisa alentadora—. Confía en ti misma.

Le devolví la sonrisa, secándome las lágrimas.

La noche transcurrió lentamente. Después de cenar, me fui a mi habitación, aún con muchas dudas. Me acosté en la cama, mirando al techo, intentando imaginar cómo sería la vida en Atenas junto a Nikos. Los pensamientos sobre mi madre, Emma y la vida que dejaría atrás se mezclaban con la esperanza de un futuro mejor para mí y el bebé.



Nikos

Capítulo 27

No podía dormir. Ansioso y preocupado, me acosté en la cama esperando un mensaje de Jessyka. Cada minuto parecía arrastrarse, y mi mente no dejaba de pensar en posibles respuestas de ella.

Me levanté y salí al balcón, donde la brisa fresca del atardecer me alivió un poco. El silencio solo lo rompía el lejano sonido de las olas del mar, que contrastaba con la agitación que sentía en mi interior. Tomé el móvil y miré los mensajes por enésima vez, pero nada.

Volví a entrar en la habitación y me senté en el borde de la cama, pasándome las manos por la cara. Necesitaba mantener la calma, pero era difícil. Sus palabras, sus ojos llenos de duda, todo me golpeaba con fuerza.

¿En qué estaba pensando?

¿Que ella me diría que sí sin dudarlo?

Ponerme ansioso no ayudaría. Decidí ir al bar del hotel, tal vez una copa me ayudaría a relajarme. Bajé por el ascensor vacío, oyendo el sonido de mis propios pasos resonando en el pasillo. Cuando llegué al bar, pedí un whisky y me senté en una de las mesas, mirando fijamente el vaso mientras mis pensamientos seguían desbocados.

Algunos empleados del hotel se cruzaron conmigo, lanzándome miradas curiosas, pero yo estaba demasiado perdido en mis pensamientos para darme cuenta. A cada sorbo, notaba cómo el cálido líquido bajaba por mi garganta, pero mi ansiedad persistía.

Volví a tomar el móvil. Nada.

Quizá sería mejor dejarle su espacio sin más presiones. Guardé el móvil, pero la inquietud seguía ahí.

Seguí bebiendo, sintiendo que la tensión iba desapareciendo poco a poco. Pensar en el futuro seguía asustándome, pero al mismo tiempo crecía en mí el deseo de que funcionara. Tomé el vaso de whisky y bebí un largo sorbo, sintiendo cómo el calor se extendía por mi cuerpo. La

bebida pareció aliviar parte de la presión que sentía.

Mis pensamientos se volvieron hacia mis hermanos. Petros, con su mujer y sus gemelos, y Maximus, con su familia. Habían construido vidas felices y completas, y yo siempre lo había admirado desde lejos. La idea de tener algo parecido me hacía feliz, pero dependía de que Jessyka aceptara mi propuesta.

Eché un vistazo al bar del hotel. La luz tenue y la música ambiental creaban una atmósfera relajante, pero mi mente estaba en otra parte. Pensé en su expresión cuando le conté lo de ir a Atenas. La mezcla de miedo y esperanza en sus ojos seguía grabada en mi memoria.

Terminé mi bebida y pedí otra. El camarero, un amable hombre de mediana edad, me sirvió con una sonrisa.

—¿Problemas? —me preguntó, dándose cuenta de mi expresión pensativa.

—Se podría decir que sí —respondí, sin entrar en detalles.

Asintió, como si lo entendiera perfectamente. Quizá había visto a muchos hombres en situaciones similares a lo largo de los años.

Volví a pensar en ella, en cómo se sentía dividida entre su familia y la posibilidad de un futuro conmigo. Sabía que le estaba pidiendo mucho, pero también sabía que podía proporcionarle una buena vida a ella y al bebé.

La noche siguió su curso y yo continué allí sentado, sumido en mis pensamientos, la incertidumbre del futuro me inquietaba.

Cuando por fin me levanté para marcharme, el camarero me deseó buena suerte y yo se lo agradecí con una inclinación de cabeza. Salí del bar y volví a la habitación del hotel.

Me acosté en la cama, pero el sueño no llegaba. Me quedé mirando al techo, imaginando cómo sería tenerla a mi lado cada día, construir una vida juntos, criar a nuestro hijo.

Ser padre seguía siendo algo que me atormentaba...

Yo solía ser un coleccionista de corazones rotos, pero desde que ella se cruzó en mi camino, todo parecía diferente. Aunque era una mujer mucho más joven... ¡Maldita sea! Yo casi le doblaba la edad, pero no era el primero de la familia que se relacionaba con alguien mucho

más joven, ya que la mujer de Maximus tenía 30 años menos.

Suspiré y me pasé la mano por la cara, intentando alejar esos pensamientos. No era solo la edad lo que me preocupaba. La responsabilidad de criar a un hijo era algo que nunca me había planteado seriamente. Siempre había pensado que mi vida estaría dedicada a los negocios, la libertad y los placeres momentáneos. Pero en aquel momento, todo eso parecía superficial ante la posibilidad de construir algo duradero con Jessyka.

¿Sería capaz de adaptarse a Atenas? ¿Podría ser yo el hombre que ella y nuestro hijo necesitaban?

Cerré los ojos e intenté imaginar nuestro futuro. Ella a mi lado, nuestro hijo creciendo...

—Jess... —murmuré, dejando su nombre en el aire.

Finalmente me dormí, soñando con un futuro que, hasta hace poco, nunca habría imaginado.



Jessyka

Capítulo 28

Cuando tomé el autobús para ir al trabajo, el corazón se me aceleraba, me apretaba y me latía con fuerza. Sentía un nudo en la garganta, se me retorció el estómago y me frotaba las manos con sudor frío. No por el trabajo, sino por la expectativa de encontrarme con Nikos y hablar con él. La posibilidad de un futuro con el padre de mi hijo era tentadora, pero me aterraba la idea de dejar mi ciudad natal. Nunca había estado en otro país que no fuera Italia, y podía contar con los dedos de las manos las veces que había salido de Sicilia.

Cuando llegué al hotel, saludé a Francesca, que se dio cuenta de mi ansiedad e intentó calmarme con una cálida sonrisa. Caminé por los pasillos, cruzándome con huéspedes que no tenían ni idea del torbellino de emociones al que me enfrentaba.

Mientras limpiaba una de las habitaciones, oí unos suaves golpes en la puerta. Se me aceleró el corazón. Abrí la puerta y allí estaba, Nikos, con una mirada que mezclaba preocupación y determinación.

—¿Podemos hablar? —preguntó en voz baja.

—Tengo que terminar de limpiar esta habitación. Después iré contigo —dije, tratando de equilibrar mi rutina y la avalancha de emociones.

Nikos asintió en señal de comprensión.

—Te espero en mi habitación —respondió, dándome un suave beso en la frente antes de marcharse.

Respiré hondo y volví al trabajo. Mientras limpiaba, mis pensamientos estaban en Nikos y en nuestra conversación de la que no podía escapar.

Cuando terminé de limpiar, recogí mis cosas y me dirigí a la habitación de Nikos. Llamé a la puerta y me abrió casi de inmediato con una cálida sonrisa.

—Pasa. —Me empujó suavemente dentro y cerró la puerta tras de mí.

Me senté en el borde de la cama, intentando organizar mis pensamientos. Nikos se sentó a mi lado y me tomó de la mano.

—¿Has pensado en mi propuesta? —preguntó, con voz suave pero llena de expectación.

—Me pasé toda la noche pensando —confesé, sintiendo que se me aceleraba el corazón.

—¿Y bien? —insistió, con los ojos fijos en los míos.

Suspiré, sintiendo el peso de la decisión sobre mis hombros.

—Tengo miedo —admití, casi sin aliento—. Miedo de dejar a mi madre y a mi hermana, miedo de lo desconocido, miedo de no poder adaptarme...

Nikos me apretó la mano con más fuerza, mostrando comprensión.

—Sé que es difícil, Jessyka. Pero haré todo lo que pueda para ayudarte.

—Ni siquiera sé hablar griego —respondí con una risa amarga—. ¿Cómo voy a adaptarme?

Esbozó una sonrisa alentadora que iluminó su rostro.

—Eso es lo de menos. Te contrataré un profesor particular —dijo—. Así podrás aprender griego a tu ritmo, sin presiones.

Sentí una oleada de alivio y gratitud. La dulzura de sus ojos me hizo creer que realmente se había comprometido a que esto funcionara.

—Aún tengo otros miedos, Nikos —murmuré, apartándome un poco para mirarle a la cara—. ¿Y el trabajo? ¿Cómo voy a trabajar?

—Jessyka, no tienes que preocuparte por eso —me aseguró—. Puedes dejar el dinero a mi cargo. Yo cuidaré de ti y de nuestro bebé.

Sentí que se me formaba un nudo en el estómago. La idea de depender completamente de alguien me incomodaba, pero Nikos parecía tan seguro de sus palabras que me hizo sentir más segura.

—No estoy acostumbrada a depender de nadie —confesé, un poco avergonzada.

Sonrió, acariciándome la mejilla.

—Lo sé —respondió ella suavemente—. Pero estoy aquí para ti. Para nosotros. Quiero que te sientas segura, sin preocupaciones.

Suspiré, sintiendo aún la tensión en mi interior, pero al mismo tiempo empezando a relajarme.

—Intentaré confiar en ello —dije, con una pequeña sonrisa.

—Es todo lo que pido —respondió, besándome cariñosamente la frente.

Solté un profundo suspiro y lo rodeé con mis brazos, apoyando la cabeza en su pecho. Me sentí envuelta por su calor, escuchando el rítmico sonido de los latidos de su corazón.

—¿Eso es un sí? —preguntó, con la respiración entrecortada, cargada de tensión.

—Creo que sí —dije, todavía con torpeza.

Dejó escapar un suspiro de alivio y se rió, acercándose aún más.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunté, aún dudosa.

—¿Por mí? ¡Hoy mismo! —respondió, con un brillo travieso en los ojos.

—¡Nikos! —protesté, riéndome un poco.

—Cuando tú quieras —dijo con una sonrisa comprensiva.

—Necesito organizar mis cosas —le expliqué, pensando en todo lo que tenía que hacer antes de una mudanza tan grande.

—Entonces te recogeré en una semana, ¿de acuerdo?

Tragué saliva, reflexionando sobre lo que esto significaba. Una semana me parecía poco tiempo para tantos cambios, pero al mismo tiempo era suficiente para prepararme.

—Está bien —intenté sonar confiada.

Me besó suavemente y me rendí a ese momento y a la posibilidad de una vida con él.



Nikos

Capítulo 29

La semana transcurrió en un torbellino de trabajo y expectativas.

Mi casa era grande, pero no adecuada para una mujer, y yo estaba ansioso por ver si a ella le gustaría. Diana, mi ama de llaves, intentó tranquilizarme diciéndome que ella se ocuparía de todo.

—No te preocupes, Nikos. Lo tendremos todo listo para la llegada de Jessyka —aseguró con su eficacia habitual.

Le di las gracias asintiendo con la cabeza, pero seguía ansioso.

Me pasaba el día revisando contratos y organizando reuniones, tratando de mantener la mente ocupada. Pero, inevitablemente, mis pensamientos volvían una y otra vez a Jessyka. ¿Ella estaba realmente preparada para este cambio? ¿Lo estaba yo?

La noche anterior a su llegada, paseé por la casa, imaginándola llena de risas y voces. Entré en la habitación que había preparado para el bebé, que seguía vacía. La idea de ser padre me parecía surrealista, pero también me llenaba de una extraña expectación.

La mañana del día acordado, salí temprano a recogerla. El viaje a Sicilia me pareció más largo que nunca, y el corazón se me aceleró al aterrizar el avión. El sol estaba en lo alto del cielo, brillando intensamente, mientras el calor del verano siciliano me hacía doler. ¿O era ansiedad?

Tomé un taxi hasta la dirección que me había dado Jessyka. Cuando llegué, ella ya estaba esperando fuera con su maleta. Llevaba un ligero vestido de flores que se mecía suavemente con el viento, y su pelo rojo brillaba al sol. Cuando la vi, sentí una oleada de alivio y alegría.

Su rostro mostraba una mezcla de ansiedad y miedo. Sus manos agarraban con firmeza el asa de la pequeña maleta que tenía a su lado, sus dedos se tensaban y relajaban nerviosamente. Su mirada se cruzó con la mía y pude ver la incertidumbre en sus ojos, pero también un atisbo de esperanza.

Salí del coche y me acerqué a ella, sintiendo un montón de alivio.

—Nikos... —Sonrió tímidamente.

—Jessyka —murmuré, tirando de ella en un abrazo y dándole un tierno beso en los labios.

—Te he echado de menos —susurró, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Yo también te he echado de menos. —Le acaricié el pelo suavemente.

Me acerqué a la madre y a la hermana de Jessyka, sintiendo la necesidad de presentarme formalmente.

—Hola, soy Nikos Katsaros. —Le tendí la mano a su madre, que la estrechó con firmeza.

—Cuida bien de mi hija —le pidió en un tono lloroso que ponía de relieve lo difícil que le resultaba dejar marchar a Jessyka.

—Cuidaré bien de ella, lo prometo.

Ella asintió, secándose las lágrimas.

La hermana pequeña me miró con curiosidad y asintió, aparentemente satisfecha con mi promesa.

—¿Nos vamos? —le dije a Jessyka, señalando el taxi que nos esperaba.

Al cabo de unos instantes, retrocedí un poco y miré la maleta que tenía al lado.

—¿Es solo esta maleta? —pregunté, fijándome en el modesto tamaño del equipaje.

—Sí —respondió con una tímida sonrisa—. No tengo muchas cosas.

Recojí la maleta y me doy cuenta de que pesaba poco. Sentí una punzada de preocupación al pensar en lo que eso significaba. ¿Dejaba algo más que pertenencias materiales?

—Te voy a echar mucho de menos, Jessyka —dijo su madre, con voz llorosa.

—Yo también, mamá —respondió Jessyka, apartándose de mí para abrazar a la mujer—. Pero te prometo que te llamaré todos los días.

Emma moqueó y se abrazó a la pierna de Jessyka.

—Cuídate, hermanita. Y cuida del bebé.

Jessyka se agachó y la abrazó con fuerza.

—Por supuesto, Emma. Y tú, pórtate bien, ¿eh?

Emma asintió con una tímida sonrisa mientras Jessyka se levantaba.

—¿Nos vamos? —grité, señalando el taxi que nos esperaba.

Miró hacia atrás por última vez y saludó a su familia antes de subir al coche conmigo. El conductor metió la maleta en el baúl y subimos al coche. El trayecto hasta el aeropuerto fue silencioso, con Jessyka mirando por la ventanilla, asimilando el cambio que estaba a punto de producirse.

En el aeropuerto, el ambiente era ajetreado, con gente entrando y saliendo a toda prisa. Recogimos los billetes y facturamos las maletas. Luego busqué un restaurante tranquilo donde poder almorzar antes del vuelo.

Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana, desde donde podíamos ver los aviones despegar y aterrizar. Pedí un plato de pasta para mí y una ensalada para Jessyka, intentando elegir algo ligero para ella.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté, observándola mientras removía su ensalada.

Jessyka respiró hondo y miró su plato.

—Estoy nerviosa, Nikos. Es todo tan nuevo y aterrador.

Tomé su mano sobre la mesa, dándole un apretón reconfortante.

—Sé que es duro. Pero estoy aquí contigo. Hagamos que esta nueva etapa sea buena para nosotros y para el bebé.

Me miró, buscando consuelo.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo —dije con firmeza, apretando su mano.

Comenzamos a comer en silencio. El ambiente que nos rodeaba era acogedor, la gente

hablaba en voz baja y una suave música ambiental llenaba el ambiente. Miré por la ventana, observando el movimiento de los aviones y sintiendo la emoción mezclada con el miedo a lo desconocido.

Después de comer, nos levantamos y nos dirigimos a la puerta de embarque. Agarré con fuerza la mano de Jessyka. El sonido de los anuncios de vuelo y el constante movimiento de gente a nuestro alrededor creaban una atmósfera de transición, como si realmente estuviéramos dejando atrás una vida y empezando otra.

Cuando nos sentamos en la sala de espera, Jessyka se apoyó en mi hombro, cerrando los ojos un momento. Le acaricié el pelo, aceptando la responsabilidad que recaía sobre mí.

—Todo va a salir bien —susurré.

Ella se limitó a asentir, apretándome la mano. Sonó la llamada de embarque y nos levantamos, dispuestos a dar el siguiente paso en nuestra nueva vida juntos.



Jessyka

Capítulo 30

El vuelo transcurrió sin contratiempos, pero al encontrarme con los carteles en letras que ni siquiera reconocía, me golpeó la realidad de estar en un lugar nuevo. Un miedo abrumador se apoderó de mí, haciendo que me temblaran las manos. Nikos se dio cuenta y me agarró la mano, dándome un fuerte apretón.

—¡Relájate, Jessyka! —Trató de calmarme.

Respiré hondo, intentando absorber algo de aquella tranquilidad. Recogimos la maleta y me llevó por el aeropuerto hasta el aparcamiento, donde estaba su coche.

Uno de los coches, como mencionó casualmente.

Fruncí el ceño mientras miraba el vehículo negro, brillante y claramente muy caro. Nunca había estado tan cerca de algo así.

Sentí más miedo. No sabía si sería capaz de acostumbrarme a este nuevo estilo de vida, pero no dije nada. Me acomodé en el asiento del coche, sintiendo el olor a cuero nuevo y la suave textura bajo mis dedos.

Nikos arrancó el coche y empezamos a alejarnos del aeropuerto, adentrándonos en las ajetreadas calles de Atenas. Las calles eran diferentes a las de Palermo, con un ritmo propio, una energía que parecía palpitar en el aire.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Nikos, manteniendo una mano en el volante y la otra aún sujetando la mía.

—Nerviosa —confesé, mirando por la ventana—. Todo es tan diferente...

—Es normal sentirse así. Llevará tiempo acostumbrarse, pero estaré aquí contigo. —Sonrió.

Pasamos por varias calles, edificios antiguos mezclados con construcciones modernas, gente apresurada por las aceras. La ciudad tenía una belleza única, pero aún era territorio

desconocido para mí.

Llegamos a una casa grande y elegante rodeada de un jardín bien cuidado. Nikos aparcó y salió del coche, acercándose a abrirme la puerta.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —me dijo, tendiéndome la mano para ayudarme a salir.

Miré la casa, sintiendo una mezcla de ansiedad y emoción. Era una mansión moderna y elegante, con un diseño contemporáneo. Tiene dos plantas, con grandes ventanales de cristal por los que entra mucha luz natural. La fachada es predominantemente blanca, con detalles de madera en la puerta principal y otras zonas, que añaden un toque de sofisticación y calidez al ambiente.

En el exterior, hay una piscina rectangular rodeada de una zona de césped bien cuidado y algunas palmeras. Alrededor de la piscina, había reposteras rosas y una zona de ocio al aire libre incluye un gran espacio cubierto con muebles cómodos.

Era imposible no quedarse atónito ante tanto lujo. Sabía que era rico, pero quizá no me había preparado para tanto.

Tomé la mano que Nikos me ofrecía y salí del coche, intentando asimilar todo lo que me rodeaba. Tomó la maleta y me guió hasta la entrada.

Cuando entré en la casa, me recibió un ambiente acogedor y elegante. El vestíbulo era espacioso, con una escalera que conducía al piso superior y muebles de buen gusto esparcidos por todas partes.

—Te enseñaré tu habitación. O mejor dicho, nuestra habitación... —murmuró Nikos, guiándome por la casa.

Subimos las escaleras y me condujo a una amplia habitación con una gran ventana que dejaba entrar la luz natural. La vista era impresionante, con la piscina y el jardín perfectamente cuidados justo debajo. Había una cama tamaño king, cubierta con una colcha suave y mullidas almohadas, que invitaba al descanso. Junto a la cama había un amplio armario, ya parcialmente ocupado con ropa masculina bien organizada, que revelaba un poco más sobre el hombre que ahora formaba parte de mi vida.

Su olor impregnaba la habitación, una suave mezcla de colonia y algo propio de Nikos, que daba una sensación de comodidad y familiaridad. La mesita junto a la ventana tenía una pequeña lámpara y algunos libros, lo que sugería que le gustaba leer antes de acostarse.

—Es precioso —murmuré, conmovida por la amabilidad de Nikos, mientras miraba a mi alrededor, sintiéndome aún un poco fuera de lugar en aquel lujoso entorno.

Toda la casa en la que crecí habría cabido cómodamente en aquella habitación. Cada detalle, desde las sábanas de alta calidad hasta los suelos de madera pulida, rezumaba sofisticación. Junto al dormitorio, Nikos abrió una puerta que daba a un enorme cuarto de baño. Había una bañera de mármol que parecía más bien una pequeña piscina, una amplia ducha con varios chorros de agua y una mesada con dos lavabos, rodeada de grandes espejos iluminados.

—Te mereces lo mejor —dijo Nikos, dándose cuenta de mi expresión de asombro. Se acercó y me tomó la mano, llevándosela a los labios para darme un suave beso.

Sonreí tímidamente, aún asimilándolo todo. La realidad de estar allí, empezando una nueva vida al lado de Nikos, era a la vez aterradora y emocionante.

Él me condujo al cuarto de baño, sugiriéndome que me relajara un poco. La habitación era lujosa, con mármol por todas partes y una enorme bañera en el centro. Encendió la bañera y dejó que el agua caliente la llenara lentamente. El sonido del agua era relajante, creando una atmósfera de calma y serenidad a la que no estaba acostumbrada.

Mientras la bañera se llenaba, Nikos empezó a quitarme el vestido con cuidado, besándome los hombros y la piel expuesta. Sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo a cada contacto, una mezcla de nerviosismo y excitación.

—Te mereces cada momento de relax —murmuró, besándome suavemente el cuello.

El calor entre nosotros creció y la tensión se convirtió rápidamente en deseo. Cerré los ojos, entregándome al momento, mientras sus manos exploraban cada centímetro de mi piel. Cada caricia parecía encender mis sentidos.

—Vamos a meternos en el agua —susurró, guiándome suavemente hacia la bañera.

Yo me metí primero, dejándome envolver por el agua caliente, y él me siguió,

acomodándose a mi lado.

Me acerqué más, sintiendo su cuerpo cálido y fuerte contra el mío. El agua tibia nos envolvía, creando una sensación de tranquilidad que no sabía que necesitaba. Nikos me abrazó y mi cuerpo se relajó contra el suyo.

Sonreí, con los ojos aún cerrados, disfrutando de la sensación del agua tibia y de sus caricias. Nos quedamos así, inmersos en la tranquilidad, dejando que el momento nos envolviera por completo.

Me acercó más y me rodeó con sus firmes brazos. Nuestros cuerpos desnudos se encontraron y el agua caliente alivió cualquier tensión que pudiera quedar. Nikos me besó y yo me entregué por completo al momento.

Podía sentir el calor de su cuerpo contra el mío, los músculos rígidos bajo mi piel. Cada roce, cada caricia parecía crear una corriente eléctrica entre nosotros. Sus manos recorrían mis curvas, explorando cada detalle de mi cuerpo.

—Eres tan hermosa, Jessyka —murmuró, mientras sus manos se deslizaban alrededor de mi cintura.

Cerré los ojos, dejando que el placer se extendiera. Cada beso era una promesa, cada caricia una declaración de deseo. Su boca volvió a encontrar la mía y yo respondí, sintiendo cómo crecía la pasión.

El agua que nos rodeaba parecía amplificar cada sensación, cada movimiento. Sus manos me tomaron suavemente de la cara y nuestros labios se encontraron en un beso profundo. Mis dedos se deslizaron por su pelo, tirando de él más cerca, queriendo más.

Podía sentir cómo su cuerpo respondía al mío, cómo crecía el deseo entre nosotros. La intimidad de aquel momento era embriagadora, y supe que estaba donde debía estar. Nikos me hizo sentir deseada, amada, y me entregué por completo a esa sensación.

La bañera, el agua caliente, el ambiente lujoso, todo parecía desaparecer. Solo estábamos Nikos y yo, unidos en aquel momento de pura pasión. Sus labios recorrieron los míos, bajaron por mi cuello, dejándome sin aliento.

—Te deseo, ahora y siempre —susurró.

—Seré tuya —respondí sin vacilar.

Las manos de Nikos se volvieron más atrevidas, yendo a mis pechos, tocando mis pezones con precisión. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y jadeé, sintiendo una mezcla de deseo y placer.

Siguió bajando, explorando cada centímetro de mi piel hasta llegar a la intimidad entre mis muslos. Abrí los ojos y solté un gemido ahogado de placer, y él se rió, complacido por mi reacción.

—Eres hermosa —murmuró, mientras sus dedos me exploraban. Sentí que me estremecía bajo sus caricias y que cada movimiento me acercaba más al éxtasis.

Mis dedos se clavaron en sus hombros, buscando algún tipo de ancla mientras él seguía provocándome. El agua caliente que nos rodeaba parecía amplificar cada sensación, haciendo que el momento fuera aún más intenso.

Me besó de nuevo, y sentí su lengua invadiendo mi boca con un hambre urgente. Le devolví el beso con el mismo fervor, y ahora mis manos exploraban su espalda, atrayéndolo más cerca.

Nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía, la tensión crecía entre nosotros. El sonido del agua, nuestros gemidos, todo parecía mezclarse, creando una sinfonía de deseo y pasión.

Cuando por fin no pude contener más el placer, arqueé mi cuerpo contra el suyo, entregándome por completo al momento. Nikos siguió tocándome, prolongando el clímax hasta que quedé exhausta pero completamente satisfecha.

Sonrió con placer.

Le devolví la sonrisa, sintiéndome más unida a él de lo que jamás había imaginado.

—¿Cómo te encuentras? ¿Cómo va el embarazo? —preguntó con tono de preocupación.

—Bien —respondí, un poco sorprendida por la pregunta.

—¡Genial! —Su sonrisa traviesa me hizo estremecer.

Me besó de nuevo, me dio la vuelta y me puso a cuatro patas, agarrada al borde de la bañera. Mi pelo y mis pechos rozaban el agua. Detrás de mí, Nikos seguía tocándome. Me tocó por todas partes hasta que me agarró el culo.

Me puse tensa.

—Relájate —susurró, acariciándome las nalgas.

—Nikos...

—Si te relajas, no te dolerá como cuando perdiste la virginidad.

—No vas a... —abrí los ojos.

—Sí, voy a entrar allí.

Cerré los ojos, intentando calmarme. Sentí sus manos firmes y suaves preparándose cuidadosamente, untándome con lo que supuse que era aceite de masaje. Sus movimientos eran suaves, lentos y deliberados, asegurándose de que estuviera preparada para lo que vendría a continuación. Cuando por fin entró, lo hizo con una lentitud tortuosa, dando tiempo a mi cuerpo para adaptarse.

El placer se mezcló con el ligero dolor, creando una sensación nueva e intensa. Nikos murmuró palabras de aliento, su aliento caliente contra mi piel. Gemí, sintiendo cada movimiento suyo dentro de mí, cada caricia amplificando el placer que ya estaba más allá de lo que podía soportar.

—Eres mía, Jessyka —murmuró, con un tono lleno de deseo y posesión.

—Sí, Nikos... solo tuya —respondí, con la voz quebrada por el placer.

Aumentó el ritmo y cada embestida me sumergía más en un mar de sensaciones. Mis gemidos resonaban en el cuarto de baño, mezclados con el sonido del agua y nuestra respiración agitada. Estábamos completamente en sintonía, nuestros cuerpos se movían en perfecta armonía.

Cuando por fin llegamos juntos al clímax, fue como si el mundo se hubiera detenido. Nos quedamos acostados, jadeantes y satisfechos, con nuestros cuerpos aún apretados, mientras el

agua caliente de la bañera nos envolvía. Nikos me abrazó con fuerza, como si no quisiera soltarme nunca, y en ese momento supe que él estaba realmente decidido a que funcionara.

Luego me ayudó a salir de la bañera y me envolvió en una suave toalla. Lo miré, viendo el cariño en sus ojos. La vida con él sería una aventura, pero con él estaba dispuesta a afrontar cualquier cosa.

—Vamos a la cama —sugirió sonriendo.

Asentí con la cabeza, aún recuperando el aliento, y le seguí hasta el dormitorio. Nos acostamos juntos, con los cuerpos aún húmedos por el baño, y nos quedamos dormidos abrazados.



Nikos

Capítulo 31

Me desperté con ella en brazos sobre la cama. Le di unos besos y se retorció, abriendo los ojos lentamente.

—¡Buenos días! —Sonreí.

—Buenos días... —respondió, estirándose.

—¿Cómo te encuentras? —Recorrí su cuerpo con la mirada.

—Bien... —Sus mejillas se sonrojaron.

—¡Genial! —Le robé un beso antes de levantarme e ir al vestuario.

—¿Adónde vas? —Ella vino detrás de mí, deteniéndose en la puerta.

—Me voy a trabajar.

—Ah...

—Pero no te preocupes, te dejaré en buenas manos. Diana te vigilará, y la profesora de griego llegará por la tarde.

Ella asintió, todavía un poco indecisa. Volví al dormitorio, ya vestido, y la abracé.

—Todo va a estar bien, Jessyka. Te lo prometo.

Me miró con esos ojos verdes llenos de incertidumbre.

Le di un último beso antes de irme.

Bajé a abrocharme la camisa. Cuando llegué a la cocina, vi a Diana, el ama de llaves, preparando el desayuno.

—Buenos días, Diana —dije tomando una rebanada de pan de la mesa.

—Buenos días, señor Nikos —respondió ella, frunciendo el ceño—. Tienes que comer bien, no solo tomar una rebanada de pan.

—Lo sé, lo sé —respondí con una sonrisa mientras daba un bocado al pan.

Suspiró, sabiendo que era poco probable que yo cambiara mis hábitos apresurados. Salí de la cocina y me dirigí al garaje. Mi colección de coches de lujo brillaba a la luz de la mañana. Elegí el Audi negro, apreciando su elegancia y potencia.

El motor rugió cuando lo arranqué, y pronto estaba en la carretera, conduciendo hacia la oficina. El tráfico fluía suavemente, pero mi mente se agitaba con pensamientos sobre Jessyka y el futuro que empezábamos a construir juntos.

Cuando llegué a la oficina, aparqué el coche y salí, arreglándome la chaqueta. Pasé por recepción, saludé a algunos empleados y subí a la planta de mi despacho. Alice me esperaba en la entrada con un montón de documentos.

—Buenos días, señor —dijo con su habitual tono profesional—. Aquí están los informes que pidió.

—Gracias, Alice —respondí, recogiendo los documentos. Sus ojos me siguieron, notando algo diferente en mi expresión.

—¿Qué tal Sicilia? —preguntó, curiosa.

—Estupendo. Jessyka ha venido conmigo y voy a ser papá —respondí sonriendo.

—¿Papá? ¿Jessyka? —Alice abrió los ojos, sin comprender.

—No te preocupes. —Me encogí de hombros, tratando de tranquilizarla—. Te lo explicaré en otro momento.

Abrió la boca para hablar, pero vaciló, claramente confusa y sorprendida.

—Pero... —balbuceó, tratando de procesar la información.

—Buen trabajo, Alice —interrumpí, tomando las carpetas de su mano y entrando en mi despacho.

Se quedó quieta un momento, aún intentando comprender lo que le había dicho, mientras yo cerraba la puerta del despacho tras de mí. Puse los documentos sobre la mesa y respiré hondo, intentando concentrarme en mi trabajo.



Jessyka

Capítulo 32

Me levanté, sintiendo aún la ausencia de Nikos. Miré a mi alrededor, intentando acostumbrarme al lujoso y diferente entorno. La habitación era enorme, y la sensación de vacío se hizo casi abrumadora sin él cerca.

Tomé mi maleta y empecé a guardar mis cosas en el armario. Era una forma de distraerme, de no pensar demasiado en el cambio que se estaba produciendo en mi vida. El suave olor de Nikos aún flotaba en el aire, aportando una sensación de confort y, al mismo tiempo, de añoranza.

Elegí algo sencillo para ponerme, un vestido ligero que había traído de Sicilia. Pasé las manos por la tela, tratando de calmar mis nervios.

Respiré hondo, me armé de valor y salí de la habitación.

El pasillo estaba en silencio, y las paredes decoradas con obras de arte hacían que el lugar pareciera más una galería que una casa. Bajé las escaleras despacio, sujetándome firmemente al pasamanos.

Cuando llegué al salón, encontré a Diana, el ama de llaves, organizando unos papeles. Me vio y sonrió, pero me di cuenta de que no hablábamos el mismo idioma. Diana me hizo un gesto y me enseñó su móvil, en el que se leía: "Por ahora podemos hablar a través del traductor".

Sonreí, aliviada de que lo entendiera. Escribió un nuevo texto, diciendo que era muy bienvenida y que la casa siempre había necesitado una presencia femenina.

Tomé el móvil para escribir una respuesta y le di las gracias, aún sintiéndome un poco incómoda. Diana me sonrió y me hizo un gesto para que la siguiera.

Me condujo al comedor, que estaba impecablemente decorado con una mesa de madera oscura y sillas tapizadas. El sol de la mañana entraba por las ventanas, iluminando el ambiente con una luz suave y acogedora.

Diana me sirvió un café maravilloso, tan bien preparado como los que había visto en el

hotel donde trabajaba. Me senté a la mesa, observando cada detalle a mi alrededor. Las elegantes cortinas, los cuadros de las paredes, el agradable olor a café recién hecho... todo ello me hizo sentir un poco más cómoda.

Diana se sentó frente a mí y me mostró otro mensaje en su móvil: "Si necesitas algo, estoy aquí para ayudarte. Nikos me pidió que cuidara de ti".

"Gracias, Diana", respondí, escribiendo en el traductor. "Voy a acostumbrarme, solo necesito un poco de tiempo."

Asintió comprensiva y me dejó disfrutar de mi café en silencio. Mientras yo bebía, el calor del café me calentó, y sentí crecer en mi interior una pequeña chispa de esperanza. Tal vez, solo tal vez, realmente podría encontrar un hogar aquí, al lado de Nikos.

Después de comer, llegó la profesora de griego. Era una animada estudiante universitaria, más o menos de la misma edad que yo, pero que sorprendentemente hablaba seis idiomas. Me sorprendió aún más saber que también era italiana, de Roma, y que llevaba dos años viviendo en Grecia.

—Hola, tú debes de ser Jessyka —dijo con una cálida sonrisa—. Me llamo Giulia y seré tu profesora de griego.

—Hola, Giulia —respondí, intentando disimular mi nerviosismo—. Me alegra saber que tú también eres italiana. Eso me tranquiliza.

—Me alegra oírlo —dijo Giulia, sentándose a la mesa conmigo—. Empecemos poco a poco, sin prisas. Hoy quiero enseñarte algunas frases básicas de la vida cotidiana.

Tomó un cuaderno y un bolígrafo y empezó a escribir unas palabras en griego. Yo la observaba atentamente, intentando captar todos los detalles.

—Primera frase: "Buenos días" en griego es "Καλημέρα" (Kaliméra) —explicó, señalando las palabras en el cuaderno.

—Kaliméra —repetí, intentando imitar su acento.

Giulia sonrió, animándome.

—¡Bien hecho! Y para decir "¿Cómo estás?" decimos "Πώς είσαι ;" (¿Pos íse?).

—¿Pos íse? —volví a repetir, sintiéndome un poco más segura.

—Eso es —dijo Giulia, emocionada—. Sigamos. Voy a enseñarte a contar del uno al diez.

Pasamos la hora siguiente practicando palabras y frases básicas. Giulia fue paciente y divertida, lo que hizo que aprender fuera más fácil y menos intimidante.

—Lo estás haciendo muy bien, Jessyka —elogió al final de nuestra primera clase—. Con el tiempo, te sentirás más cómoda con el idioma.

—Gracias, Giulia. Tu ayuda ha sido inestimable —respondí, sinceramente agradecida.

Se levantó, preparándose para marcharse.

—Volveré mañana a la misma hora. Si necesitas algo, estaré encantada de ayudarte—. Me dio una tarjeta con su número.

—De acuerdo. Hasta mañana. —La acompañé hasta la puerta.

Cuando Giulia se marchó, volví al salón, sintiéndome un poco más segura de mí misma. Aprender griego sería un reto, pero era crucial que lo superara para adaptarme a la vida en aquel nuevo país.

Me senté en el sofá, tomé el móvil y empecé a escribir un mensaje a mi madre. Quería saber cómo iban las cosas por allí, cómo les iba a ella y a Emma.

Jessyka:

Hola, mamá. ¿Qué tal estás?

Mamá:

Hola, cariño. Estamos bien. Salí temprano hoy, después de dejar a Emma en la escuela. Entregué algunos currículos.

Jessyka:

¡Eso es genial, mamá! Me alegra saber que estás buscando trabajo. ¿Alguna novedad?

Mamá:

Me han llamado de uno de los sitios donde dejé mi CV. Quieren que vaya mañana para una entrevista.

Jessyka:

Estupendo. Estoy segura de que lo conseguirás. ¿Cómo está Emma?

Mamá:

Emma está bien. Le encanta la nueva escuela. Preguntó por ti esta mañana.

Jessyka:

Dile que la echo de menos. Intentaré llamarla más tarde, cuando esté en casa.

Mamá:

Claro, le diré. Ella también te echa de menos. ¿Cómo estás en Grecia?

Jessyka:

Estoy bien. Hoy he empezado mis clases de griego. La profesora es muy buena, ella italiana también, lo que ayuda un poco.

Mamá:

Eso es genial, Jessyka. Estoy orgullosa de ti. Sé que no es fácil, pero eres fuerte.

Jessyka:

Gracias, mamá. Estoy haciendo un esfuerzo. Nikos ha sido muy atento. Creo que podría funcionar.

Mamá:

Me alegra oírlo. Cuídate, hija mía. Te apoyamos.

Jessyka:

Gracias, mamá. Cuídate también. Te quiero.

Mamá:

Nosotros también te queremos, cariño. Buena suerte con tus clases y todo lo demás.

Dejé el móvil en el asiento de al lado en el sofá, sintiéndome un poco más ligera después de la conversación. Saber que mi madre y Emma se estaban adaptando y que mi madre estaba buscando trabajo me alivió un poco. Recorrí el salón con la mirada, admirando los detalles. Todo era tan nuevo y diferente, pero poco a poco empezaba a sentirme un poco más en casa.

Me levanté y decidí explorar un poco más el hogar. Caminé por los pasillos, observando las obras de arte de las paredes, los muebles elegantes y bien colocados. Entré en la cocina, donde Diana estaba organizando algunas cosas.

Me miró y sonrió, señalando un plato de galletas recién horneadas. Tomé una y le di las gracias con una inclinación de cabeza, sintiendo el delicioso aroma de la galleta. Continué explorando, abriendo puertas y descubriendo nuevas habitaciones, cada una más impresionante que la anterior.

Llegué a una habitación que parecía un despacho. Había un gran escritorio de madera, estanterías llenas de libros y una silla cómoda. Me senté en la silla y miré a mi alrededor, imaginándome a Nikos trabajando allí.

Me detuve un momento, reflexionando sobre el gran cambio que se había producido en mi vida. Me asustaba, pero también me emocionaba. Sabía que, con el tiempo, sería capaz de adaptarme y tal vez incluso de amar este nuevo hogar.



Nikos

Capítulo 33

Fue un día ajetreado en la empresa. No esperaba tanto trabajo. Me atrasé y, cuando estaba por salir, mi secretaria me llamó.

—¡Señor!

—¿Qué pasa, Alice? —Me detuve en el pasillo, dándome la vuelta para mirarla.

—Tengo unos documentos más para revisar... —Me entregó un sobre.

—Déjalo para mañana. —Me encogí de hombros.

—Pero...

—Jessyka me espera en casa —interrumpí—. ¡Buenas noches!

Alice se quedó boquiabierta mientras me apresuraba a salir. Bajé por el ascensor, tratando de apartar los pensamientos sobre el trabajo y concentrarme en la velada que había planeado.

Cuando llegué al estacionamiento, me abroché la chaqueta y subí al coche.

Conduje a casa lo más rápido posible, ansioso por ver a Jessyka.

Al entrar conduciendo por el portón, respiré hondo y aliviado. Aparqué el coche y entré, oyendo la risa de Jessyka procedente del salón. Sentí una oleada de alivio cuando me di cuenta de que se estaba adaptando.

—Ya estoy en casa —anuncié al entrar y encontrarla charlando con Diana.

Aunque no hablaban el mismo idioma, encontraron la manera de comunicarse, lo que me hizo feliz.

Jessyka se levantó con una sonrisa.

—Empezaba a pensar que no vendrías —bromeó, adelantándose y poniéndome la mano en el brazo.

—Siento llegar tarde. El día ha sido más complicado de lo que imaginaba —respondí, acercándome y besándola suavemente.

—Me alegro de que estés aquí ahora.

La tomé de la mano y la llevé a nuestro dormitorio.

—Me cambiaré rápido para que podamos salir, ¿te parece? —le pregunté, mirándola fijamente a sus preciosos ojos verdes.

—¿Irnos? —Frunció el ceño, procesando la información.

—A cenar juntos.

—Pensé que íbamos a cenar aquí, Diana...

—¿No puedo llevarte a cenar? —Le dirigí una mirada firme que la desconcertó.

—Bueno... puedes...

—¡Entonces vamos!

Ella asintió y se sentó en la cama mientras yo iba al vestuario. Elegí una camisa blanca y unos pantalones negros, me di una ducha rápida y me cambié enseguida.

Cuando volví, Jessyka se había cambiado y admiraba la vista desde la ventana. Llevaba un vestido azul claro que resaltaba sus ojos verdes y su piel clara.

—¿Preparada? —pregunté, tendiéndole la mano.

—Lista —respondió sonriendo y tomándome de la mano.

Bajamos juntos las escaleras, nuestros pasos resonaban en el pasillo. Cuando llegamos al salón, Diana nos observaba con cara de satisfacción.

—Buenas noches, Diana —dije mientras agarraba las llaves de uno de los coches.

—Buenas noches, señor Nikos. Que se divierta —respondió con una cálida sonrisa.

Salimos de casa y subimos al coche. El silencio entre nosotros era cómodo, cada uno absorto en sus propios pensamientos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jessyka, mirándome mientras yo conducía.

—Pensé en un restaurante griego que conozco. Te gustará.

Sonrió, parecía más relajada.

—Lo estoy deseando.

Llegamos al restaurante y el ambiente era acogedor y elegante, con luces tenues y música de fondo. Al entrar, el anfitrión nos condujo a una mesa junto a la ventana, con una vista impresionante de la ciudad iluminada. Me senté frente a ella, observando su rostro mientras miraba a mi alrededor con asombro.

—Este sitio es increíble —comentó pasando los dedos por el menú.

—Quería que celebráramos algo especial. —Tomé su mano sobre la mesa, acariciándola ligeramente.

—Gracias, Nikos. Por todo.

Nos sonreímos y sentí una profunda conexión entre nosotros.

El camarero llegó para tomar nuestros pedidos y nos describió los platos del día. Pedimos la cena y, mientras esperábamos, charlamos sobre nuestro día. Jessyka me habló de su clase de griego y de cómo se sentía un poco más en casa.

—Me alegro de que te estés adaptando —dije acariciándole la mano—. Sé que no es fácil.

—Contigo a mi lado, es más fácil —respondió, apretándome la mano y sonriendo.

La cena estaba servida y disfrutamos de la deliciosa comida, riendo y charlando. Entre risas y bocados, el tema cambió a algo más serio.

—He estado pensando en la habitación del bebé —comencé, observando su reacción—. Ya he reservado una habitación en la casa para él. Podemos empezar a comprar cosas cuanto antes.

Sonrió, acariciándose ligeramente el vientre.

—Primero tenemos que saber el sexo, ¿no crees? —Me dirigió una mirada cariñosa.

Asentí con la cabeza.

—Por supuesto. Haré que un médico controle el embarazo. Quiero que tengas el mejor cuidado posible.

Jessyka parecía emocionada, con una leve sonrisa en los ojos.

—Gracias, Nikos. —Volvió a acariciarse el vientre.

La cena continuó, con conversaciones sobre nuestras expectativas para el bebé y el futuro. La velada transcurrió rápidamente y, cuando salimos del restaurante, sentí una tranquila felicidad. Volvimos al coche tomados de la mano y me di cuenta de que estaba disfrutando de verdad construyendo algo con alguien.

Cuando llegamos, entré en la casa, sosteniendo la puerta para que Jessyka pasara. Ella sonrió, pasando junto a mí y subiendo las escaleras.

—Voy a cambiarme y vuelvo enseguida —dijo, mirándome por encima del hombro.

Asentí con la cabeza y la vi desaparecer por el pasillo. Me senté en el sofá, pensando en cómo la vida había cambiado de repente, pero de una forma que me aportaba una sensación de propósito y felicidad.

Cuando regresó, llevaba ropa cómoda y el pelo suelto.

—Ha sido una velada maravillosa —dijo, acostándose a mi lado.

—Y va a ser aún mejor —le prometí, besándola suavemente—. Es la hora del postre —bromeé, susurrándole al oído de un modo que la hizo estremecerse.

—Nikos...

Volví a besarla, esta vez con más hambre y necesidad, mis manos recorrían su cuerpo, tirando de ella para que se sentara en mi regazo frente a mí.

Se mordió el labio, poniéndome más caliente.

Expuse sus pechos, apretándolos y chupándolos, mientras ella se revolvía en mi regazo,

frotándose contra mi verga aún dentro del pantalón.

—Eres deliciosa —murmuré entre besos y caricias. Sentí cómo su cuerpo respondía a mis caricias, cómo aumentaba su calor. Deslicé las manos por su espalda hasta llegar al dobladillo de su vestido y lo levanté lentamente.

Levantó los brazos y me permitió quitárselo, dejando al descubierto su piel suave y cálida. Besé cada centímetro expuesto, bajando por su cuello hasta llegar de nuevo a sus pechos. Sus suaves gemidos me animaron a continuar.

La agarré por la cintura, acercándola aún más, sintiendo la fricción entre nuestros cuerpos. Empezó a desabrocharme la camisa, con dedos temblorosos pero decididos. Cuando por fin lo consiguió, le pasé la mano por el pelo, sujetándola con firmeza mientras me exploraba el pecho con los labios y las manos.

—Te deseo, Nikos —susurró, con la respiración agitada.

—Y me tendrás... —respondí, levantándola ligeramente para poder bajarme la cremallera de los pantalones. Se inclinó hacia delante y me besó con una intensidad que me aceleró el corazón.

Bajé a Jessyka para que encajara deliciosamente en mi verga. Gemimos juntos. Le di una ligera bofetada, hundiendo mis dedos en su suave culo, consiguiendo que se diera la vuelta.

Se rindió, con los ojos en blanco, el pelo suelto, meciéndose salvajemente. Con cada movimiento, sentía su calor y la conexión entre nosotros se intensificaba.

—Así, Jess, date la vuelta para mí —susurré, agarrando firmemente su cintura y guiando sus movimientos.

Sus gemidos se mezclaron con los míos, creando una sinfonía de placer. Apoyó las manos en mis hombros, moviéndose con más confianza, dejándose llevar por el deseo que compartíamos.

—Eres perfecta, Jessyka —susurré, deslizando las manos por tu espalda, sintiendo cada curva de tu cuerpo.

Ella arqueó la espalda, ofreciéndose aún más a mí, y yo aproveché para besarle el cuello,

mordisqueando ligeramente la sensible piel. Jessyka se estremeció, intensificando sus movimientos, y sentí que una oleada de placer nos consumía.

—Nikos... —gimió ella, cerrando los ojos y mordiéndose el labio.

Verla así, entregada y vulnerable, era lo más hermoso que había visto nunca. Mis dedos se clavaron más en su piel, sujetándola con fuerza mientras ella se movía con más rapidez e intensidad.

—Ya casi llego...—dije, jadeando, sintiendo que se acercaba el clímax.

Jessyka aceleró sus movimientos, y en un instante explotamos juntos, nuestros cuerpos temblando de placer. Se inclinó sobre mí, exhausta y satisfecha, y yo la envolví en un fuerte abrazo, acariciándole el pelo.

Nos acomodamos en el sofá, aún tocándonos, disfrutando de la intimidad del momento.

—¿Nos vamos a la cama? —sugerí, acariciando su mejilla.

—Vamos —aceptó ella, levantándose lentamente.

Caminamos tomados de la mano hasta el dormitorio, donde nos acostamos abrazados y pronto nos quedamos dormidos.



Jessyka

Capítulo 34

Los días pasaban deprisa. Me esforzaba por aprender griego, quería sentirme más a gusto allí, mientras mi vida con Nikos parecía ir cada vez mejor. Estaba viviendo un sueño...

Esa tarde llegó la profesora y la saludé con una sonrisa y un "hola" en griego.

—Γειά σου ! (¡Hola!) —dije, orgullosa de mis progresos.

Giulia sonrió y sus ojos brillaron de aprobación.

—Πολύ καλ ά, Jessyka! (¡Bien hecho, Jessyka!) —me respondió, animándome a continuar.

Nos sentamos a la mesa del salón, donde había extendido material didáctico. Mientras repasábamos las lecciones anteriores, me sentí más segura, como si empezara a adaptarme de verdad a esta nueva vida.

—Hoy vamos a centrarnos en las frases cotidianas —dice Giulia, mostrando una lista de frases comunes—. Esto te ayudará a comunicarte mejor con todos los que te rodean.

—Es estupendo —respondí, ansioso por saber más.

Pasamos la hora siguiente practicando frases y construyendo diálogos sencillos. Giulia era paciente y hacía que aprender fuera divertido, lo que me ayudó a relajarme y a asimilar mejor la información. A mitad de la clase, Nikos entró en la habitación, observándonos con una sonrisa.

—Jessyka, estás haciendo grandes progresos —dijo sonriendo con aprobación—. Pronto charlarás fácilmente con todo el mundo.

—Eso espero —respondí, riendo.

Tras la lección, Giulia se despidió y prometió volver al día siguiente para continuar.

—Hasta mañana. —Saludó con la mano al marcharse.

Me senté un momento en el salón, reflexionando sobre lo mucho que había cambiado mi vida en los últimos meses. Sentía una mezcla de emoción y nerviosismo por el futuro, pero estaba decidida a que todo funcionara.

Saqué el móvil y envié un mensaje a mi madre, poniéndola al corriente de mis progresos y preguntándole cómo iban las cosas en casa.

Jessyka:

Hola, mamá. Hoy he tenido otra clase de griego y estoy aprendiendo rápido.

¿Cómo están Emma y tú?

Mamá:

Estamos bien, cariño. A Emma le encanta la escuela, y yo conseguí un empleo.

Nos estamos adaptando.

Jessyka:

Me alegra mucho oír eso. Las extraño demasiado.

Mamá:

Nosotras también te extrañamos, pero sabemos que estás haciendo lo mejor para ti y para el bebé. Estamos orgullosas de ti.

Después de hablar con mi madre. Me preparé una taza de té y me senté en el sofá, disfrutando de un momento de tranquilidad. Estaba deseando contarle a Nikos mis progresos y el trabajo de mi madre. Con el tiempo, la vida en Atenas se me hacía más familiar y empezaba a sentirme como en casa.



Nikos

Capítulo 35

—¿Segura que tengo que firmar todos estos documentos hoy? —pregunté a mi secretaria, ordenando la pila de papeles sobre mi mesa.

—Son urgentes, señor —respondió Alice en su tono profesional.

—Pero tengo que salir, Alice —dije, impaciente.

Entrecerró los ojos, curiosa.

—¿Adónde?

Suspiré, sabiendo que no tenía motivos para ocultarlo.

—Voy a llevar a Jessyka a una ecografía. Averiguaremos el sexo del bebé.

Alice abrió los ojos, sorprendida.

—Ah —dijo incómoda.

—Estoy emocionado. —Sentí que se me dibujaba una sonrisa en la cara.

—Ni siquiera le reconozco, señor. —Admitió, aún sorprendida.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño, perplejo.

—Siempre dijo que no iba a atarse a nadie.

Me encogí de hombros, sonriendo.

—La vida cambia, Alice.

Ella asintió.

Tomé los documentos más urgentes y los firmé rápidamente, intentando mantener la concentración mientras mi mente estaba ya en la clínica, junto a Jessyka. Terminé y le devolví los papeles a Alice.

—¡Ya basta, Alice!

—Pero...

—Si algo es muy urgente, llévaselo a Petros para que lo firme. —Me levanté enfadado y tomé la chaqueta del respaldo de la silla—. Me voy ahora mismo —dije, levantándome y tomando mi chaqueta.

—De acuerdo, señor... —murmuró torpemente.

Salí corriendo de la oficina, bajé por el ascensor y caminé hasta el estacionamiento. Me subí al coche y conduje hasta casa. El tráfico era más caótico de lo habitual, pero mi ansiedad hacía que el tiempo pareciera aún más lento.

Por fin llegué a casa, y cuando entré, me encontré a Jessyka esperándome en el salón, con una sonrisa ansiosa en la cara.

—Ya estoy en casa —solté un suspiro, un poco sin aliento.

—Creía que íbamos a llegar tarde. —Pasó la mano por la correa de su bolso, torpemente.

—No lo haremos. —Sonreí, un poco más confiado—. ¿Estás lista? —Extendí la mano, intentando contener mi propia excitación.

—Lista —respondió, tomándome de la mano mientras la llevaba al coche.

Nos dirigimos a la clínica, la conversación fluyó con naturalidad sobre nuestras expectativas para la ecografía. Me acarició el vientre de vez en cuando y sentí que me invadía una oleada de ternura y responsabilidad.

Cuando llegamos a la clínica, aparcamos y entramos. Nos recibió la recepcionista, que nos dirigió a la sala de espera. Jessyka estaba visiblemente nerviosa, y yo la tomé de la mano, intentando transmitirle calma.

Por fin nos llamaron para que entráramos en la sala de ecografías. La doctora, una mujer amable y profesional, nos saludó y pidió a Jessyka que se acostara en la camilla.

—Veamos a quién tenemos aquí —dijo la doctora, extendiendo el gel sobre el estómago de Jessyka y comenzando el examen.

El latido del corazón del bebé llenó la habitación y sentí que mi alma se aceleraba de

emoción.

—Parece que tenemos un niño aquí —anunció la doctora con una sonrisa.

Jessyka y yo nos miramos, sonriendo, con los ojos llorosos de emoción.

—Un niño... —murmuré, incrédulo y emocionado.

—Vamos a tener un bebé, Nikos —dijo Jessyka, tomándome la mano con fuerza.

—Sí, así es... —respondí, sintiéndome indescriptiblemente feliz.

Nos quedamos mirándonos un momento hasta que me levanté.

—¿Va todo bien con ella y el bebé? —pregunté a la doctora, intentando contener la ansiedad en mi voz.

—Sí, papá. El bebé se está desarrollando según lo esperado para esta edad gestacional y la tensión arterial de la madre también es muy buena, sin signos de complicaciones —respondió la doctora con una sonrisa tranquilizadora.

Suelto un suspiro de alivio, sintiendo que me quito un gran peso de encima.

—¡Genial! —Me solté y, sin pensarlo demasiado, pregunté—. ¿Podemos seguir teniendo sexo normalmente?

—¡Nikos! —Jessyka se puso más roja que su pelo, ruborizándose intensamente.

La doctora se rió, sacudiendo la cabeza.

—Sí, pueden, siempre que Jessyka se sienta cómoda —contestó, todavía riendo.

—Gracias —dije, sintiéndome más aliviado.

Jessyka me miró con desaprobación, pero en sus ojos había una sonrisa juguetona.

—Vamos —dijo, levantándose de la camilla.

La doctora nos entregó unas fotos de la ecografía y nos deseó buena suerte. Salimos de la clínica tomados de la mano, absortos los dos en la emoción del momento.

Subimos al coche y, mientras conducíamos, no podía dejar de mirar a Jessyka y la

pequeña foto que llevaba en la mano.

—Un niño... —volví a murmurar, más para mí mismo que para ella.

—Sí, un niño —respondió sonriendo.

La miré, sintiendo una oleada de felicidad y ansiedad al mismo tiempo.

—¿Qué te parece si vamos a comprar las cosas para el cuarto del bebé? —sugerí de repente, un impulso que no pude contener.

—¿Pero ya? Faltan unos meses para que nazca. —Ella arqueó las cejas, sorprendida.

—¿Por qué no?

—Está bien. —Sonrió, cediendo a mi excitación.

Cambié la dirección del coche e hice un giro en U, entrando en una tienda de bebés que siempre veía de camino a la oficina.

¡Voy a ser un puto padre!

La realidad me golpeó de lleno y abracé aún más esa nueva realidad.

Cuando llegamos a la tienda, aparqué el coche y bajé rápidamente, dando la vuelta para abrirle la puerta a Jessyka. Me tomó de la mano y entramos juntos en la tienda.

La habitación estaba llena de colores suaves y música relajante. Las estanterías estaban llenas de pequeños conjuntos de bebé, juguetes y muebles. Recorrimos los pasillos, explorándolo todo con una mezcla de curiosidad y alegría.

—¿Qué te parece esta cuna? —pregunté señalando una cuna de madera blanca con delicados detalles.

—Es preciosa —replicó Jessyka, tocando suavemente la madera—. Pero quizá deberíamos pensar en otra cosa...

—¿Más? —Insistí en que terminara la frase.

—Barata... —se mordió el labio inferior, torpemente.

—No te preocupes por eso. —Reí.

—Veamos más opciones.

Asentí con la cabeza. Seguimos caminando, eligiendo pequeños objetos y discutiendo cada detalle. Me ayudó a darme cuenta de lo comprometidos que estábamos con esta nueva etapa de nuestras vidas.

—¡Mira este conjunto de ropa! —exclamó Jessyka, mostrando un pequeño mameluco azul.

—Perfecto para nuestro pequeño. —Sonreí imaginando a nuestro hijo con ese mameluco.

—Parece mentira que estemos haciendo esto —dice con una sonrisa de ensueño.

—Lo sé, lo sé. —Acaricié su mejilla, perdiendo mi mirada en la suya durante unos instantes.

Mientras seguíamos explorando la tienda, se nos acercó una vendedora, sonriente.

—¿Puedo ayudarle en algo? —preguntó en tono amistoso.

—En realidad, sí —dijo Jessyka, mirándome antes de continuar—. Estamos montando la habitación de nuestro bebé y necesitamos algunas sugerencias.

La vendedora asintió con entusiasmo.

—Por supuesto. Tenemos varias opciones. ¿Ya tiene algo en mente?

—Queremos algo delicado pero elegante —respondí, pasando el brazo por la cintura de Jessyka.

La vendedora nos llevó a una sección con muebles y accesorios diversos. Nos enseñó cunas, cambiadores y sillones de lactancia. Jessyka lo miraba todo con ojos brillantes, claramente encantada.

—Esta cuna es preciosa —dije señalando un modelo de madera clara.

—Estoy de acuerdo —respondí, acariciándole la espalda—. ¿Qué te parece? —le pregunté a la vendedora.

—Es una de las más populares. Es segura, cómoda y combina bien con diversos estilos de

decoración —explica.

—Llevaremos esta entonces —decidí.

Pasamos algún tiempo más eligiendo ropa, sábanas y juguetes pequeños. La vendedora nos ayudó a encontrar todo lo que necesitábamos, incluido un cochecito y una silla para el coche.

—Creo que lo tenemos todo —dijo Jessyka, mirando las bolsas y los objetos acumulados.

—Sí, creo que estamos listos. —Sonreí, satisfecho.

Al cabo de un rato, salimos de la tienda con unas cuantas bolsas llenas de artículos para bebés.

¡Voy a ser papá!

Esta nueva realidad aún me sorprendía, pero cada vez estaba más implicado y contento. Me sentía preparada para esta nueva etapa de mi vida, sin lamentar el pasado indecente que decidía abandonar.

—Estoy muy contenta, Nikos —dijo Jessyka, mientras metíamos la compra en el coche.

—Yo también. —Le di un beso rápido y la abracé, respirando el suave aroma de su pelo.

Subimos al coche y conduje hasta casa.



Jessyka

Capítulo 36

Después de cenar, Nikos puso una película en el enorme televisor. Todavía me asombraban todas las habitaciones de aquella casa. Había incluso un pequeño cine. Era difícil creer que hubiera vivido allí solo durante tanto tiempo.

Me acomodé en el sofá, recostada sobre su regazo, y él empezó a acariciarme la cabeza. Sus dedos se deslizaron por mi pelo, transmitiéndome una sensación de confort y tranquilidad.

—Esto es tan agradable —murmuré, cerrando los ojos un momento.

—Me alegro de que te guste —respondió con voz suave.

La película empezó, pero mi mente estaba muy lejos. Pensaba en nuestra visita a la tienda de bebés, en las cosas que habíamos comprado y en la realidad de que en unos meses tendríamos un niño en brazos. Abrí los ojos y miré a mi alrededor. La sala de cine era impresionante, con butacas de cuero y una pantalla enorme. El ambiente era acogedor, perfecto para una noche de cine.

—Nikos —lo llamé, girándome ligeramente para mirarlo.

—¿Sí? —Siguió acariciándome el pelo y volvió a centrar su atención en mí.

—Gracias por todo.

Una sonrisa que iluminaba su rostro de un modo que me hacía sentir segura.

—No es como si no estuviera haciendo algo que quiero.

—¿Y lo quieres? —pregunté, todavía con un toque de duda en la voz.

—Lo quiero mucho... —Nikos se inclinó para besarme y me acarició el vientre, que ya iba tomando forma.

Suspiré y le devolví el beso, sintiendo que me envolvía una oleada de calidez y bienestar.

—¿Cómo vamos a llamarlo? —pregunté, mirándole fijamente mientras se alejaba.

Nikos se mordió el labio pensativo.

—Aún no lo sé... pero creo que debería ser un nombre que signifique algo para los dos.

—Estoy de acuerdo —respondí, pasando suavemente los dedos por su mejilla—. Podemos pensarlo juntos. Elegir algo especial.

Asintió, con una suave sonrisa en los labios.

—¿Qué tal... algo que recuerde a nuestros orígenes? ¿Un nombre griego, tal vez?

Reflexioné un momento, y me gustó la idea.

—Podría ser una buena idea. Hagamos una lista, pensemos en algunas opciones.

Me acurruqué más contra él y apoyé la cabeza en su pecho.

—Me alegro de que estés conmigo en esto —murmuré.

—Yo también, Jessyka. —Me acarició el hombro y sentí la serenidad del momento.

La película seguía proyectándose en la pantalla, pero nuestra atención estaba completamente centrada en el otro y en el futuro que estábamos construyendo juntos.

—¿Qué te parecería comer con mi familia este fin de semana? —preguntó Nikos despreocupadamente.

—¿Tu familia? —Abrí los ojos con sorpresa.

—Sí. —Me besó en el hombro—. Creo que ya es hora de que los conozcas.

—Pero... —balbuceé, sintiendo un escalofrío en el estómago.

—Todo va a salir bien. —Sonrió, tratando de tranquilizarme.

—¿Y si no les caigo bien? —La preocupación en mi voz era evidente.

—Claro que les caerás bien. —Me sujetó la cara con las manos, haciéndome mirarle fijamente—. Eres increíble, Jessyka. Lo verán.

Suspiré, intentando calmar los nervios. La idea de conocer a la familia de Nikos me ponía ansiosa, pero al mismo tiempo sabía que era un paso importante.

—De acuerdo... hagámoslo —acepté, aunque seguía sintiéndome un poco aprensiva.

—Estupendo. —Sonrió, complacido—. Avisaré a todos. Será una gran oportunidad para que conozcas mejor la cultura griega también.

Nikos volvió a acariciarme el pelo, su suave tacto me tranquilizó.

—¿Y si pensamos algunos nombres para el bebé de aquí a entonces? —sugerí, tratando de desviar mis pensamientos de la ansiedad.

—Claro que podemos hacerlo —respondió, con un brillo en los ojos—. Hagamos una lista y elijamos.

Asentí, sintiéndome un poco más tranquila.

—Te amo, Jessyka.

Su declaración me tomó por sorpresa y me paralizó unos instantes mientras la procesaba.

—Yo también te amo, Nikos —confesé, sintiendo que se me calentaba el corazón.



Nikos

Capítulo 37

Estaba deseando presentar a Jessyka a mi familia. Mis hermanos habían oído hablar de ella, pero no la conocían personalmente. También estaban mis padres.

Nos levantamos temprano el domingo por la mañana. Jessyka se puso un precioso vestido de encaje que caía sobre su creciente barriga. Subimos al coche y conduje hasta casa de mis padres. Por el camino, intenté mantener la calma, pero mi mente iba a toda velocidad.

—Todo va a salir bien —le dije, apretándole suavemente la mano mientras conducía.

Sonrió, pero pude ver la tensión en sus ojos.

Cuando llegué, vi los coches de Petros y Maximus en la entrada.

—Parece que ha llegado todo el mundo —comenté, aparcando el coche.

Salimos y me dirigí a la puerta, tomando a Jessyka de la mano. Llamé al timbre y, segundos después, mi madre abrió la puerta con una cálida sonrisa.

—¡Nikos! —exclamó, tirando de mí para abrazarme—. Y tú debes de ser Jessyka. ¡Bienvenida!

—Gracias, señora... —empezó Jessyka, un poco dudosa.

—Oh, cariño, llámame Eleni. —Mi madre se rió y también la abrazó—. Pasa, pasa. Todo el mundo está deseando conocerte.

Entramos en la casa y nos recibió el resto de la familia. Petros y Maximus vinieron a saludarnos, ambos con sonrisas curiosas.

—Así que esta es la famosa Jessyka —dijo Petros, estrechándole la mano.

—Es un placer conocerte por fin —añadió Maximus, dándole un abrazo.

—El placer es mío —respondió Jessyka, un poco más relajada.

Llevé a Jessyka al salón, donde ya estaba sentado mi padre. Se levantó y se acercó a mí.

—Bienvenida a nuestra casa, Jessyka —la saludó con una cálida sonrisa.

—Gracias, señor... —respondió ella, con un ligero nerviosismo en la voz.

—Thanos. —Extendió su mano.

—Es un placer.

Nos sentamos y empezamos a charlar. El ambiente era relajado y Jessyka parecía sentirse cada vez más a gusto. Mi madre sacó una bandeja con aperitivos y bebidas, y todo el mundo se sentó a comer.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó mi madre, mirando a Jessyka con interés.

Jessyka sonrió, mirándome como pidiéndome ayuda.

—Nos conocimos en un hotel de Sicilia —empecé a explicar—. Jessyka trabajaba allí y, bueno, las cosas sucedieron rápidamente.

—Mi hijo no sabe comportarse delante de una mujer hermosa... —lamentó mi madre.

Tragué saliva; por primera vez, ese tipo de comentarios me molestaba, pero Jessyka actuó con normalidad.

—Fue inesperado, pero muy especial —añadió Jessyka con una tímida sonrisa.

Al cabo de un rato, mi madre se levantó y nos llamó a la mesa. La comida estaba deliciosa y la conversación fluía con naturalidad. Jessyka y mi madre intercambiaban recetas, Petros contaba anécdotas divertidas de su infancia y Maximus hablaba de su trabajo.

—¿Ya han pensado en nombres para el bebé? —preguntó mi madre entusiasmada.

—Estamos pensando en unos cuantos —respondí, mirando a Jessyka—. Pero aún no lo hemos decidido.

—Estoy segura de que elegirán alguno bonito —dijo con una sonrisa.

Terminó la comida y todos se levantaron para seguir charlando en el salón. Sentí que era un paso importante en nuestro camino juntos, y la aceptación de mi familia significaba mucho.

Al final del día, nos despedimos con cálidos abrazos y promesas de más encuentros. De

camino a casa, Jessyka suspiró mirándome mientras yo mantenía la atención en la carretera.

—Fue un día maravilloso. —Apoyó la cabeza en mi hombro mientras yo conducía.

—Sí, lo fue. Y vendrán muchos más —respondí, acariciándole suavemente el pelo.



Jessyka

Capítulo 38

Después de que Nikos se fuera a trabajar, me estiré en la cama, sintiendo el silencio en la casa. Me levanté y caminé por el pasillo hasta la habitación del bebé, donde ya habíamos colocado los muebles. La cuna vacía aumentó mi ansiedad, y me acerqué a ella, tocándola ligeramente con los dedos.

Me toqué el estómago, sintiendo el pequeño movimiento en mi interior y una sonrisa involuntaria apareció en mis labios.

—Hola, pequeño —dije suavemente—. Estamos deseando que llegues.

Le acaricié el vientre con cariño, imaginando cómo sería tenerlo en mis brazos. La habitación estaba iluminada por la suave luz del sol de la mañana y la casa parecía increíblemente tranquila.

Decidí organizar algunas prendas que habíamos comprado recientemente. Tomé las prendas pequeñas y empecé a doblarlas con cuidado, pensando en lo importante que era cada detalle. La suavidad del tejido, los colores elegidos con tanto cuidado, todo parecía perfecto para nuestro pequeño.

Mientras me organizaba, oí el sonido de unos pasos suaves y me di la vuelta para encontrar a Diana en la puerta con una cálida sonrisa.

—¿Puedo ayudarte?

Sonreí y asentí, agradecida por la ayuda. Trabajamos juntas, doblando la ropa y ordenando la habitación. El idioma ya no era una barrera, y la buena voluntad y la paciencia de Diana lo hacían todo más fácil.

Después de un rato, nos sentamos en el suelo, admirando nuestro trabajo.

—Está quedando hermoso, ¿verdad? —comenté, mirando a Diana.

Ella asintió, sonriendo.

—Será perfecto para el bebé. Serás una gran madre.

Sentí un calor en el pecho ante sus palabras y me permití relajarme un poco más.

Cuando Diana se fue, saqué el móvil y envié un mensaje a mi madre.

Jessyka:

Hola, mamá. ¿Cómo estás hoy?

Mamá:

Hola, cariño. Estamos bien. Emma se fue a la escuela y yo me estoy preparando para el trabajo. ¿Qué hay de ti?

Jessyka:

Estamos bien. Organizando la habitación del bebé. Se mueve mucho, creo que está ansioso por llegar.

Mamá:

Me alegro de oírlo. Espero que todo salga bien.

Jessyka:

Gracias, mamá. Las echo de menos a las dos.

Mamá:

Nosotros también te echamos de menos, pero sabemos que eres feliz. Eso es lo que importa.

Después de colgar, sentí una nueva oleada de ansiedad. Cada día estaba más cerca de tener a nuestro bebé en brazos.

Pasé el resto del día organizando más cosas y pensando en cómo la vida había cambiado tan drásticamente en tan poco tiempo. Cuando Nikos llegó a casa, sentí una oleada de felicidad al

verlo.

—¿Qué tal el día? —le pregunté, mientras se acercaba para besarme.

—Estaba ocupado, pero ahora estoy aquí contigo —respondió sonriendo—. ¿Y cómo te ha ido el día?

—Bien. Diana me ayudó a organizar la habitación del bebé y hablé con mi madre. Todos estamos bien.

Sonrió, con cara de satisfacción.

—Estupendo. Vamos a cenar y luego podemos ver una película, ¿qué te parece?

—¡Perfecto!

Estaba más feliz con Nikos de lo que podría imaginar y todo estaba perfecto.



Nikos

Capítulo 39

Estaba en mi despacho, sosteniendo la caja con el anillo de diamantes, sonriendo mientras imaginaba el momento en que le pediría a Jessyka que se casara conmigo. Me invadía la felicidad, un sentimiento poco frecuente que estaba aprendiendo a apreciar.

Tardé un rato en darme cuenta de que Alice había entrado. Se detuvo ante mi mesa con expresión curiosa.

—¿Va a pedirle que se case con usted, señor? —preguntó con tono neutro, pero algo en su mirada denotaba inquietud.

—Es lo correcto. Estoy feliz, Alice —respondí, sin dejar de admirar el anillo.

Vaciló, como si estuviera meditando sus próximas palabras.

—¿No cree que se arrepentirá? —Lo puso sobre mi escritorio y se cruzó de brazos.

Levanté la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Por qué iría a arrepentirme?

Alice se encogió de hombros, evitando mi mirada.

—No lo sé —dijo, dejando entrever una ligera tensión—. Las cosas pueden cambiar, la gente puede cambiar.

Me quedé un momento en silencio, estudiando su expresión. Sabía que no le gustaba mi relación con Jessyka, pero no entendía por qué.

—Alice, sé que es un gran paso. Pero estoy seguro de esto.

Suspiró.

—Solo quiero que sea feliz. —Me miró fijamente.

—Y lo seré —le aseguré, cerrando la caja del anillo con un suave chasquido—. Jessyka me hace feliz de una forma que nunca imaginé posible.

Alice asintió, pero me di cuenta de que aún quedaba algo por decir. Decidí no presionarla. Volví a concentrarme en los documentos de la mesa.

Al cabo de un rato, terminé de trabajar y me preparé para volver a casa. Estaba deseando ver a Jessyka. Justo cuando estaba a punto de irme, Alice entró de nuevo con un montón de documentos.

—Señor, estos papeles tienen que ser revisados y firmados hoy. —dijo, colocando la nueva pila sobre mi escritorio.

Miré los documentos y luego a Alice, sintiendo crecer mi frustración.

—¿Es realmente necesario, Alice? Necesito ir a casa.

—Sí, señor. Son urgentes —respondió con tono firme.

Suspiré, comprendiendo que no tenía elección. Volví a sentarme y empecé a revisar los documentos. La tarde avanzaba y cada vez parecía que la carga de trabajo era mayor para mantenerme en la oficina.

Por fin, cuando terminé, era tarde, pasadas las once de la noche. Recogí mis cosas y salí de la oficina, sintiéndome agotado y un poco irritado. Conduje hasta casa, las calles de Atenas estaban tranquilas a esa hora. La ciudad iluminada parecía tranquila, en contraste con mi mente agitada.

Cuando llegué a casa, vi a Jessyka sentada en el sofá, acariciándose la barriga. Sus ojos se iluminaron al verme, una mezcla de preocupación y alegría.

—Te has tardado mucho —dijo, con tono de preocupación.

—Lo siento —respondí, resoplando mientras me hundía en el sofá a su lado—. Ha sido un día muy largo.

Frunció el ceño, observándome atentamente.

—¿Va todo bien?

—Sí... —Me masajee las sienes, intentando aliviar la tensión.

—No lo parece —insistió en voz baja.

—Lo estará —le aseguré, inclinándome hacia ella y robándole un beso rápido. Sentí su alivio mezclado con afecto cuando me devolvió el beso.

—¡Qué bueno! —Sonrió, acariciándome la mejilla—. Yo estaba preocupada.

Tomé su mano, entrelazando nuestros dedos.

—No te preocupes, me ocuparé de todo.

Jessyka suspiró, apoyando la cabeza en mi hombro.

—Me alegro de que estés aquí. Llevo todo el día pensando en cómo están cambiando las cosas.

—Para mejor, espero —sonreí, acariciando ligeramente su vientre.

Ella asintió.

Me levanté, me sentía cansado y decidí darme una ducha. De camino al baño, fui al armario para elegir un atuendo cómodo. Mientras elegía qué ponerme, saqué el móvil y llamé a mi secretaria.

—Alice, quiero que canceles todas mis citas de mañana —dije con firmeza.

—Pero, señor... —balbuceó al otro lado de la línea.

—Cancélas.

—¿Por qué?

—Tengo otros planes con Jessyka. Voy a pasar el día con ella en el yate.

—Señor, no puede...

—Ocúpate de ello. Buenas noches —concluí, colgando antes de que pudiera seguir discutiendo.

Volví al baño, sintiendo cómo el agua caliente relajaba mis tensos músculos. Permanecí

allí unos minutos, dejando que el estrés del día desapareciera. Cuando terminé, me vestí rápidamente y volví al salón.

Jessyka estaba acomodando unos cojines en el sofá, y yo me acerqué a ella, abrazándola por detrás.

—Mañana será nuestro día —le susurré al oído.

—¿De verdad? —Se volvió hacia mí, sorprendida.

—Sí. He cancelado todas mis citas. Voy a llevarte a dar un paseo.

—¡Estoy impaciente!



Jessyka

Capítulo 40

Me desperté con los suaves besos de Nikos. Sus labios tocaron mi cara, despertándome suavemente.

—Buenos días —susurró, sonriendo.

—Buenos días —respondí, todavía un poco dormida.

Se acostó a mi lado, tirando de mí. Su presencia me reconfortó y me sentí segura entre sus brazos.

Mientras me acurrucaba en él, vi cómo el sol de la mañana entraba por las cortinas, iluminando suavemente la habitación.

—Hoy tengo una sorpresa para ti.

—¿Sorpresa? —pregunté, curiosa y un poco aprensiva.

—Sí, pero tendrás que esperar para averiguarlo.

Me reí, intentando ocultar la ansiedad que empezaba a crecer en mi interior.

—Intentaré ser paciente.

Nos levantamos y bajamos a desayunar. Diana había preparado una mesa llena de manjares, con fruta fresca, pan y jugos naturales. Me senté y empecé a comer, mientras Nikos nos servía café a los dos.

—¿Cómo has dormido? —Se sentó a mi lado.

—Muy bien. —Le sonreí.

—Me alegra oírlo.

Terminé mi café, sintiendo cómo crecía la expectación.

¿Qué planeaba?

—Voy a arreglarme entonces. —Me levanté de la mesa.

Nikos asintió, mirándome con cariño. Fui al dormitorio y elegí una ropa cómoda pero bonita. Quería estar preparada para cualquier cosa que tuviera en mente.

Cuando volví, él estaba listo, vestido de forma informal pero elegante.

—¿Vamos? —preguntó tendiéndome la mano.

—Vamos. —Le tomé de la mano y sentí la excitación palpitando por mis venas.

Subimos al coche y condujo por las calles de Atenas hasta que llegamos al puerto. Me sorprendió ver un yate de lujo esperándonos.

—¿Es aquí? —pregunté, mirando a mi alrededor con asombro.

—Sí, quería que tuviéramos un día propio en alta mar.

Subimos a bordo y el yate navegó sin problemas. Nos sentamos fuera, donde Nikos me sirvió un vaso de jugo de naranja. La brisa marina era refrescante y el sonido de las olas nos envolvía en una tranquilidad que nunca antes había sentido.

—Este lugar es hermoso, Nikos. Gracias por traerme aquí.

Me acercó y me besó suavemente.

—Te mereces todo esto y mucho más, Jessyka.

Sonreí, sintiendo un calor reconfortante en el pecho. No podía ser más feliz. Desde que Nikos me había pedido que nos fuéramos a vivir juntos, mi vida se había convertido en un sueño que nunca había imaginado posible. Era como vivir en un cuento de hadas, cada momento más mágico que el anterior.

Se alejó, arrancó el yate y nos condujo mar adentro. El motor ronroneó suavemente y sentí una ligera vibración bajo mis pies mientras nos alejábamos de la costa. El mar era maravilloso, de un azul cristalino que parecía no tener fin. La luz del sol hacía brillar el agua como si estuviera cubierta de pequeños diamantes.

Suspiré, dejando que el aire fresco y salado llenara mis pulmones. La brisa me acariciaba la cara y mi pelo bailaba al viento. Miré a mi alrededor, maravillada por la inmensidad del

océano y la tranquilidad que ofrecía.

—Qué maravilla —murmuré para mis adentros, encantada por la belleza que me rodeaba.

Al cabo de un rato, Nikos detuvo el yate en medio del océano. Apagó el motor y volvió hacia mí, con los ojos brillantes de felicidad. Nos sentamos juntos fuera, disfrutando de la serenidad del momento. Me rodeó con sus brazos y nos sentamos en silencio, escuchando el suave sonido de las olas al chocar contra el casco del yate.

Nikos empezó a besarme el cuello, envolviendo mi piel con sus cálidos labios. Cerré los ojos, un escalofrío recorrió mi cuerpo y sentí que se me erizaban los pelos.

—No traje ropa de baño —dije, intentando mantener la voz firme.

—¿Quién dice que necesitas ropa? —Bromeó, con una sonrisa pícaro.

—¡Perverso! —Me reí, dándole un suave empujón en el pecho.

Nos besamos de nuevo, sus manos explorando mi cuerpo con una intimidad que me dejó sin aliento. Sus labios recorrieron mi cuello y mis hombros, mientras sus manos se deslizaban por mi espalda. Escalofríos recorrieron mi piel con cada roce, con cada beso.

Me estremecí, apretando los párpados y rindiéndome a la sensación. Su boca continuó su recorrido por mi cuerpo, provocando sensaciones intensas y haciéndome sentir cada vez más deseosa. Respondí al beso, mis manos recorriendo su pelo mientras el sonido tranquilo del océano nos envolvía.

Observé la cubierta que nos rodeaba, el hermoso yate que parecía un mundo aparte y el horizonte azul que se extendía sin fin. El escenario perfecto para aquel momento de entrega y pasión. El suave viento mecía mi pelo y el sol acariciaba mi piel, haciéndolo todo aún más mágico.

Nikos tiró de mí más cerca, sujetándome la cintura con fuerza. Sentía cómo su respiración se aceleraba y la mía seguía el ritmo. No había prisa, solo ganas de disfrutar cada segundo juntos en aquel entorno paradisíaco.

—Eres preciosa —murmuró contra mis labios, antes de volver a besarme, esta vez con más intensidad.

Me acostó suavemente sobre los mullidos cojines esparcidos por la cubierta de madera, sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que hizo que mi corazón latiera más deprisa. El sonido de la música, el mar y nuestras respiraciones aceleradas se fundieron en uno solo. Nuestros labios volvieron a encontrarse, el beso se hizo más intenso y urgente. Sentía cómo mi cuerpo, y especialmente mi zona íntima, palpitaba cada vez más, anhelando más su contacto.

Sus manos se deslizaron lentamente por mis muslos, moviéndose de un modo que hizo que mi cuerpo se arqueara de anticipación. Cuando sus dedos tocaron las finas bragas que llevaba puestas, acariciándome desde arriba, dejé escapar un suspiro involuntario, abrumada por el placer que aumentaba con cada movimiento.

Me miró fijamente. Su mirada estaba llena de deseo.

—Hermosa... —murmuró con una sonrisa provocadora en los labios.

Sin apartar la mirada, sus dedos separaron mis bragas, haciendo el contacto más íntimo y provocativo. Mis caderas se movieron instintivamente contra su mano, buscando más de la deliciosa fricción. Sus caricias eran hábiles, explorando cada centímetro con una precisión que me dejaba sin aliento. Gemí por lo bajo, la mezcla de sensaciones hacía vibrar mi cuerpo.

Inclinó la cabeza, me besó el cuello y bajó hasta la clavícula; sus labios cálidos y húmedos dejaron un rastro de fuego en mi piel. Mis manos se enredaron en su pelo, tirando de él más cerca mientras deslizaba su lengua por mi cuerpo.

A nuestro alrededor, la cubierta del yate parecía un paisaje de ensueño. Las suaves luces se reflejaban en las oscuras aguas, creando un resplandor que bailaba con las olas. Los cojines de terciopelo y las copas de cristal medio vacías completaban el ambiente.

Mientras seguía tocándome, con sus hábiles dedos acariciándome con un ritmo que me llevaba al borde de la locura, sentí que el mundo que nos rodeaba se desvanecía. Lo único que importaba era el momento presente, el calor de su cuerpo contra el mío y el creciente placer que amenazaba con consumirme por completo.

—Quiero oírte gemir más —susurró contra mi piel, ronco de deseo.

Su mano libre subió por mi cuerpo, apretó mis pechos con firmeza y sus dedos jugaron con mis pezones endurecidos. Gemí con fuerza, incapaz de contener la oleada de placer que me

inundaba. El viento nocturno arrastraba la fragancia del mar, mezclada con el olor a sudor y perfume, creando una atmósfera embriagadora. El yate se mecía suavemente bajo nosotros, y yo me sentía la reina de mi propio reino flotante, con él como mi rey, rendidos los dos al poder y al placer de aquel momento.

—No pares —le supliqué, cerrando los ojos mientras me perdía en la intensidad de sus caricias—. No pares.

Sonrió contra mi piel, rozando sus labios contra mi oreja.

—Nunca me detendré —prometió, intensificando los movimientos de sus dedos, llevándome a un nuevo nivel de placer.

Mi vestido había caído al suelo de la cubierta mientras Nikos seguía besándome, tocando cada parte de mi cuerpo con una lentitud que me hacía estremecer. Sus labios encontraron cada curva de mi cuello, chupando y mordisqueando suavemente, recorriendo mi cuerpo hasta que su cabeza se detuvo entre mis piernas.

El aire cálido de su aliento contra mi piel me hizo arquear el cuerpo, acercando su cabeza, impaciente por su contacto. Cuando Nikos finalmente engulló mi sexo, chupando y lamiendo con una precisión que me hizo gritar, sentí una oleada de placer que parecía no tener fin.

Los sonidos de la noche se mezclaban con mis gemidos. El suave balanceo del yate, la música de fondo y las olas rompiendo contra el casco formaban una sinfonía que nos arrullaba. Con hábiles movimientos, Nikos exploraba cada parte de mí, su lengua se deslizaba con destreza, haciendo vibrar mi cuerpo.

Me agarré con fuerza a su pelo, guiándole mientras intensificaba su ritmo. Mis manos se aferraron a los cojines que me rodeaban, mis dedos se clavaron en el suave tejido mientras me entregaba por completo al momento. Mis caderas se movían instintivamente, siguiendo el ritmo de los movimientos de Nikos, cada caricia, cada lametón me acercaban al clímax.

Nikos levantó la vista, nuestros ojos se encontraron y una sonrisa llena de picardía se dibujó en sus labios. Tiré de él hacia arriba y nuestros labios volvieron a encontrarse en un beso lleno de deseo. Deslizó una mano por mi espalda, atrayéndome contra su cuerpo, mientras con la otra seguía explorando, provocándome aún más.

—Quiero sentirte entera —murmuró, acercando sus labios a los míos.

Arqueeé la espalda y sentí un escalofrío. Tiré de él más cerca, nuestros cuerpos encajaban a la perfección. Me penetró con un movimiento suave pero firme, llenándome por completo. El calor y la presión me hicieron gemir con fuerza mientras nuestros cuerpos se movían en perfecta sincronía.

Cada embestida era una promesa tácita, cada movimiento una declaración de deseo. El mundo que nos rodeaba desapareció, dejando solo la sensación de nuestros cuerpos juntos, el placer creciendo a cada segundo. La suave luz se reflejaba en el sudor de nuestras pieles, creando un resplandor casi mágico mientras nos movíamos.

Agarré los hombros de Nikos, clavando las uñas en su piel mientras el placer crecía en mi interior como una tormenta a punto de estallar. Tiré de él para darle un beso feroz y nuestros cuerpos se apretaron con más fuerza a medida que nos acercábamos al clímax.

Me puso sobre su regazo, mis piernas a su alrededor, mis gemidos mezclados con los sonidos del mar. Con cada movimiento, me sentía más cerca de la locura, con el placer intensificándose. Ya casi estaba allí cuando me cambió de posición, poniéndome a cuatro patas sobre la cubierta.

Me agarré a los cojines esparcidos por el suelo de madera, arqueando el cuerpo hacia atrás, encontrándome con él a cada empujón. El sonido de nuestras pieles al chocar resonó, mezclado con el susurro de las olas contra el casco del yate.

—Ahhh —gemí, sintiendo cómo me inundaba una oleada de placer.

Nikos sujetaba mis caderas con firmeza, tirando de mí contra él con una fuerza que me hacía ver las estrellas. Sentía el sudor resbalando por mi espalda, el calor de nuestros cuerpos creando una niebla a nuestro alrededor.

—Eres mía —murmuró, con su aliento cálido contra mi piel.

Cada palabra, cada caricia, cada movimiento era un paso más hacia el éxtasis absoluto. Mis gemidos se convirtieron en gritos, cada vez más fuertes, mientras él seguía llevándome al límite.

—No pares, por favor —le supliqué, temblando por la intensidad del momento.

Obedeció y sus embestidas fueron cada vez más rápidas y profundas. Mis dedos se clavaron en las almohadas y todo mi cuerpo temblaba a medida que se acercaba el clímax.

Finalmente, una oleada de placer se extendió por todo mi cuerpo, haciéndome gritar. Sentí cada músculo contraerse, cada nervio arder, mientras Nikos me seguía, sus gemidos mezclándose con los míos.

Nos quedamos así, jadeantes y entrelazados, con la cubierta del yate meciéndose suavemente bajo nosotros. El sonido del mar y la música de fondo crearon el telón de fondo perfecto para el momento de pura conexión y éxtasis que compartimos.

Cuando nuestras respiraciones se calmaron, me acercó más, envolviéndome en sus brazos. Sentí el calor de su cuerpo, el ritmo de su corazón contra el mío. Y por un momento, el mundo se detuvo, dejando solo la sensación de estar exactamente donde estábamos destinados a estar.



Nikos

Capítulo 41

Si pudiera, me quedaría en ese yate con Jessyka para siempre, rodeado de un mar de placer. Sin embargo, la vida me esperaba, sobre todo mis compromisos en la empresa. Al día siguiente, llegué al trabajo. Saludé a mi hermano Petros con una inclinación de cabeza y un firme apretón de manos antes de dirigirme a mi oficina.

La oficina irradiaba poder y eficiencia. Las ventanas del suelo al techo ofrecían una vista panorámica de la ciudad y la Acrópolis a lo lejos. Dejé el maletín sobre el escritorio de madera oscura y me senté en el sillón de cuero para organizar mis pensamientos.

—Tenemos que hablar de la reunión con los inversores —dijo Petros, entrando en la habitación sin ceremonias. Llevaba un montón de documentos y sus ojos brillaban con determinación.

Asentí con la cabeza, ajustando la postura. Tomé los papeles que me entregaba, escrutando cada detalle con atención. El silencio entre nosotros se llenó con el suave sonido del aire acondicionado y el crujido ocasional de las páginas.

—¿Está todo listo para mañana? —pregunté, levantando la mirada para encontrarme con la suya.

—Casi todo. Tenemos que revisar la presentación y asegurarnos de que todas las cifras son correctas. No podemos permitirnos cometer errores.

Acepté, consciente de la importancia de aquella reunión.

—Reunámonos en la sala de conferencias dentro de una hora —anuncié, volviendo a mi mesa y concentrándome en actualizar y comprobar la información de los informes.

Petros asintió y salió de mi despacho.

A la hora acordada, me levanté y me dirigí al pasillo. La sala de conferencias estaba impecablemente dispuesta, con la mesa de mármol pulido reflejando la suave luz de las lámparas. Nos sentamos uno al lado del otro, con los portátiles abiertos y los gráficos

proyectados en la pantalla frente a nosotros. Discutimos cada punto de la presentación, ajustando detalles y perfeccionando la estrategia.

El tiempo pasó rápidamente y pronto estuvimos listos.

—Va a ser un éxito. Lo tenemos todo bajo control. —Petros se levantó y me tendió la mano.

—Por supuesto que sí. Siempre lo tenemos. —Le estreché la mano, con confianza.

La reunión con los inversores comenzó puntualmente. Una videoconferencia, ya que estaban en Estados Unidos. La nítida imagen de la pantalla mostraba los rostros atentos de los participantes, todos a la espera de los resultados. Empecé la presentación con confianza, destacando las cifras prometedoras y los planes estratégicos para el próximo trimestre.

Petros, a mi lado, intervino de vez en cuando, reforzando nuestros argumentos con datos adicionales. El entusiasmo de los inversores era evidente, sus expresiones revelaban satisfacción a medida que cada gráfico confirmaba nuestras optimistas previsiones.

Cuando terminó la reunión, un suspiro de alivio recorrió la sala. Petros me dio una palmada en la espalda, sonriendo satisfecho.

—Lo hicimos bien, hermano.

Me limité a asentir, sintiendo cómo la adrenalina seguía recorriendo mi cuerpo. Lo único que quería ahora era volver con Jessyka y a casa.

Me despedí de mi hermano y volví a mi despacho, dispuesto a guardar mis pertenencias y marcharme. Cuando entré, Alice, mi secretaria, apareció en la puerta con una pila de documentos y una expresión de disculpa.

—Nikos, hay algunos asuntos pendientes que necesitan tu firma y algunas reuniones que se han reprogramado.

Tomé los papeles de sus manos y los hojéé rápidamente. Cada uno parecía más urgente que el anterior. Sintiendo que el cansancio empezaba a apoderarse de mí, volví a sentarme a la mesa, intentando concentrarme en las tareas que tenía por delante.

—Tráeme un café, por favor —pedí, sabiendo que tendría que trabajar toda la noche.

Las horas pasaron entre contratos, llamadas telefónicas y decisiones rápidas. Las luces de la ciudad empezaban a parpadear al amanecer y yo seguía en mi despacho, luchando por mantenerlo todo bajo control. La pila de papeles nunca parecía disminuir, y cada nueva tarea venía acompañada de una urgencia que no podía ignorarse.

Finalmente, cuando el reloj marcó la una de la madrugada, estampé mi última firma en un documento y me recosté en la silla, exhausto. Miré por la ventana, viendo cómo empezaba a clarear el horizonte.

Me levanté y tomé mi abrigo, sintiendo que mis tensos músculos protestaban. Me despedí de Alice, que seguía en recepción con una expresión de cansancio similar a la mía.

—Vete a casa y descansa —le dije, tratando de ofrecerle algo de consuelo.

Salí de la empresa, caminando hacia mi coche. No podía entender cómo el trabajo se me estaba yendo de las manos de esta manera, pero necesitaba encontrar un equilibrio. Subí al coche y conduje hacia mi refugio, añorando a Jessyka y las comodidades del hogar.



Jessyka

Capítulo 42

Nikos no volvió a casa anoche, y fue imposible no pasar la noche en el sofá esperándole. Le mandé mensajes a mi madre hasta que se durmió, pero no fueron suficientes para distraerme del todo. La barriga me pesaba cada vez más, pero los movimientos del bebé me reconfortaban un poco.

Probablemente solo esté ocupado con cosas del trabajo, me dije en mis pensamientos, tratando de calmar mi mente inquieta.

El móvil vibra sobre la mesita y mi corazón se acelera, pensando que podría ser Nikos. Tomé rápidamente el aparato, solo para sorprenderme con un mensaje de remitente desconocido.

Te está engañando.

Debajo del mensaje había una foto de Nikos con una mujer rubia. Se me aceleró el corazón y me invadió una sensación de vacío. Mis ojos se fijaron en la imagen, tratando de encontrar una explicación, algo que me indicara que aquello no era lo que parecía.

Me levanté del sofá, caminando de un lado a otro en la sala. Las paredes parecían cerrarse a mi alrededor, y el silencio de la casa no hacía sino aumentar la angustia. Cada movimiento del bebé en mi vientre era un recordatorio de lo que estaba en juego.

—No puede ser verdad —murmuré, tratando de disipar el miedo que se instalaba en mi pecho.

Volví a mirar la foto, analizando cada detalle. Nikos parecía relajado, riendo junto a la mujer, envolviéndola con una cercanía que me inquietaba.

Volví a sentarme en el sofá, intentando respirar hondo y organizar mis pensamientos. Tenía que enfrentarme a él, pero no sabía cómo ni cuándo. El cansancio de la noche en vela y la

tensión emocional empezaban a hacer mella en mí y me costaba pensar con claridad.

Volví a tomar el móvil y escribí un mensaje a Nikos. Me temblaban las manos, y las palabras parecían insuficientes para expresar la tormenta que había en mi interior.

Jessyka:

Tenemos que hablar. Es urgente.

Envié el mensaje y esperé, mirando fijamente la pantalla, esperando una respuesta que nunca llegó. El tiempo pasaba lentamente, y cada minuto parecía una eternidad.

Me levanté y fui a la cocina, intentando hacer algo para ocupar mi mente.

La tetera silbó y me preparé una taza de té, aunque la idea de beber algo caliente no me reconfortaba. Me senté a la mesa, con la mirada fija en la taza humeante, aspirando el aroma de la manzanilla, tratando infructuosamente de calmar mis nervios.

El móvil volvió a vibrar y el corazón me dio un vuelco. Lo tomé a toda prisa, esperando que fuera Nikos, pero solo era una notificación de las redes sociales. Dejé escapar un suspiro frustrado, sintiendo que mi esperanza se marchitaba un poco más.

La mañana avanzaba y yo seguía inmersa en una mezcla de miedo e incertidumbre. Necesitaba encontrar la manera de afrontarlo, de enfrentarme a la situación con Nikos y descubrir la verdad que se ocultaba tras aquella foto.

Me levanté y fui al dormitorio, decidida a darme una ducha y prepararme para cuando Nikos llegara de una vez por todas. Tenía que ser fuerte, por mí y por el bebé.

Mientras el agua caliente corría por mi cuerpo, sentí que la tensión se disolvía un poco, aunque la preocupación seguía ahí. Necesitaba respuestas, y solo él podía dárme las.



Nikos

Capítulo 43

Estaba exhausto, irritado y de muy mal humor. Odiaba tener que quedarme así en la empresa. El exceso de trabajo me estaba agotando. Lo peor de todo era que nada era tan urgente como mi secretaria hacía parecer. Tenía la sensación de que intentaba retenerme en la empresa a propósito. Lo cual no tenía sentido.

Por fin llegué a casa. Aparqué el coche en el garaje y bostecé, sintiendo el cansancio que pesaba sobre mis hombros. Me aflojé la corbata mientras caminaba hacia la entrada, esperando que Jessyka ya estuviera despierta. Me moría de ganas de verla, estaba ansioso, la echaba de menos y sabía que su sonrisa alejaría mi mal humor.

Al abrir la puerta, me recibió el suave aroma del perfume de Jessyka mezclado con un ligero aroma a té de manzanilla. La habitación estaba en silencio, excepto por el sonido distante de la radio que tocaba una melodía tranquila.

—Jessyka —llamé, esperando verla aparecer en cualquier momento.

Salió de la cocina, pero en lugar de la sonrisa de bienvenida que esperaba, encontré lágrimas en sus ojos. Su rostro estaba marcado por el dolor y la angustia, y el corazón se me apretó en el pecho al verla así.

—¿Qué te ha pasado? —Me acerqué rápidamente, intentando comprender.

Apartó la mirada, pero las lágrimas seguían cayendo por su rostro.

—¿Dónde estuviste anoche, Nikos?

Fruncí el ceño, confuso.

—En la empresa. Tuve que resolver muchos problemas. Ya sabes lo caótico que ha sido.

—¿Por qué me mientes? —Ella negó con la cabeza, apretando los labios.

—¿Mentir? —Fruncí el ceño aún más—. ¿Por qué dices eso, amor?

—¿Pasaste la noche con otra mujer? —acusó, con la voz cargada de dolor.

—¿Qué? —Abrí los ojos, sorprendido por su sospecha—. Por supuesto que no. Estaba trabajando. ¿De dónde has sacado eso? —Resoplé, en una mezcla de preocupación y enfado.

Puedo tener muchos defectos, pero mentir nunca ha sido uno de ellos.

—He recibido un mensaje. Una foto tuya con otra mujer. Decía que me estabas engañando. —El dolor en su voz llenó el ambiente que nos rodeaba, y sentí que se me formaba un nudo en el estómago.

—Jessyka, eso no es cierto. Estuve trabajando hasta tarde. No había más que reuniones e informes.

Me enseñó el mensaje y la foto de su móvil. La foto me mostraba junto a una mujer rubia, riendo. Miré la foto, intentando recordar el momento, desde luego no había sido anoche.

¿*Qué mierda era eso?* La foto era vieja, la rubia no era más que una de las muchas aventuras que había tenido. Tomé las manos de Jessyka, y su llanto se hizo aún más intenso.

—Pensé que querías estar conmigo... —murmuró entre sollozos.

—¡Y quiero! —casi grité—. Esa foto no es de anoche. Es de hace al menos dos años. Una modelo con la que salí una vez. Nunca te he ocultado que he tenido muchas aventuras.

—Sí, pero...

—No es de ayer, no lo es, ahora estamos juntos —interrumpí.

—Entonces, ¿por qué recibí esta foto? —Me miró, confusa y dolida.

—No lo sé. Pero voy a averiguar quién lo hizo. —Apreté los dientes, sintiendo cómo crecía mi irritación.

La estreché entre mis brazos. Todavía llorando, hundió la cabeza en mi pecho. Intenté consolarla acariciándole el pelo. Estaba furioso, enfadado. Quería averiguar quién había hecho esto para separarnos.

—No voy a dejar que esto nos separe. —La apreté más contra mí, sintiendo su respiración entrecortada.

Jessyka me miró, aún con lágrimas en los ojos.

—¿Prometes que averiguaremos quién hizo esto?

—Te lo prometo. —Besé su frente, decidido a protegerla de cualquier cosa que intentara separarnos—. Superaremos esto juntos. Hablaré con Petros a ver si puede ayudar a investigar. No dejaré que nadie interfiera en nuestras vidas.

Ella asintió, tratando de controlar su llanto.

—Gracias por estar aquí, Nikos.

—Siempre estaré aquí para ti. —Le acaricié la mejilla, secándole las lágrimas.

Nos sentamos en el sofá y Jessyka se acurrucó a mi lado, aún conmovida. Saqué el móvil y envié un mensaje a Petros, explicándole brevemente la situación y pidiéndole ayuda para averiguar quién estaba detrás del mensaje.

El ambiente que nos rodeaba era silencioso, salvo por el suave sonido de la radio y la respiración aún agitada de Jessyka. Le acaricié el brazo, tratando de ofrecerle consuelo. Me sentía aún más decidido a proteger nuestra relación y nuestra familia.

—Vamos a resolver esto, Jessyka. No importa quién esté detrás de este montaje, lo averiguaremos y evitaremos que cause más problemas.

Asintió con los ojos cerrados y apoyó la cabeza en mi hombro. Sentí que la tensión se relajaba un poco.

Cuando Diana llegó, le pedí que vigilara a Jessyka...

Volví a la oficina sin siquiera dormir. El agotamiento pesaba sobre mis hombros, pero era la menor de mis preocupaciones. El imponente edificio de nuestra empresa destacaba sobre el cielo gris de la mañana, sus líneas modernas reflejaban la suave luz del amanecer. Pasé por delante del mostrador de recepción, saludé brevemente con la cabeza a la recepcionista y caminé deprisa por los silenciosos pasillos. El sonido de mis pasos resonaba en las paredes de cristal y acero, y cada paso reflejaba la urgencia de la situación.

Cuando llegué al despacho de Petros, no perdí el tiempo. Abrí la puerta y entré sin llamar. Su despacho era espacioso, con un enorme escritorio de madera oscura y estanterías

llenas de libros y documentos. Grandes ventanales dejaban entrar la luz natural, iluminando la estancia suave y cómodamente. Petros se levantó en cuanto me vio, mostrando la preocupación en su rostro.

—¿Qué ocurre? —preguntó frunciendo el ceño mientras daba un paso adelante.

—Alguien intenta separarme de Jessyka —solté, sintiendo que mi corazón se aceleraba aún más ante la tensión que se acumulaba en mí.

—¿Sabes quién es? —Petros resopló, emitiendo un sonido lleno de irritación.

—No. —Apreté los puños, dejando salir mi frustración con cada palabra—. Le enviaron a Jessyka una vieja foto mía con una mujer, y Jessyka pensó que la estaba engañando. Alguien quiere causar problemas.

Se pasó una mano por el pelo, un gesto típico cuando estaba sumido en sus pensamientos.

—Tenemos que averiguar quién está detrás de esto y por qué.

Asentí, aún apretando los puños con furia.

—Tengo los datos del detective privado que contraté cuando acosaban a Chirly. Podemos llamarlo.

—Por favor...

Petros indicó la silla frente a su escritorio e hizo la conexión. Me senté, sintiendo la tensión en cada músculo de mi cuerpo. El despacho de Petros era amplio y estaba bien iluminado, con muebles modernos y una vista panorámica de la ciudad que contrastaba con la oscuridad de mis pensamientos. Mientras esperaba, miré por la ventana, intentando encontrar algo de calma en el paisaje urbano.

Petros estaba hablando con el detective, explicándole la situación de forma precisa y directa. Sus gestos eran firmes y su expresión reflejaba la misma determinación que yo sentía. Al cabo de unos minutos, colgó el teléfono y se volvió hacia mí.

—Estará aquí lo antes posible.

Volví a asentir con la cabeza, aliviado de contar con la ayuda de un profesional de

confianza.

—Sea quien sea el responsable de esto, no quiero que llegue demasiado lejos.

—Iremos por esa persona, Nikos. No dejaré que se interpongan en tu vida y en la de tu familia —aceptó Petros.

Mientras esperábamos a que llegara el detective, hablamos de posibles sospechosos y repasamos los últimos acontecimientos. Alice se convirtió en una figura central de nuestras sospechas.

—Ha estado haciendo todo lo posible por alejarme de Jessyka, haciéndome llegar tarde a la oficina e inventándose un montón de excusas —comenté, poniéndome de pie de repente, con la rabia burbujeándome en el estómago.

—¡Espera, Nikos! —Petros levantó la mano, deteniendo mi avance—. Necesitamos más información antes de actuar. Si nos enfrentamos a ella sin pruebas, podría destruir cualquier evidencia que pudiera tener.

Me detuve, respirando hondo para controlar mi rabia.

—No puedo seguir esperando mientras Jessyka sufre.

—Entiendo tu frustración, pero tenemos que ser estratégicos. Esperemos al detective. Él sabrá cómo proceder. —Mi hermano me puso la mano en el hombro, tratando de darme algo de su confianza.

Asentí a regañadientes y volví a sentarme.

Parecía que el detective tardaba una eternidad en aparecer. Cada minuto que pasaba aumentaba mi ansiedad y mi sensación de impotencia.

Cuando llegó el detective, entró directamente en el despacho de Petros. Era un hombre de mediana edad, con una postura segura y ojos astutos. Nos saludó rápidamente y se sentó, dispuesto a escuchar los detalles.

Le expliqué la situación, entregándole la foto y el mensaje.

—La enviaron anoche. Tenemos que averiguar quién está detrás de esta trampa y por qué.

—Parece un trabajo interno. Alguien con acceso a tu agenda e información personal. Empezaré la investigación inmediatamente. —El detective analizó detenidamente la foto y el mensaje, examinando cada detalle.

—Aquí están los registros de comunicación, especialmente con nuestra secretaria, Alice. —Petros le entregó los documentos que habíamos preparado.

—Empezaré a trabajar en ello ahora. Manténgame informado de cualquier novedad. —El detective tomó unas notas rápidas y se levantó.

Lo seguí hasta la puerta, sintiendo una mezcla de alivio y ansiedad. Al volver a la habitación de Petros, lo encontré sentado, pasándose los dedos por el pelo, y su cara reflejaba la misma preocupación que yo sentía.

—Esperar es una mierda —resoplé, dejando que mi cuerpo se deslizara por la silla.

—Lo solucionaremos, Nikos —dijo Petros, intentando calmarme—. No dejaremos que nadie destruya lo que Jessyka y tú construyeron.

Intenté respirar hondo, mientras las ganas de hacer algo seguían dando vueltas en mi interior.



Jessyka

Capítulo 44

Diana me ofreció una taza de té caliente, pero negué con la cabeza, agotada.

—No aguanto más té —gruñí—. Lo siento.

—No pasa nada, cariño. —Se sentó a mi lado en el sofá y me acarició la mano, ofreciéndome consuelo—. Es comprensible.

—¿Por qué querría alguien separarnos? —Suspiré, sintiendo el peso de la situación sobre mis hombros.

—El señor Nikos es un hombre rico y guapo. A muchas mujeres les gustaría estar en tu pellejo. —Diana me miró con compasión y empatía.

—Pero, ¿por qué ahora? Estamos construyendo nuestra familia. ¿Quién podría ser tan cruel? —Cerré los ojos, intentando alejar los pensamientos dolorosos.

—El mundo puede ser un lugar difícil, sobre todo para los que tienen mucho que perder. Pero tú y Nikos son fuertes. Lo superarán.

Me acaricié el vientre y sentí que el bebé se movía ligeramente. Este pequeño movimiento me reconfortó un poco y me recordó lo que realmente importaba.

—No quiero que nuestro bebé crezca en la confusión y el dolor.

—Y no lo hará. Tienes a Nikos a tu lado, y él hará lo que sea para protegerte a ti y al bebé. —Diana sonrió, con los ojos llenos de ternura.

Asentí con la cabeza, asimilando sus palabras.

Miré el reloj de la pared, el tiempo parecía alargarse mientras esperaba noticias. La casa estaba en silencio, salvo por el sonido del suave viento que golpeaba las ventanas. El ambiente a mi alrededor parecía tensarse, aumentando mi ansiedad.

Estaba inquieta. Por mucho que Nikos dijera que lo solucionaría y Diana intentara consolarme, seguía teniendo el corazón apretado y la boca seca.

Me levanté del sofá y empecé a caminar, intentando aliviar la tensión.

—Siéntate, por favor —pidió Diana, preocupada.

No obedecí, sintiendo la necesidad de moverme. De repente, un dolor agudo me atravesó, haciéndome gritar. Me llevé la mano al estómago, sintiendo que el pánico se apoderaba de mí.

—¿Qué es lo que pasa? —Diana corrió hacia mí.

—¡Ay! —El dolor irradiaba desde la base de mi espalda y se extendía por todo mi cuerpo—. ¡El bebé! —dije, asustada—. Aún no es tiempo.

—Debes calmarte. Respira hondo. —Diana me ayudó a sentarme.

Ya era demasiado tarde. Las contracciones empezaron a hacerse más frecuentes, cada una más intensa que la anterior. Me sentía cada vez más tensa, el miedo crecía en mi interior. Las manos de Diana me sujetaban firmemente los hombros, intentando darme algo de estabilidad.

—Llamaré a una ambulancia —dijo, tomando rápidamente el teléfono.

Mientras se encendía, intenté concentrarme en mi respiración, pero el dolor era implacable. La casa, antes tan silenciosa, parecía ahora llena de ruidos inquietantes, como si el propio entorno reflejara mi agonía.

—Todo va a salir bien —dijo Diana, volviendo a mi lado después de hacer la llamada.

—No debería estar ocurriendo ahora. —Le apreté la mano, buscando consuelo en el contacto humano.

—La ambulancia está en camino. Respira e intenta calmarte.

Cada segundo parecía eterno mientras esperábamos. El sonido lejano de la sirena de la ambulancia me aliviaba un poco, pero el dolor y el miedo seguían dominando mis pensamientos.

Por fin llegaron los paramédicos, que se movieron rápidamente por la habitación. Mientras me examinaban y me preparaban para el traslado, notaba cómo me corría el sudor frío por la cara. Diana no me soltaba la mano, su presencia era el único ancla en medio del caos.

Me subieron a la camilla y uno de los paramédicos me tranquilizó, explicándome que todo iría bien. Mientras me sacaban en camilla, mis pensamientos se centraban en Nikos. Lo

necesitaba aquí, a mi lado.

—La llevamos al hospital más cercano —dijo uno de los paramédicos, mientras la ambulancia se ponía en marcha.

Diana estaba a mi lado, tomándome la mano y ofreciéndome palabras de consuelo. Me sentía vulnerable, pero al mismo tiempo decidida a superarlo por el bien de nuestro bebé.

Cuando llegué al hospital, me llevaron rápidamente a urgencias. Médicos y enfermeras se movían a mi alrededor, preparándose para el parto.



Nikos

Capítulo 45

El detective confirmó mis sospechas. Alice estaba detrás del complot para separarme de Jessyka. Sentí que la rabia se acumulaba en mi interior hasta convertirse en una furia incontrolable. Salí furioso del despacho de Petros y la encontré sentada tranquilamente en su escritorio, como si nada hubiera pasado.

—¿Por qué has hecho eso? —gruñí, apretando los dientes mientras me acercaba.

Dio un respingo, sobresaltada, con los ojos muy abiertos.

—Te estaba haciendo un favor —respondió, tratando de recomponerse—. No eres un hombre de compromisos.

—¿Favor? —Golpeé la mesa con las manos, haciendo que el sonido reverberara por toda la habitación—. ¿No soy lo bastante hombre para comprometerme? ¡Eso lo decido yo!

Alice dio un paso atrás, confusa.

—Nikos... —Mi nombre escapó de sus labios como si tuviéramos algo de intimidad—. Solo quería protegerte. Jessyka no es adecuada para ti.

Apreté los puños, resoplando como un animal. La furia me invadió.

—¿Cómo te atreves a decidir lo que es mejor para mí? —Di un paso adelante, evidenciando la ira en cada movimiento.

—He estado aquí contigo todo este tiempo y no te has fijado en mí. —Se levantó con lágrimas en los ojos—. Te amo, Nikos. Pensé que algún día te darías cuenta, que llegaría mi momento. Pero ahora llega esta... esta doña nadie, y cambias por completo, incluso dispuesto a casarte. ¡Te estaba protegiendo de un embarazo engañoso!

Su declaración me tomó por sorpresa, pero no disminuyó mi enfado.

—¡Estás despedida! —solté, mi voz salió más fuerte de lo que pretendía.

—Nikos, por favor, solo quería ayudarte. —Empezó a llorar, pero esas lágrimas falsas no

me conmovieron.

Ignoré sus súplicas, abrumado por el odio de haber hecho dudar de mí a Jessyka.

—Fuera de mi vista. ¡Ahora mismo!

Alice se levantó con piernas temblorosas y salió del despacho, sollozando. El sentimiento de traición y rabia aún latía por mis venas. Entré en mi despacho y me senté en la silla, intentando controlar la respiración, pero mi mente seguía dando vueltas por la intensidad de los acontecimientos.

Sonó el teléfono, rompiendo el tenso silencio. Levanté el aparato, tratando aún de calmar mi respiración.

—Señor Nikos... —Oí a mi ama de llaves al otro lado de la línea—. Jessyka está en el hospital, y es urgente.

Mi corazón se detuvo un segundo.

—¿Qué ha pasado?

—Entró en trabajo de parto. ¡Venga inmediatamente!

Lo dejé todo y salí corriendo de la oficina, sintiendo que el miedo sustituía a la rabia. Subí al coche y conduje a gran velocidad hasta el hospital, el tráfico parecía una tortura a medida que transcurría cada segundo.

Al llegar por fin al hospital, me apresuré a entrar en busca de información. Me dirigieron a la sala de maternidad, donde encontré a Diana esperando, con preocupación en el rostro.

—Está ahí dentro —dijo señalando la habitación—. Ya la están atendiendo.

Entré en urgencias y vi a Jessyka acostada en la cama, rodeada de médicos y enfermeras. Corrí a su lado, tomándole la mano.

—Estoy aquí —murmuré, apretando suavemente su mano—. Todo va a salir bien.

Jessyka me miró y vi lágrimas en sus ojos. Sin embargo, sonrió un poco al verme.

—Nikos, nuestro bebé...

—Todo va a salir bien, te lo prometo —le dije, acariciándole la mejilla, intentando transmitirle toda la calma y la fuerza que necesitaba.

La habitación estaba llena de tensión, el sonido de los monitores y las voces de los médicos creaban una escena caótica. Me quedé allí, al lado de Jessyka, tomándole la mano y susurrándole palabras de ánimo, intentando mantener la calma en medio de aquel torbellino de emociones.

Por fin, después de lo que me parecieron horas, oí llorar a nuestro bebé. Miré a Jessyka, sus ojos reflejaban el mismo alivio y alegría que yo sentía. Uno de los médicos se acercó con nuestro hijo en brazos.

—Felicidades, es un niño. Está bien, pero tendrá que quedarse en la incubadora un tiempo.

Jessyka empezó a llorar con una mezcla de alegría y alivio. Le acaricié la cara y le besé la frente.

—Lo hemos conseguido, mi amor. Todo va a salir bien.



Jessyka

Capítulo 46

Mi visión seguía siendo borrosa. La tensión y el cansancio pesaban sobre mí. El dolor había desaparecido, pero la ansiedad persistía. El bebé había nacido prematuro y, a pesar de que el médico me aseguraba que todo iba bien, la preocupación no me abandonaba.

Nikos estaba conmigo y su presencia me reconfortó un poco. Me temblaba la voz y apenas podía hablar. Se me estrujaba el corazón, me sentía vulnerable y asustada. Las enfermeras me revisaron y luego nos dejaron solos en la habitación.

—Todo irá bien —prometió Nikos, tratando de calmarme.

—Nuestro bebé... aún no debía haber nacido. —Mi voz salió débil, reflejando mi miedo.

—Pero el médico dice que está bien. Es solo un poco de tiempo en la incubadora. — Nikos me apretó la mano cariñosamente.

Respiré hondo, tratando de calmar mi corazón todavía tenso. Tenía la boca seca y sed, pero no dije nada. Simplemente me quedé allí, absorbiendo la presencia reconfortante de Nikos.

La habitación estaba en silencio, salvo por el suave sonido de los aparatos médicos. La suave luz de la lámpara creaba un ambiente tranquilo, pero mi mente estaba agitada. Nikos me acariciaba el pelo, sus gestos suaves y constantes ayudaban a aliviar la tensión.

—Estamos juntos en esto —dijo en un tono tranquilo y cariñoso—. Nuestro bebé es fuerte, como tú.

—Solo quiero abrazarlo, saber que está bien. —Asentí, sintiendo una pequeña oleada de calma.

—Y lo hará. Solo necesita un poco de tiempo. —Nikos sonrió, una sonrisa llena de ternura.

Cerré los ojos un momento, intentando concentrarme en mi respiración. Sentía que el cansancio se apoderaba de mi cuerpo, pero la presencia de Nikos y sus reconfortantes palabras

me ayudaban a mantener la calma. Cada segundo que pasaba me parecía más fácil con él a mi lado.

La puerta se abrió suavemente y entró una enfermera con un vaso de agua.

—Aquí tienes, Jessyka. Bebe un poco, te sentirás mejor.

Tomé el vaso con manos temblorosas y bebí pequeños sorbos. El agua fría alivió la sequedad de mi boca y me proporcionó un poco de bienestar físico.

Miré a Nikos, que me observaba con ojos preocupados y atentos.

—Gracias —murmuré, sintiéndome un poco más fuerte.

La enfermera sonrió antes de salir de la habitación, dejándonos solos de nuevo. Nikos me tomó la mano, entrelazando sus dedos con los míos, como si quisiera transmitirme toda la fuerza que poseía.

—Superaremos esto, Jessyka. Nuestro bebé estará bien, y nosotros también.

Asentí, creyendo en sus palabras.

Nikos respiró hondo, como si estuviera a punto de compartir algo importante.

—Descubrí quién estaba detrás del montaje, quién envió esa foto y me mantenía atrapado en la oficina.

—¿Quién era? —Lo miré, sorprendida y ansiosa.

—Mi secretaria, Alice. Estaba intentando separarnos, haciendo todo lo posible para alejarme de ti. —Sus ojos mostraban una mezcla de frustración y alivio al saber por fin la verdad.

—Pero, ¿por qué? —La noticia me dejó atónita por un momento.

—Alice tenía sus propias motivaciones, tal vez sentimientos que no sabía cómo manejar. Pero lo he solucionado. Está despedida y ya no puede hacernos daño.

—Me alegro de que la descubrieras. —Sentí una oleada de alivio, pero también de tristeza por lo que habíamos pasado.

—Lo importante es que ahora estamos juntos y que nuestro bebé está a salvo. —Nikos me acarició la cara, con los ojos llenos de afecto.

En ese momento, sentí que la paz empezaba a volver. Estábamos afrontando nuestros retos juntos, y eso me dio fuerzas.

—Estaba buscando el momento perfecto —comenzó, haciéndome notar una vacilación en su voz—, pero nunca llegó, así que...

—Nikos... —Lo miré, confusa, mientras se arrodillaba junto a la cama del hospital.

Con un suave movimiento, sacó un anillo de su bolsillo. Los ojos se me humedecen de nuevo y el corazón se me acelera. La ansiedad se apoderó de mí y volví a sentir la boca seca.

—Jessyka, ¿quieres casarte conmigo?

Por un momento, el mundo se detuvo. Miré el anillo que brillaba en su mano y luego sus ojos, llenos de amor y expectación. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas sin control, pero esta vez eran de pura felicidad.

—¡Sí, Nikos! —Mi voz salió temblorosa, pero llena de emoción.

Sonrió, esa sonrisa que siempre conseguía calmar mi corazón. Me puso el anillo en el dedo. Sentí el frío metal contra mi piel, y un profundo calor me llenó el pecho.

Nikos se levantó y se inclinó para besarme suavemente. Podía sentir el amor y la promesa en cada caricia. Cuando nos separamos, apoyó la frente en la mía, respirando hondo.

—Prometo estar a tu lado, Jessyka, en todo momento, ya sea bueno o malo. Afrontaremos todo juntos.

—Y te prometo lo mismo, Nikos. Estaremos juntos para siempre. —Apreté su mano, sintiendo la fuerza de nuestro vínculo.

La atmósfera que nos rodeaba pareció llenarse de una nueva luz. Las máquinas y los sonidos del hospital desaparecieron y nos quedamos los dos solos en ese momento de pura conexión. La presencia de Nikos, la certeza de nuestro amor, hacían que todo pareciera posible.

—Te amo, Nikos.

—Yo también te amo, Jessyka. —Me besó intensamente, en un gesto lleno de pasión y promesa.

Nos separamos cuando una enfermera apareció, carraspeando discretamente. Yo estaba desconcertada, con la cara ligeramente sonrojada, mientras Nikos permanecía tranquilo, tomándome la mano con firmeza.

—Siento interrumpir, pero pensé que le gustaría saber que ya puede visitar a su bebé. — La enfermera sonrió, comprensiva.

Asentí con la cabeza, ansiosa por volver a ver a nuestro hijo. Con la ayuda de la enfermera, me levanté de la cama, sintiendo que una nueva energía se apoderaba de mí.

Caminamos juntos por los pasillos del hospital, la suave iluminación y el característico olor a desinfectante nos rodeaban. La mano de Nikos sujetaba la mía con firmeza, transmitiendo fuerza y seguridad. Cuando llegamos a la unidad de neonatos, el ambiente era sereno, con una suave luz que iluminaba las incubadoras donde descansaban los pequeños.

Me acerqué a la incubadora donde estaba nuestro hijo. Parecía tan frágil, pero al mismo tiempo un pequeño guerrero.

Toqué suavemente el cristal, sintiendo un amor profundo e incondicional.

—Es perfecto —murmuré, dejando que las lágrimas rodaran suavemente por mis mejillas.

Nikos se acercó y me pasó el brazo por los hombros.

—Sí, lo es. Y va a crecer fuerte y sano, con todo el amor que podamos darle.

Nos quedamos allí, observando a nuestro hijo, mientras la enfermera nos explicaba sus cuidados y cuánto tiempo tendría que permanecer en la incubadora. Cada una de sus palabras era un alivio, una garantía de que todo iría bien.



Nikos

Capítulo 47

Un mes después...

Volvimos a casa con nuestro bebé. Aparqué el coche en el garaje, salí y me acerqué a ayudar a Jessyka. Tomé el portabebés con nuestro pequeño dentro. Me miró con una sonrisita que me llenó el corazón de alegría.

Entramos en casa y me sorprendió una fiesta de bienvenida organizada por mi familia. Globos de colores decoraban el salón, y una mesa estaba llena de regalos y una gran tarta decorada con el nombre "Heros". Me invadió la emoción cuando vi a todos allí reunidos para darnos la bienvenida.

—¡Bienvenido, Heros! —exclamaron todos al unísono.

Petros fue el primero en acercarse a mí, dándome un fuerte abrazo.

—Nikos, hermano mío, felicidades. Heros es hermoso.

Maximos me siguió, dándome palmaditas en la espalda.

—Realmente es un héroe, hermano. Felicidades a los dos.

Amelia, la más joven, también estaba allí, con los ojos brillantes de alegría.

—Es tan pequeño y perfecto.

Jessyka sonrió a mi lado, visiblemente emocionada. Todos se acercaron a ver a Heros, admirando al pequeño con miradas tiernas. Puse el portabebés en el sofá, para que todos pudieran verlo mejor.

—Míralo, nos sonríe a todos —dijo Jessyka con orgullo.

—¡Es tan hermoso! Estoy deseando pasar tiempo con él. —Amelia se inclinó hacia Heros y le hizo una mueca divertida.

—Nikos, Jessyka, me alegro mucho por ustedes. Heros es un regalo maravilloso. —Mi madre se acercó con los ojos llenos de lágrimas.

Sentí una oleada de gratitud cuando vi a mi familia reunida, a todos tan felices.

—Gracias, mamá. Es bueno teneros aquí con nosotros. —La abracé, conmovido.

—Celebremos la llegada de nuestro pequeño héroe. —Petros abrió una botella de champán y la sirvió a todos los adultos.

Todos levantaron sus copas, brindando por el nuevo miembro de la familia. Jessyka y yo compartimos una mirada llena de amor y satisfacción. Habíamos superado tantos retos y ahora estábamos rodeados de gente que nos quería y nos apoyaba.

Tras los brindis, empezamos a abrir los regalos. Cada uno estaba lleno de amor y cariño, desde ropa de bebé hasta juguetes y accesorios útiles. Heros parecía fascinado por el susurro de los paquetes.

—Esto es de parte del tío Maximos —dijo mi hermano mayor, entregándome un gran regalo—. Espero que te guste, Heros.

Jessyka abrió el regalo y descubrió un enorme oso de peluche.

—¡Maximos, es precioso! A Heros le encantará.

—Y esto es de la tía Amélia. Lo he hecho con todo el cariño del mundo. —Amélia se acercó con un regalo pequeño pero cuidadosamente envuelto.

Jessyka abrió el paquete y descubrió una manta tejida a mano.

—Amelia, es perfecto. ¡Muchas gracias!

A medida que la fiesta continuaba, la casa se llenaba de risas y animadas conversaciones. Heros estaba tranquilo, observándolo todo a su alrededor con sus ojos curiosos. Miré a Jessyka, que sostenía a nuestra pequeña joya con tanto amor, y sentí una profunda paz.

Ese momento no hizo más que reforzar que no hay nada más importante que la familia y yo por fin tenía la mía. No podría haber sido más feliz.



Jessyka

Epílogo

Tres meses después...

El corazón me latía con fuerza y la ansiedad aumentaba por momentos. Miré mi reflejo en el espejo, con el vestido más bonito del mundo. La tela era delicada y los intrincados detalles me hacían sentir como una princesa de cuento de hadas.

—¡Jessyka! —Oí la voz familiar de mi madre.

Me di la vuelta y vi a mi madre y a mi hermana entrando en la habitación. Me abrazaron y sentí un calor reconfortante al tenerlas allí conmigo.

—Estás deslumbrante, cariño —dijo mi madre, con los ojos brillantes de orgullo.

—Como una auténtica princesa —añadió mi hermana, sonriendo de oreja a oreja.

—Estoy tan contenta de que estés aquí —confesé, sintiendo que las lágrimas de felicidad amenazaban con caer.

Mi madre me tomó de las manos y me miró a los ojos.

—Es un día especial y no nos lo perderíamos por nada del mundo. —Me ajustó un mechón de pelo—. ¿Y Heros? ¿Está listo?

—Sí, Diana está cuidando de él. —Sonreí, recordando el trajecito que Nikos había elegido para él.

La habitación estaba llena de luz natural, que entraba por los grandes ventanales y se reflejaba en las superficies espejadas. El suave aroma de las flores frescas llenaba el aire, creando una atmósfera serena y mágica. Cada detalle había sido cuidadosamente planeado, y ahora todo estaba encajando a la perfección.

—No puedo creer que por fin haya llegado este día —dijo mi madre acariciándome la mejilla—. Parece que fue ayer cuando hablabas de tus sueños de boda.

—Y ahora estoy viviendo esos sueños... —respondí, sintiendo que la gratitud inundaba

mi corazón.

Llamaron suavemente a la puerta y el organizador de la boda entró sonriendo.

—Es la hora, Jessyka. Todo el mundo está esperando.

Mi corazón se aceleró aún más cuando la emoción se apoderó de mí. Miré a mi madre y a mi hermana y respiré hondo para calmarme. Me dieron un último abrazo de ánimo antes de salir de la habitación.

Caminamos por los pasillos elegantemente decorados de la mansión, y cada paso parecía acercarme más al futuro que siempre había deseado. Cuando llegué a la entrada, vi a Petros esperando para llevarme al altar.

—Estás preciosa, Jessyka —dijo, ofreciéndome el brazo—. Es un honor acompañarte en estos momentos.

Se lo agradecí con una sonrisa, sintiéndome profundamente agradecida por haber sido acogida por una familia tan maravillosa. Juntos, empezamos a caminar por el pasillo. Una música suave llenaba el ambiente y vi las caras sonrientes de nuestros amigos y familiares a lo largo del camino.

Cuando por fin llegué al altar, mis ojos se cruzaron con los de Nikos. Estaba radiante, con Heros en brazos, vestido con un trajecito que le daba un aspecto aún más adorable. El amor y la felicidad en los ojos de Nikos me aseguraron que todo era exactamente como debía ser.

Nuestro hijo, Heros, parecía tranquilo y curioso, mirando a su alrededor con sus grandes ojos brillantes. Nikos entregó a Heros a mi madre y luego me tomó las manos, apretándolas suavemente.

—Estás maravillosa.

Sentí que lágrimas de felicidad rodaban por mis mejillas.

—Y tú eres perfecto. Este es el momento ideal...

El celebrante dio comienzo a la ceremonia, y cada palabra parecía resonar con profundo significado en mi corazón. Intercambié votos con Nikos, prometiendo amarlo y apoyarlo en cada momento de nuestras vidas. Él hizo lo mismo, mirándome fijamente en todo momento.

Cuando por fin nos declararon marido y mujer, el sonido de los aplausos y las sonrisas llenó la sala. Nikos me envolvió en un beso lleno de promesas y amor. Cuando nos volvimos hacia nuestros amigos y familiares, sentí que estaba en el lugar adecuado, junto a las personas que más quería.

La recepción estuvo llena de alegría y celebración. Bailamos, reímos y compartimos momentos inolvidables con nuestros seres queridos. Heros fue el centro de atención, cautivando a todos con su encanto natural.

A medida que avanzaba la noche, Nikos y yo nos alejamos un poco de la fiesta. Estábamos en su casa, o mejor dicho, en nuestra casa. Tiró de mí hacia el interior de la casa, conduciéndome a nuestro dormitorio.

—Mi mujer —murmuró, besándome incluso antes de que entráramos en la habitación, decorada con pétalos de rosa y velas.

Los besos eran ardientes, y sus manos empezaron a abrir mi vestido de novia.

—Nikos...

—Te amo, Jessyka —dijo con una sonrisa.

Aquello no era más que el principio de nuestro *para siempre*. Empecé a abrir su chaqueta gris con mis dedos temblorosos, mientras seguíamos besándonos. Las lenguas entrelazadas, los dientes mordisqueando los labios. Mi corazón se aceleraba mientras la ansiedad y la excitación se mezclaban.

El vestido cayó al suelo y su ropa formó un reguero hasta la cama. Me senté en el borde y él se colocó frente a mí. Le tomé por la cintura, le miré profundamente a los ojos con una sonrisa antes de rodear su verga con las manos, inclinarme hacia él y empezar a chupársela.

Nikos me acarició el pelo, animándome a continuar. Sentía que la conexión entre nosotros se intensificaba con cada roce, con cada movimiento. Mi cuerpo respondía al suyo con una urgencia incontenible.

Gimió suavemente, sus dedos se deslizaron por mi pelo, guiándome con suavidad. La sensación de poder darle placer me llenaba de una profunda satisfacción. La tensión del día

empezaba a disiparse, sustituida por una intimidad que solo compartíamos los dos.

—Jessyka... —Su voz salió ronca, llena de deseo.

Continué, sintiendo que su respiración se aceleraba. Cada movimiento mío era respondido con un gemido, una caricia, una confirmación del amor que compartíamos. Cuando sentí que estaba cerca, levanté la vista y me encontré con su mirada.

—Ven aquí —dijo suavemente, poniéndome de pie.

Nikos me rodeó con sus brazos, me levantó y me colocó con cuidado sobre la cama. Sus ojos se clavaron en los míos, transmitiendo toda la pasión y el amor que sentía. Se acostó a mi lado, nuestras pieles se tocaban, nuestros corazones latían al unísono.

Los besos se hicieron más intensos, más urgentes. Mis manos exploraban cada centímetro de su cuerpo, memorizando cada curva, cada músculo. Él hacía lo mismo, sus manos acariciaban mi cuerpo con una delicadeza que me producía escalofríos.

Me penetró lentamente, y tenerlo dentro de mí fue la mejor sensación del mundo. Nikos se colocó con las manos sobre la cama, mirándome fijamente mientras se movía dentro de mí. Rodeé su cintura con mis piernas, acercándolo aún más.

Nuestros gemidos se mezclaron, creando una sinfonía de placer. Sentí cada movimiento, cada pulso, intensificando la conexión entre nosotros. Los ojos de Nikos estaban fijos en los míos, llenos de deseo y amor.

—Jessyka... —murmuró.

Sentí que su líquido se derramaba dentro de mí, pero él no se detuvo. Siguió moviéndose, llevándome al paraíso con cada embestida. Cuando por fin llegué al clímax, mi cuerpo se arqueó y un suave grito escapó de mis labios.

Nikos me acompañó, nuestros cuerpos temblaban juntos mientras el placer nos envolvía. Caímos sobre la cama, jadeantes, y él me rodeó con sus brazos, abrazándome con fuerza.

—Te amo tanto —susurró, con la respiración aún agitada.

—Yo también te amo—respondí, sintiéndome segura entre sus brazos.

Nos quedamos allí, acurrucados el uno contra el otro, dejando que la calma nos envolviera. La habitación estaba iluminada con velas, creando un ambiente íntimo y acogedor. El aroma de las rosas llenaba el aire, haciendo que el momento fuera aún más especial.

—Nuestro *para siempre* empieza ahora —dijo Nikos, acariciándome el pelo.

Asentí con una sonrisa.

—Sí, empieza ahora.

Nos quedamos dormidos así, entrelazados, con los corazones latiendo al unísono. La sensación de plenitud y amor era inigualable. Sabía que, con Nikos a mi lado, nos enfrentaríamos a cualquier desafío que nos planteara la vida. Y juntos, crearíamos un futuro lleno de amor y felicidad.

Sobre la autora

Jéssica Macedo, 28 años, es brasileña y forma parte de Forbes Brasil's Under 30, una lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte con su marido, su hija y tres gatos. Escribe para niños y adultos, fantasía, aventura, romance y, sobre todo, literatura picante, un verdadero fenómeno editorial entre las lectoras.

Es una de las autoras más vendidas en Amazon en Brasil y Europa, y sus libros están disponibles en seis idiomas. Jessica empezó a escribir a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro, «Vale das Sombras». Con más de 200 libros publicados, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Ayudó a adaptar una de sus novelas, «Eternamente Minha», en un largometraje emitido en la plataforma Cinebrac. Hoy, Jéssica es el nombre principal de un equipo de autores, en su mayoría mujeres, que componen el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias en otras editoriales.

<https://www.autorajessicamacedo.com.br/es/>

Facebook — www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram — www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Página web del autor en Amazon —

<https://www.amazon.es/jessicamacedo>

¡Suscríbase a mi lista de correo!

[Haga clic aquí para recibir noticias.](#)



Link=> <https://amzn.eu/d/iLWCiNz>

Hace diez años, el playboy Zyan Ahmad Al-Sabbah se alejó de sus orígenes y de todo lo que representaban, llevando una vida de libertinaje en las pasarelas de Europa, donde ejercía de modelo. Sin embargo, una enfermedad terminal golpeó a su padre, obligándolo a regresar al Emirato y asumir sus funciones de jeque. Lo que el mujeriego empedernido no preveía era que, además de un reinado, le esperaba un matrimonio concertado.

Regina era una mujer dulce, ingenua e inocente. Criada para el matrimonio, temía acabar en manos de un hombre tan cruel como su propio padre cuando este eligiera a su futuro marido. Pero la innegable belleza y el aire seductor del joven jeque parecían hacer de la unión una empresa más tentadora.

Zyan ha eludido sus deberes para con su pueblo durante toda su vida, pero con la muerte de su padre ya no puede hacerlo. El matrimonio sería una más de sus obligaciones, pero siempre se ha esforzado por ser un hombre diferente a su padre y la presencia de su encantadora esposa puede revelar espacios en su corazón que ni siquiera él conocía.



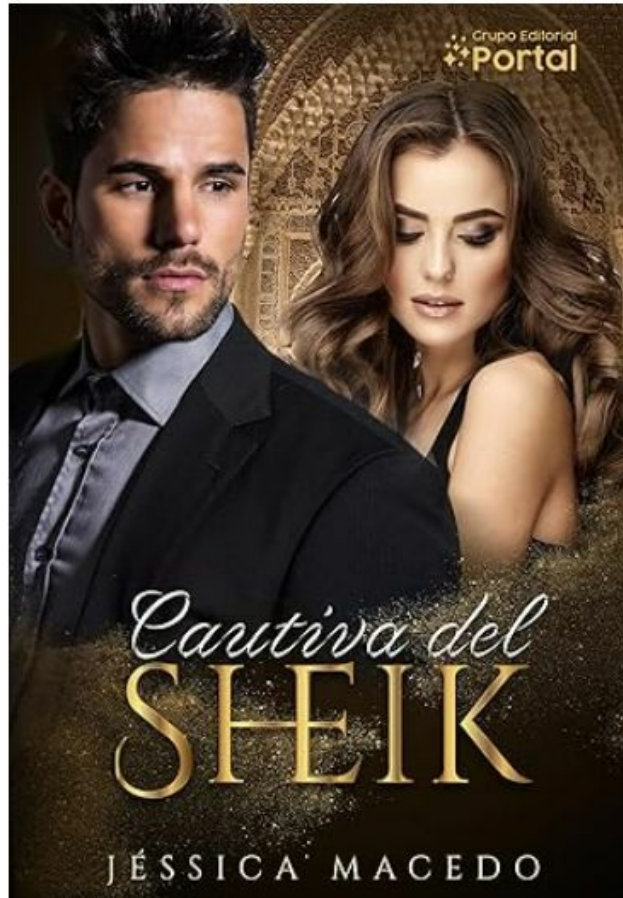
Link=> <https://amzn.eu/d/01pM6WUh>

Ettore Bellucci es la mente más brillante de la temida mafia italiana. Nació en el seno de la familia que lidera la organización y desde muy joven aprendió a ocuparse de los negocios, convirtiéndolos en su principal objetivo, por el que estaba dispuesto a matar y morir.

Nedja Al-Kudsi era una joven ingenua que vio cómo su mundo se desmoronaba cuando asesinaron a su padre. Todo lo que amaba y la poca libertad que tenía le fueron arrebatados cruelmente y evitó perder su propia vida de milagro, pero seguir escapando de los monstruos que querían matarla sería un reto que no podría cumplir sola.

Ettore tenía un objetivo: comprar tecnología en Oriente Próximo y volver a casa. Era obvio que no debía hacerse notar ni involucrarse en ningún conflicto local, pero cuando la chica fue atacada delante de él su instinto fue protegerla. Era un hombre inteligente, sabía que tenía que salir de aquel lío cuanto antes, pero Nedja le necesitaba y la única forma de sacarla de allí sana y salva era casarse con ella.

El falso matrimonio solo sería el principio de una misión mucho más difícil.



Link=> <https://amzn.eu/d/02oUAm65>

El jeque Hassan Khan Al-Abadi no tenía intención de volver a casarse; tras perder a su primera esposa a causa de una terrible enfermedad, dedicó su vida al pueblo de Sahra, el Emirato que gobernaba, a su hija pequeña y al sueño que había heredado de su padre, llevar la modernidad a Oriente.

Director general de un importante promotor inmobiliario responsable de urbanizaciones en toda Arabia, veía llegar la modernidad con cada nuevo edificio.

Hassan no esperaba que una mujer extranjera se cruzara en su camino y fuera como un destello de sus sueños. Le invadió un sentimiento abrumador que le demostró que podía volver a involucrarse, pero esta vez con una mujer de su elección.

Cuando Rosimeire ganó un viaje a Dubai, no esperaba convertirse en el blanco de los deseos de un hombre poderoso. No quería involucrarse con alguien de una cultura tan incompatible con la suya. Sin embargo, el jeque no la abandonaría.

Hassan estaba dispuesto a todo para hacerla suya.

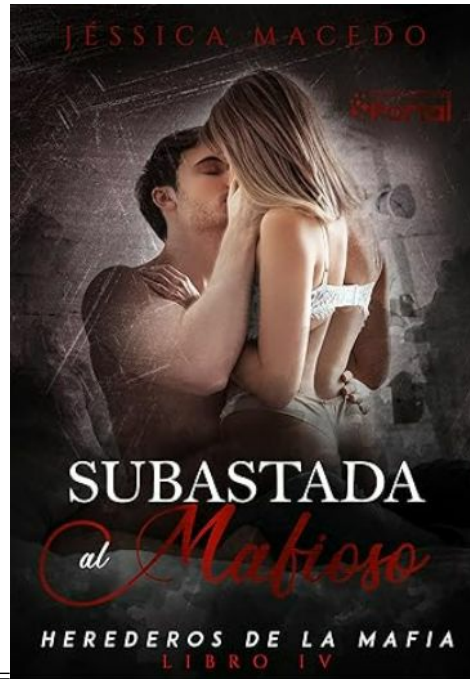


Link=> <https://amzn.eu/d/0eoPGQrE>

Petros Katsaros, director general de una importante compañía naviera, se enfrenta al declive de su matrimonio y decide divorciarse, decidido a dejar a su mujer y seguir su vida de soltero.

A Chirly el abandono le rompió el corazón. Cuando se casó con el hombre de su vida, nunca imaginó que la abandonaría, pero así fue. Sola, luchaba por recoger los pedazos y salir de ese pozo de tristeza y la increíble noticia de su embarazo fue como una luz al final del túnel.

Petros no se dio cuenta de que el tiempo y la distancia le demostrarían que estaba equivocado, pero para recuperar a su mujer tendrá que luchar por una segunda oportunidad.



Link=> <https://amzn.eu/d/0hOR0Ive>

Thiago Bellucci es el vástago de la familia más poderosa de Italia y desde muy joven aprendió a derramar sangre. Se convirtió en un sicario de la mafia, cruel, despiadado y temido por sus enemigos. No había razón para que un hombre como él se involucrara con ninguna mujer. Sin obligación de tener herederos, todas eran puros pasatiempos.

Juliana Kouris era una chica sencilla nacida en una isla pesquera. Con una vida tranquila, nunca imaginó que su camino se cruzaría con el de un mafioso. No conocía este peligroso mundo, pero una decisión equivocada de su padre la llevó a ser secuestrada y a descubrir el lado más cruel del ser humano.

Thiago tenía una misión: entrar, matar a los que habían desafiado a su familia y salir desapercibido, pero se encontró en un antro de pecado donde las mujeres se vendían al mejor postor. No es un alma buena y no estaba allí para hacer nada caritativo. Cuando su camino se cruzó con el de la joven inocente, ella no era más que una herramienta para sus planes, pero sería el principio de su caos personal.



Link=> <https://amzn.eu/d/9ICyLeI>

Hace cinco años, el multimillonario y hotelero griego Klaus Demetriou sufrió un terrible accidente que le costó la vida a su mujer y le dejó entre la vida y la muerte. Rescatado por una familia de pescadores, sobrevivió milagrosamente, pero regresó a casa con una enorme deuda.

Pedro Katsaros era un tipo sencillo que estaba orgulloso de la vida que llevaba y nunca le pediría ningún favor al hombre que rescató en la playa, pero algo terrible le ocurrió a su única hija y no tuvo más remedio que recurrir al magnate más poderoso que conocía.

Klaus no quería involucrarse, atrapado con sus propios fantasmas, no necesitaba complicarse la vida, pero no tenía elección. Deudas como la que tenía con el pescador debían ser pagadas, sobre todo cuando el pobre hombre fue asesinado por los mismos criminales que se llevaron a su hija. Rhea se convirtió en su responsabilidad y para traerla de vuelta sana y salva tuvo que comprarla.

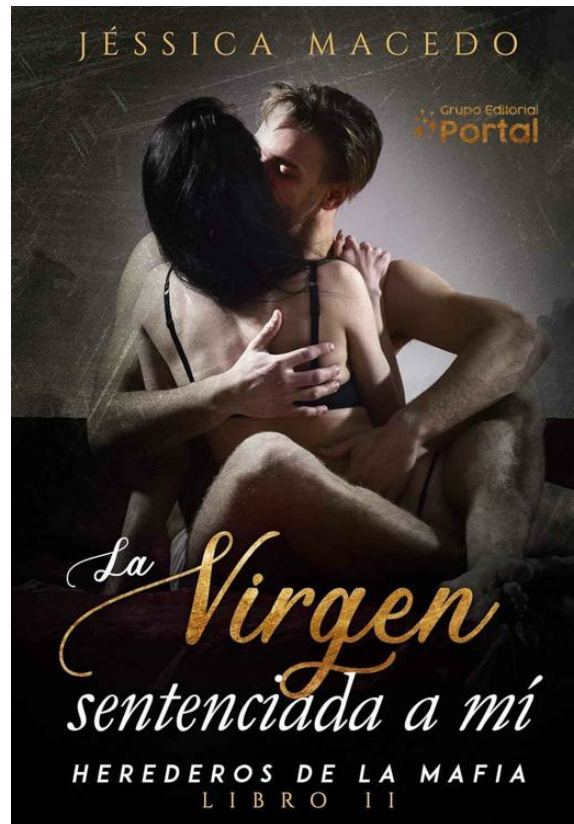


Link=> <https://amzn.eu/d/ciJFEaz>

Luca Mancini es el capo de Palermo, cabeza de Sicilia, cuna de la mafia italiana. De joven, su vida estuvo marcada por el asesinato de su padre y aprendió muy pronto que la mafia exige sacrificios. Para mantenerse en el poder y controlar una disputa con Roma, aceptó un matrimonio arreglado que sellaría el acuerdo y traería la paz.

Perla es la hija de Marco Bellucci, el jefe de la mafia italiana, y siempre supo que en algún momento su padre elegiría un marido para ella. Solo que no imaginó que el desafío podría ser aún mayor de lo que creía. Creció entre monstruos, pero no estaba preparada para uno aún más aterrador.

Se derramó mucha sangre entre sicilianos y romanos en la lucha por el poder en Italia, y la unión de la pareja no fue bien recibida por todos. Luca tuvo que estar dispuesto a enfrentarse a la alianza y proteger a Perla a cualquier precio, sobre todo cuando había un bebé en camino.

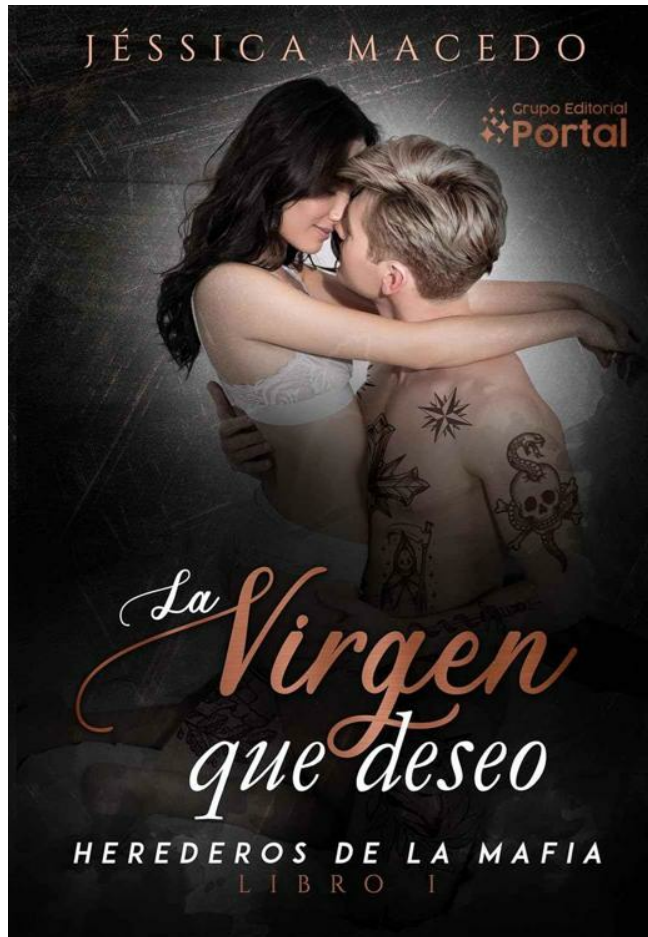


Link => <https://amzn.eu/d/4iEF47G>

Steven Lansky es el capo de Nueva York, jefe de la mafia italiana en Estados Unidos. Asumió el legado de su padre y descubrió que ser fiel a la mafia exige sacrificios mayores que matar o morir. Aceptó una unión de conveniencia con la princesa de los italianos, un matrimonio que fortalecería a su familia. Sin embargo, la novia eligió a otra persona, lo que hirió su ego e hizo que se enfadara con la familia Bellucci.

Manuela es hija de Theo Bellucci, consigliere de la mafia italiana. Llegó a creer que no se vería arrastrada a un matrimonio arreglado, pero cuando su prima se casó con el jefe de la mafia rusa, a ella le tocó mantener la alianza con los estadounidenses.

Steven y Manuela no querían casarse, pero se vieron obligados a unirse por el bien de sus familias. Una pareja de perros y gatos que se odian. En su vida matrimonial han demostrado ser enemigos declarados, pero están condenados a encontrar la forma de amarse o acabarán destruyéndose mutuamente.



Link => <https://amzn.eu/d/4n0ICry>

Tras convertirse en el jefe de la mafia rusa, Mikhail Orlov aprendió que, para conseguir lo que quería, tenía que mancharse las manos de sangre. Como capo, quiere tener todo lo que desea, incluida una mujer prohibida que vio en una misión hace cuatro años, y no puede quitársela de la cabeza.

Pietra es la hija de Marco Bellucci y la princesa de los italianos. Creció en una burbuja para protegerse de los enemigos de su padre y aprendió que no hay nada más importante que la familia. Sin embargo, una visión del pasado está a punto de regresar y situarla en una delgada línea entre el deseo y la razón.

Ella conoce las reglas. Su padre es quien elegirá a su marido y ella debe permanecer casta, pero el corazón nos hace cometer locuras. Rusos e italianos son enemigos. Este romance está condenado a la tragedia. A Mikhail no le importan las demás personas y hará lo que sea para conseguir lo que quiere.



Link => <https://amzn.eu/d/iCsTkSD>

Casarme era algo que nunca había imaginado hacer. La soltería me ofrecía muchas ventajas y las disfrutaba mucho.

Nací en el seno de una familia influyente que poseía una compañía aérea y siempre lo tuve todo, pero la política me dio el poder. Sin embargo, siempre he sido un hombre muy ambicioso.

Quería más, quería la presidencia del país.

Yo creía que era la mejor opción, no sólo por mi ego, sino por mis logros políticos. Sin embargo, muchos miembros del partido parecían no estar de acuerdo con mi candidatura.

No era el hombre perfecto a sus ojos, incluso con todo su dinero e influencia. Habrían preferido otro candidato, alguien que favoreciera los valores tradicionales, un hombre comprometido con su familia. Tenía que casarme.

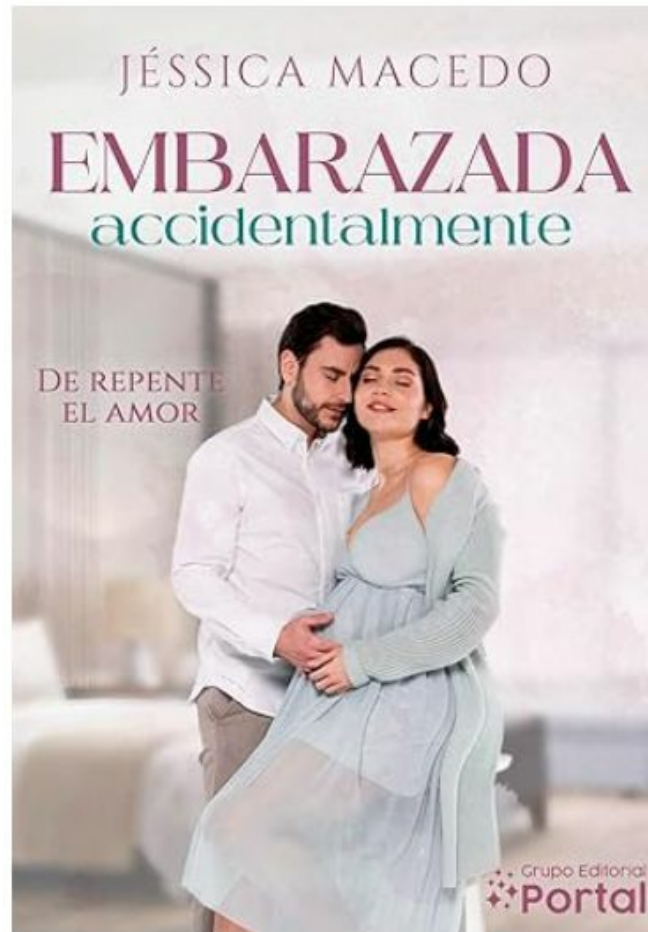
Pero el dinero podía solucionarlo todo, sin que yo tuviera que cambiar mi estilo de vida. Un matrimonio por contrato era lo que necesitaba.

Penélope es doce años más joven que yo, ingenua, pobre y fácil de moldear. A mi lado, sería la decoración perfecta. Nunca tuvo nada y se comportaría para mantener el mundo que yo le ofrecía.

Lo controlaría todo, como siempre he hecho. Pero no podía prever que ella sería capaz de infiltrarse en las barreras de mi corazón.



<https://www.amazon.es/gp/product/B0CLKXFHCK>



<https://amzn.eu/d/bFC4gyn>